



Colección  
**Antropología en la Modernidad**  
Instituto Colombiano de Antropología e Historia

# **Emoción, control e identidad:** **las barras de fútbol en Bogotá**

**María Teresa Salcedo • Ómar Fabián Rivera Ruiz**



**Emoción, control e identidad:  
las barras de fútbol en Bogotá**





Colección |  
Antropología en la modernidad

# Emoción, control e identidad: las barras de fútbol en Bogotá

María Teresa Salcedo • Ómar Fabián Rivera Ruiz



## **Salcedo, María Teresa**

Emoción, control e identidad : Las barras de fútbol en Bogotá /  
María Teresa Salcedo y Ómar Fabián Rivera Ruiz.— Bogotá : Instituto  
Colombiano de Antropología e Historia ICANH, 2007.  
204 p.—il. —(Antropología en la modernidad)

**ISBN:** 978-958-8181-47-9

1. Fútbol.—2. Hinchas del fútbol.—3. Barras bravas.—Bogotá (Colombia)

I. Salcedo, María Teresa.—II. Tít. — III. Serie

CDD 302.34

Catalogación para la publicación: Biblioteca Instituto Colombiano de Antropología e Historia

Instituto Colombiano de Antropología e Historia

Colección Antropología en la Modernidad

Diego Herrera Gómez

**Director General**

Margarita Chaves

**Coordinadora del Grupo de Antropología Social**

Adriana Paola Forero Ospina

**Jefe de Publicaciones**

Mauricio Gaviria Carvajal

**Asistente Editorial**

Francisco Díaz Granados

**Corrección de estilo**

Gustavo Patiño Díaz

**Elaboración índice**

Taller de Edición - Luis Roca Lynn

**Diseño, diagramación y cubierta**

Fotografía de cubierta:

Primera edición, diciembre de 2007

**ISBN:** 978-958-8181-47-9

© **Instituto Colombiano de Antropología e Historia,**

María Teresa Salcedo – Ómar Fabián Rivera Ruiz

Calle 12 No. 2-41 Bogotá D. C.

Tel.: (57-1) 5619600 Fax: ext. 144

[www.icanh.gov.co](http://www.icanh.gov.co)



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

IMPRESO EN COLOMBIA POR: IMPRENTA NACIONAL DE COLOMBIA  
DIAGONAL 22B No. 67-70 BOGOTÁ D.C.





# CONTENIDO

Prólogo	13
Introducción	23
Capítulo 1	27
IDENTIDADES COLECTIVAS Y TERRITORIOS DE APROPIACIÓN LOCAL DE LAS BARRAS	27
Identificación y construcción de la identidad del barrista	27
Identidad y familia: transmisión, mimesis y cultura popular	27
Identidad del hincha o “distinción” adquirida en la escuela	30
Apropiación y delimitación del territorio e identidades locales	32
Campo simbólico	34
<i>Graffiti</i> : marcas del campo de batalla simbólico en el campo funcional	37
Campo funcional	39
Espacio público, escenario de conflicto entre las barras	42
El espacio privado en la construcción y apropiación del espacio público	42
Apropiación y prácticas cotidianas en el espacio público	47
Capítulo 2	51
EMOCIÓN, FIESTA Y CATARSIS:	
SENTIDO SIMBÓLICO DEL TERRITORIO	51
Preparativos y recorridos de la fiesta y celebración del espectáculo	51
Los preparativos y rituales antes de asistir al espectáculo	51

El espacio privado	52
El escenario local	53
Características de la fiesta y el “aguante” en el escenario local	55
Delimitación colectiva de un espacio transeúnte a partir de la catarsis	56
Fiesta y fisonomía de la catarsis de los barristas	57
La fiesta y sus ritmos cotidianos	58
Funciones del aguante y la catarsis	58
Rememoración de la emoción y la fiesta: entre el escenario local y el espectáculo	60
<b>Capítulo 3</b>	<b>63</b>
LOGÍSTICA Y JERARQUIZACIONES DE LA BARRA EN EL TERRITORIO LOCAL	63
Organización logística de las barras en el espacio local	63
Ideologías, imaginarios y organizaciones de las barras de equipos capitalinos	64
Ideologías, imaginarios y organizaciones de las barras de equipos “provincianos”	67
Defensa y robo de estandartes y camisetas	69
Jerarquías y funciones de los hinchas, entre el estadio y la escena barrial	74
Reuniones y encuentros cotidianos	78
<b>Capítulo 4</b>	<b>83</b>
AGRESIVIDAD Y VIOLENCIA ENTRE HINCHAS Y FUERZA POLICIAL	83
Agresiones simbólicas en el espacio local	86
Reescribir y desfigurar <i>graffiti</i>	86
<i>Graffiti</i> y agresiones entre frentes locales	90
Tensiones y distensiones en la agresión	92
La defensa	93

El ataque	95
Recuerdos de los tropes	98
Agresión y violencia: expresiones de vínculo y celebración en la barra	99
Recuerdos negativos de las agresiones	100
Violencia en el estadio y en el barrio: prevención o provocación de la policía	102
Medidas y acciones policivas contra los barristas	103
El estadio: pretexto del manejo policial del fenómeno	105
Uso de la fuerza en el estadio	107
Uso de la fuerza en los barrios y calles	109
<b>Capítulo 5</b>	<b>113</b>
<b>NORMATIVIDAD, POLÍTICAS PÚBLICAS Y ESTRATEGIAS DE MANEJO Y REPRESIÓN</b>	<b>113</b>
Sanciones a las infracciones de los hinchas en el espacio público	114
Estrategias de prevención de la violencia y educación para la tolerancia	119
<b>Conclusiones</b>	<b>123</b>
<b>Referencias bibliográficas</b>	<b>137</b>
<b>Glosario: Argot de los barristas</b>	<b>141</b>
<b>Índice analítico</b>	<b>149</b>
<b>Anexos</b>	<b>179</b>
ANEXO I. CÁNTICOS DE LAS BARRAS	179
ANEXO II. PROYECTO DE LEY 50 DE 2003	184
ANEXO III. FOTOGRAFÍAS DE CAMPO	195



## PRÓLOGO

El trabajo que presentamos constituye la edición del informe de investigación presentado al Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), a finales del año 2003, sobre un tema que titulamos circunstancialmente *Identidades locales y las “barras bravas” en Bogotá*. La investigación financiada por el ICANH, que llevó a término Omar Rivera, investigador social de la Universidad Pedagógica, y que en sus inicios recibió el apoyo conceptual de los investigadores Joaquín Darío Huertas y Alfonso Torres, de la misma universidad, ha logrado que reflexionemos, a través del diálogo con los jóvenes hinchas de distintas localidades de Bogotá, acerca de la pertinencia del uso de la expresión “barras bravas”, por cuanto su interpretación y aplicación en contextos normativos y de políticas públicas les sirven a la policía y a los administradores públicos para tomar acciones represivas, en el primer caso, o para redactar proyectos y leyes que estigmatizan a los hinchas de fútbol, en el segundo caso, por las denominaciones que usan y por sus resonancias trasgresoras contra el lenguaje del establecimiento.

Podría rastrearse un antecedente de la interpretación que se ha hecho de la expresión “barras bravas” en la misma aplicación de la voz irlandesa *hooligan*, que empezó a aparecer en los reportes de la policía británica hacia 1898 (Dunning et al., 1988). Más que a un delincuente, la palabra se asoció a vandalismo, daño criminal, incitación a peleas y a alguien que causaba disturbios, aunque no necesariamente a un ladrón. En relación con el fútbol, se asoció a los fanáticos que causaban desórdenes en los espectáculos deportivos. Y como señalan Dunning et al. -y este es el punto en el que coinciden muchos de los barristas consultados para esta investigación- el aspecto más importante relacionado con la estigmatización de quienes son llamados *hooligans* en Europa y “barras bravas” en América Latina, es el de los niveles de ansiedad

pública y oficial expresados y, al mismo tiempo, las demandas por una acción más fuerte contra ellos. Así mismo, señalan estos autores y los mismos “barras”, hay una creciente necesidad de la derecha por infiltrarse en estos grupos, con el interés primario de acusar de “permisivos” a ciertos sectores de la sociedad. Sin embargo, creemos, junto con Frosdick y Marsh (2005), que el fenómeno del “hooliganismo” es un asunto del fútbol únicamente, y es básicamente un fenómeno cultural de Inglaterra, difundido en Europa continental y copiado en Argentina, a partir de su propia interpretación de lo que deben ser unas “barras bravas” adiestradas, capaces de producir los efectos de un movimiento social, como se observó durante las protestas de las barras bravas argentinas en la Casa Rosada y en Plaza de Mayo, durante la crisis del dólar en ese país, en el año 2000. Pero dudamos mucho del uso responsable que pueda dársele a un hooliganismo relacionado con la afición en el fútbol colombiano, y de ahí nuestro escepticismo con respecto al uso de la expresión “barras bravas” en contextos normativos.

Igualmente, el tipo de encasillamiento que implican los apelativos *hooligan* y “barras bravas”, como categorías de expresión violenta de la emoción, nos fue confirmado por David Bohannon, del Ministerio del Interior del Reino Unido, durante el seminario internacional Barras de Convivencia, organizado por el Sena en agosto de 2005, en el que fue presentada esta investigación del ICANH. Básicamente, la clasificación que se pretende establecer, al hablar de *hooliganism* o “vandalismo futbolístico”, implica que una de las acciones más importantes de esta oficina del Ministerio británico sea la prevención del crimen. De ahí que una de las funciones importantes de esta institución sea otorgar a las Cortes y a la policía del Reino Unido los poderes legales y la financiación necesaria para enfrentar los disturbios en el fútbol. Así mismo, la actividad policiva en los estadios de Inglaterra se convirtió en un asunto de seguridad nacional, hasta el extremo de organizar operativos de control basados en inteligencia: “un oficial de policía (Oficial de Inteligencia Futbolística) es encargado de convertirse en un experto sobre los hinchas de un club particular. Cada club tiene por lo menos un Oficial de Inteligencia Futbolística. Su papel consiste en reunir y compartir información sobre el comportamiento de los fanáticos del club y pensar en los planes de cualquier posible buscapleitos” (Bohannon, 2005).

Dadas todas estas medidas policivas y burocráticas de control –de las que el programa Vida Sagrada, de la Secretaría de Gobierno del Distrito, en el

caso de Bogotá, ha logrado algunas adaptaciones a las circunstancias locales, medidas que están garantizadas por el hecho de que los asistentes a los estadios sean o no “vándalos”-, decidimos optar por las críticas al uso de estos términos, por parte de jóvenes hinchas colombianos de distintos equipos, las cuales tienen que ver con el tipo de oportunidad que se les da a los medios de comunicación y a la policía para encasillar a un hincha<sup>1</sup> de fútbol como violento cuando se lo llama “barra brava”. Así mismo, hablar de “barras bravas” –rótulo bastante conveniente para quienes, sin ser hinchas, son infiltrados de grupos de derecha y son quienes verdaderamente provocan los disturbios– conduce a una estigmatización del estadio como productor de violencia y lo convierte en un lugar donde de la fuerza pública se deriva un castigo para quienes celebran, en lugar de presentarlo como un lugar para celebrar los triunfos de “otros”, a quienes mucha gente de distintas generaciones percibe como “iguales” a los que se puede acceder, aparte de las glorias o los fracasos que producen. Porque los jugadores de fútbol son para muchos hinchas, precisamente aquellos “iguales, muy importantes”, que aunque ganen o pierdan deben ser celebrados, “porque pierden como uno y ganan como pocos”. Y si el estadio es el lugar para encontrarse con el trueque de una cantidad de actividad hormonal en sentimientos narcisistas, y de una masculinidad patética, para muchos y muchas que no somos hinchas de fútbol, porque son sentimientos afianzados en la autoridad patriarcal que se impone aún en la socialización de las aficiones, de los juegos y de lo que se debe aprender en la escuela, entonces también este mismo espacio puede actualizar su expresión catártica a través de un parentesco ficticio con esas mismas voces y esos mismos símbolos grotescos, amedrentadores y autoritarios, tan comunes en cada hogar, cada salón de clase y cada patio de colegio. De ahí que nuestra atención por este tema, tan controvertido, por la fuerza de su representación, se haya alejado de perspectivas importantes ya abordadas, como la relación entre fútbol y nación, y hayamos decidido abordar, más bien, aspectos de la vida cotidiana y de la ciudad, tales como la relación entre la vida privada y familiar de los miembros de las barras y la estructura de la afición y el entusiasmo por el fútbol.

<sup>1</sup> Fanático de un equipo de fútbol. La expresión, de uso frecuente en España, Argentina, Uruguay y Colombia, viene de “hinchar la pelota” y “se aplicó por primera vez en Montevideo a Prudencio Miguel Reyes, talabartero uruguayo encargado de hinchar la pelota del club Nacional de Montevideo, al que alentaba con gritos durante el partido” (Sebreli, 1998).

Puesto que optamos por la misma línea de la pregunta de autores más clásicos en el tema (los sociólogos Norbert Elias y Eric Dunning, y su investigación acerca del sentido que tiene el estudio de la emoción por un deporte tan popular como el fútbol), creímos entonces que las preguntas para estos tiempos y para este país serían las siguientes: ¿y qué sentido tiene censurar la emoción en los estadios como sucede en la actualidad en distintas ciudades de Colombia? ¿Cuáles son nuestros lugares, los consensos y los lenguajes de esa emoción, y, así mismo, cuáles son los espacios y los consensos de la prohibición a expresiones eufóricas relacionadas con el fútbol? ¿Qué aspectos de una conciencia acerca de la importancia de formas de violencia provocadas y/o controladas por el Estado, o qué aspectos de una conciencia sobre el ritual de este éxtasis en los estadios y fuera de ellos, se representan en la cotidianidad de los aficionados al deporte del fútbol? ¿Qué tienen que ver la edad, el género, la aplicación de las leyes y el poder, con la representación de prácticas cotidianas relacionadas con la afición y la emoción por el fútbol? ¿Qué nos dice esta socialización de la euforia, de las redes de migrantes aficionados al fútbol, y de la discriminación de la que son objeto? ¿Qué nuevas imágenes y configuraciones de un país urbano, que se piensa desde las regiones, son perceptibles en los lugares donde se vive y se controla la fiesta del fútbol, y qué implicaciones tiene para el estudio de las regiones y de sus diferencias culturales la construcción de imágenes que censuran, castigan y criminalizan la emoción? ¿Pertenece las ciudades solamente a los ciudadanos? ¿Las naciones son conformadas solamente por ciudadanos cuyas emociones controla el Estado? Delimitar las agresiones que tienen lugar en los estadios y fuera de ellos, a colectivos de “jóvenes”, ¿procura, acaso, un diálogo más fácil acerca de esta emoción y de la represión de la emoción? ¿Qué nos dice el entusiasmo del hincha acerca de la ciudad que habitamos?

Muchas de estas preguntas surgieron en el curso del trabajo de campo y de la escritura de este texto que presentamos aquí, y creemos que su respuesta o el bosquejo de su respuesta constituye precisamente nuestro aporte etnográfico, que en sí mismo lleva al lector a puntos de partida de donde surgirán otras investigaciones. En el sentido de los nuevos caminos de investigación a los que estas páginas invitan, el texto etnográfico presenta información esencial acerca de la producción de significado en la vida cotidiana y a partir de los recorridos urbanos de adolescentes apasionados por un deporte, así como descripciones de la manera como se puede implicar a la ciudad en toda esta representación,



lo que nos conduce a señalar el contraste entre lo que para el Estado es “comportamiento civilizado de ciudadanos” y la manera como cualquier expresión que suceda fuera de esta “emoción civilizada” se considera “trasgresión individual”, y, en general, cómo la afición, la emoción y la fiesta de los aficionados es catalogada por la policía como cercana a la infracción de la ley. Por ejemplo, se preguntan muchos hinchas miembros de las barras, ¿por qué se prohíben los juramentos y groserías que se profieren contra los hinchas adversarios, así como las canciones y los amuletos que se llevan al estadio?

Muchas imágenes de este “buen comportamiento” que nos acerca a ser buenos ciudadanos, en contraste con el recientemente señalado “mal comportamiento de los hinchas”, nos han servido no porque estemos de acuerdo con los disturbios que causan heridos y muertos entre aficionados en escenarios deportivos, sino para reflexionar acerca de la agresión y el autoritarismo implícito, en todos esos comportamientos civilizados, de la policía, de los clubes de fútbol, de los medios masivos de comunicación y de las instancias que juzgan a los hinchas. De la misma manera, este informe etnográfico proporciona datos suficientes, como para que el lector se haga un juicio acerca de la fuente de las agresiones entre hinchas en el estadio y fuera de él, el papel de la familia, de la escuela y, en general, del Estado en la construcción de estas estructuras de agresión, de las que él mismo quiere salir bien librado.

La misma errónea asimilación de los barristas como delincuentes, al ser señalados como “barras bravas”, así como las conexiones sensacionalistas que se enuncian entre líderes de estas barras y miembros de grupos paramilitares y de las mafias del narcotráfico –sensacionalistas, más allá del hecho de que todos los miembros de las barras sean provocadores de derecha–, promueven imágenes de violencia que convienen a los clubes de fútbol como estrategia de disuasión de muchas de las irregularidades internas de estas asociaciones; y con el mismo propósito se niega la participación de muchos hinchas de clases altas en los disturbios que se promueven en los estadios, para así estigmatizar a hinchas de clases medias y bajas.

De esta manera, se culpa a todos los hinchas de fútbol de la ciudad, de unos hechos violentos protagonizados solo por algunos a quienes conviene la estigmatización del espectáculo, como cuando murió Édison Garzón, barra del equipo Independiente Santa Fe mientras alegaba con un hincha del equipo América, durante un encuentro el 11 de mayo de 2005. Considerando el itinerario de Édison y su hermano dentro del estadio Nemesio Camacho “El

Campín”, antes de la iniciación del partido, el hecho de haber llegado varias horas antes para colgar el “trapo” de la barra en la tribuna oriental y de hacer el trayecto de vuelta a la tribuna sur, desde donde hacían la barra, es claro que su manera de recorrer el lugar convierte al estadio en la casa de los seguidores de los equipos y que “las batallas” que representan las barras en los estadios son conflictos que se originan en los espacios barriales y continúan en ese otro gran espacio “de ellos” que es el estadio. Ellos hacen suyo el espacio, y ningún barra cree que se tenga que pagar boleta para lograr alguna propiedad simbólica sobre él. En ningún caso consideran que allí existan restricciones, en términos de dar continuidad a la lucha por el liderazgo que se protagoniza en distintas calles de la ciudad, lejos de El Campín. Aunque esta explicación contraste con la pérdida de la vida de un joven valioso para sus familiares, apreciado en su barrio, amado por sus padres y vecinos por ser un buen hincha del Santa Fe, e igualmente contraste con la letanía mediática de los noticieros, que piden castigos y amonestan desde el mismo poder con el que transmiten cualquier imagen como un producto que se vende bien, porque es una imagen violenta, un aporte de esta investigación ha sido precisamente mostrar que hay dinámicas de la vida cotidiana implícitas en la emoción por un deporte o por un simple juego, que desbordan la comprensión de todo aquel que juzga y castiga.

Creemos que esta obra puede hallar lectores responsables en aquellos que elaboran las políticas y las normas relacionadas con los espectáculos deportivos, así como entre aquellos que sancionan las normas que castigan las infracciones de jóvenes que viven la ciudad y el juego de una manera nómada y radicalmente opuesta a quienes se encierran en sus casas y piensan que las ciudades existen solo en los medios masivos. Pues la emoción que se expresa por un equipo de fútbol, y que es el centro de las prácticas de los aficionados a este deporte en diversos espacios urbanos, tropieza con una dinámica propia de esa euforia que pasa por la reflexión acerca de cómo “actos individuales de trasgresión colisionan con normativas de control a la violencia”, como aclararían Elias y Dunning. Pues es una emoción que choca con distintas maneras de percibir la ciudad, porque para muchos jóvenes que celebran una fiesta deportiva el objetivo es un diálogo con la ciudad y sus espacios, que implica jugar y transgredir, como parte de un estilo de vida. Así, quien pueda hacer uso de esta obra debe aprender a discernir, para no castigarlo, este comportamiento lúdico y transgresor de la ciudad. Pues, como señala Carles Feixa,

se tiende a la representación de manifestaciones de las nuevas generaciones como procedentes de seres pertenecientes a universos aislados cuyas prácticas solo tienen sentido para ellos, personificándolos como menores de edad o como primitivos.

Este informe etnográfico tiene precisamente el objeto de mostrar una salida a enfoques basados únicamente en estadísticas, que no ponderan variables relacionadas con problemas de violencia entre grupos juveniles, cuando ésta construye sentido como modo de socialización en espacios escolares en los que el niño y el adolescente aprenden y comparten una cantidad de mecanismos de defensa, de la misma manera como ellos son agredidos por sus compañeros de aula y de patio. Y nuestras conclusiones en esta investigación están relacionadas precisamente con la afirmación de que estos espacios escolares y familiares, de juego, ocio y aprendizaje, no solamente forman la afición del joven por un equipo de fútbol, sino que también se trata de una formación en territorialidad juvenil que trasciende los límites del colegio y, además, distintas ideologías, clases y culturas juveniles. Pues en las calles, durante los recorridos, los grupos de niños y adolescentes deciden la interpretación que puedan darles a símbolos nacionales como la bandera y el escudo, interpretación que está filtrada por su conocimiento y afición a portar el escudo y las insignias de alguno de sus equipos favoritos, al lado de los escudos y banderas de países que penden de las maletas escolares. Así mismo, las prácticas de la copia, la imitación y la desfiguración de pautas publicitarias, tanto como la copia de imágenes y términos utilizados en el bajo mundo y en organizaciones ilegales, son realizadas por los hinchas como una manera de entender, contestar y compartir con otros de su generación los cambios ideológicos que afectan directamente su socialización en medio de un mundo adulto plagado de formas de ser oficiales.

Un argumento de esta investigación está relacionado con que ser hincha de barra funciona como forma de protesta contra el establecimiento y las normas oficiales, a través del uso ambivalente de símbolos autoritarios, expresiones machistas y discriminatorias que son adoptadas para amedrentar a jóvenes hinchas aficionados de equipos contrarios. En consecuencia, esta fachada autoritaria de muchas barras, que incluye sus nada estéticos *graffiti*<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> *Punks y mods* de Bogotá sugieren a las barras de hinchas de fútbol tomar unos talleres de escritura de *graffiti*, con el objeto de lograr unas expresiones más artísticas para las paredes de la ciudad.

y sus canciones viscerales, infortunadamente ha pasado a ser una disculpa para confundirlos con expresiones de derecha y a justificar que la policía, tanto como la propia derecha, los considere como ilegales en espacios que están más allá del estadio mismo. Por supuesto, estos son espacios simbólicos de expresión de la euforia, en los que las barras se agreden, y su apariencia es leída como trasgresión del orden por parte de los paramilitares en las regiones (como el caso de Cocorná, que referimos en el texto) y por parte del Escuadrón Antidisturbios, en las inmediaciones de El Campín, en Bogotá. Del mismo modo, el lenguaje relacionado con toda esta catarsis futbolística, del que presentamos un glosario, ha pasado de ser idiosincrásico a ideologizar innecesariamente los espacios urbanos del juego, el ocio y la afición por los deportes, y por eso hemos explicado en este estudio etnográfico que acá se trata de una producción espacial y de sentido que está latente en la manera como se pronuncia la afición por un equipo en muchos espacios populares y de élite, y en los que esta sola manifestación se vuelve objeto de intolerancia. Decimos que se manifiestan porque este mundo de los hinchas de fútbol –para quienes no somos hinchas de ningún equipo, ni somos analistas deportivos– exagera las preferencias normales de cualquier persona por cualquier gusto, solamente a través de la articulación del nombre de un equipo, de un jugador, de una regla de juego o de una posición en el escenario. En este sentido, la designación “barras bravas” es apenas el punto de partida de la comprensión e incomprensión de una manera de celebrar y de la intolerancia con respecto a una generación que sobrepasa las expectativas de celebración, por cuanto se trata de un entorno de relaciones con lo urbano que insiste en una socialidad combativa, si se la contrasta con las perspectivas de puro esparcimiento en las que socialmente se confía cuando “aparentemente” se trata de un encuentro deportivo, entre partes que están contratadas para jugar, aunque ganen o pierdan.

Queremos dejar al lector de esta investigación –muchas veces consultada en la biblioteca del ICANH, antes de esta publicación– con una invitación a no perder de vista las distintas caras de la celebración del espectáculo deportivo: primero, la importancia que tiene para las barras, como para muchas colectividades e individuos, la construcción de espacios simbólicos como representación de su relación con lo urbano; prácticas que incluyen desafueros violentos e innecesarios que copian y parodian los abusos de la policía. Segundo, la ausencia de sentido y el rechazo de varios sectores sociales (altos y bajos) con respecto a la sublimación de una forma de celebrar que no tiene

nada que ver con las consecutivas derrotas de los equipos en canchas nacionales e internacionales. Por ejemplo, las letras de las canciones que anexamos muestran cómo las pasiones de muchos hinchas contrastan abiertamente con lo mal que juegan los equipos de los que estos jóvenes son hinchas. ¿Se trata de una pasión local por la pérdida? ¿Qué significa que esta emoción sea inversamente proporcional a la manera como los clubes de fútbol toman decisiones, acerca de cómo deben jugar sus jugadores? Y tercero, la represión policial, la animación y publicidad del uso de la fuerza, que alientan los medios de comunicación, así como el desconocimiento de la sociedad que legislan, por parte de quienes proponen leyes en el Congreso. Tanto los golpes que reciben los hinchas y la censura de su indumentaria y de sus prácticas como las propuestas de ley que exigen castigos para ellos dentro y fuera del estadio, más la espectacularidad que les imprimen las cámaras a los desórdenes dentro del estadio, todo ello denota intolerancia con respecto a un grupo generacional específico y, así mismo, muestra la urgencia de los legisladores de encubrir su desconocimiento sobre lo que se requiere transformar mediante políticas educativas, con demostraciones de control y de paranoia, favoritas de los medios, que pretenden obstruir la percepción de soluciones sociales de fondo.

Nuestros puntos de vista sobre el tema de los barristas del fútbol aquí expuestos pueden ser muy distintos y no comprometen a las siguientes personas e instituciones, a quienes agradecemos su apoyo en la publicación de este informe: Nicolás Morales y Adriana Forero, en el ICANH. Las antropólogas Patricia Tovar y Margarita Chaves, del ICANH, y al antropólogo Julián Arturo, por sus sugerencias a esta investigación. Los investigadores sociales Alfonso Torres y Joaquín Darío Huertas, de la Universidad Pedagógica Nacional, por las sugerencias metodológicas. Gracias a Alejandro Guerrero, Felipe Bernal y Luis Alberto Alvarado por su ayuda con los mapas y con las presentaciones que se realizaron de esta investigación en distintas instituciones del distrito. A los barristas de la Fundación Juan Manuel Bermúdez por sus reflexiones sobre la afición y los derechos humanos. A Alirio Amaya, de la Secretaría de Gobierno de Bogotá. A Juan de Dios Arias, del Concejo de Bogotá. Y a los amigos *punks* y *mods* por sus críticas a los *graffiti* de las barras. Las fotografías que se anexan son de María Teresa Salcedo, Ómar Rivera y Paola Guzmán, excepto los casos en los que se señale otra fuente.

Finalmente, agradecemos a los siguientes barristas los testimonios e historias que aquí aparecen: A "Gacela", de 16 años, hincha de Millonarios e

integrante de la barra de Los Azurras de los Comandos Azules; a Cristian, de 16 años, hincha retirado de los Comandos Azules, y a Marcela, de 18 años, hincha de los Comandos Terror Sur, frente de los Comandos Azules. A “Pecas”, de 16 años, hincha perteneciente al frente de Chía de la Guardia Albiroja Sur de Santa Fe. A Álex, de 18 años, estudiante de décimo grado, hincha de Los Del Sur, barra del club Atlético Nacional, y a Byron Hernández, de 19 años, hincha retirado de Los Del Sur, del club Atlético Nacional.

María Teresa Salcedo

## INTRODUCCIÓN

La ciudad nos ofrece manifestaciones de lo juvenil a través de las cuales comprendemos las diversas relaciones que se dan con respecto al espacio y al tiempo libre, que revelan distintos aspectos culturales acerca de cómo se vivencia el ser joven, en una continuidad que genera espacios de alteridad y diferencia entre las generaciones. Y aunque parecieran estar en contra de una lógica cultural inalterable y de los cuestionamientos sociales que los adultos reclaman para sí, estas diferencias ponen fronteras imaginarias a la percepción de un supuesto orden de la ciudad, que paradójicamente insiste en mostrarse como un crisol de expresiones que se conjugan en los espacios urbanos, para convertirlos en escenarios de apropiaciones que encuentran su afinidad en el ruido, la contaminación, los rumbos discontinuos y el espíritu fragmentario de las grandes ciudades.

Una de estas múltiples y diversas manifestaciones urbanas producidas por un amplio rango de entusiastas de distintas edades, y así mismo acogida por jóvenes, es el fenómeno de las barras de fútbol en Bogotá. Los barristas o miembros de las barras renovaron su conspicuidad o capacidad de visibilizarse, después que los medios masivos, como la prensa, la radio y la televisión los presentaron más como causantes de revueltas o culpables de delitos que como aficionados a un deporte popular y a una emoción que surge de las masas. Por semanas pasan a ser el tema central de conversación de los noticieros, y muchos los escuchan y comentan como parte de una práctica que simula el oír misa, y en efecto los comentaristas logran el efecto ritual de una comunión que se acaba y se olvida cuando la noticia se agota.

Las distintas investigaciones que se han realizado sobre los aficionados de las barras del fútbol permiten una mirada retrospectiva y generan un horizonte de discusión entre los actores que disfrutan, padecen y critican al

espectáculo del fútbol y a su afición. Ellas han enriquecido este trabajo y lo han acercado a una cambiante realidad social, política, económica y cultural que ayuda a entender su verdadera dimensión en contextos donde el poder es interpelado y, así mismo, oprime a una generación. El recorrido investigativo que ha precedido este documento es el trabajo de varios años sobre el fenómeno de las llamadas “barras bravas” en Bogotá, a quienes en adelante nombraremos como “barras” o “barristas”, y sobre la construcción de identidades individuales y colectivas, que se revela en el espectáculo del fútbol. Este trabajo tiene como primer antecedente la monografía de pregrado de Ómar Rivera, “Opio en las redes” (2001), para la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica, en la que hizo una caracterización histórica de la violencia en el fútbol en su dimensión mundial, regional y nacional. Un segundo antecedente es el proyecto “Fisonomías de lo público y lo privado en Bogotá: Identidad y percepción en espacios urbanos”, desarrollado en el Instituto Colombiano de Antropología e Historia, en el que Ómar Rivera participó como asistente de investigación. Desde ese contexto, se abordó la vida cotidiana de las barras a partir de una perspectiva etnográfica de las prácticas sociales y su relación simbólica de apropiación del espacio, considerando la imitación de acciones y la percepción sensorial de las mismas.

Después de esos acercamientos, surge el énfasis en un desarrollo del concepto de identidad, pensada desde lo local, con una proyección hacia lo regional, basado en la construcción de interpretaciones y simbiosis individuales y colectivas de los espacios públicos y privados, desde formas negativas y trasgresoras de llamarse y pensarse, tales como el apelativo de “barras bravas”. Pensar la identidad desde lo local nos acerca a los jóvenes y a su relación con las diferentes instituciones sociales, como la familia y la escuela, e igualmente, permite descubrir la crisis y el cambio de las mismas con respecto a las condiciones sociales que operan en la realidad. En el caso de la familia, el hincha entiende su trayectoria de vida desde hábitos transmitidos de una generación a otra, tales como el gusto por un cierto equipo de fútbol, o simplemente se convierte en hincha observando y escuchando los partidos de fútbol por la televisión y por la radio, en familia. La escuela cumple otro rol, porque en ella se socializa este gusto y se lo complementa con maneras distintas de hacer uso del tiempo libre, en la medida que el ejercicio de una distracción en la adolescencia se convierte en una manera de diferenciarse e identificarse, que es esencial para la memoria adulta de quienes han compartido un gusto.



La identificación y la conformación de lo que se conoce como “comunidades de sentido” es el asunto que permite dar el primer paso en la caracterización de este fenómeno en la escena local. La pertenencia a un colectivo es satisfactoria y abre campo para conocer a otros a partir de emociones que se transforman en el espacio y el tiempo. La memoria juega un papel fundamental en la significación de la escena individual y en la justificación de la escena colectiva. Así pues, esta etnografía espera aportar a la discusión sobre las diversas formas de agrupación juvenil en los escenarios donde se construyen identidades desde lo local, en lo que se refiere a las dinámicas internas, representaciones sociales, imaginarios colectivos, territorialidad y trasgresiones a las normas establecidas en el espacio público, entre otros aspectos que hacen parte del estudio etnográfico.

El trabajo está delimitado de la siguiente forma: en el primer capítulo se definen identidad e identificación, como campos que integran la complejidad y el carácter transversal de una interpretación del territorio, en recorridos físicos y simbólicos por espacios que se conocen desde la infancia y se trasladan a formas de entenderse como habitante de la ciudad que entiende e interpreta los espacios y las normas desde el juego, el liderazgo y la protección del territorio. La identidad se integra al proceso de iniciación del hinchador de barra, a la apropiación de territorios y de fronteras en la escena local y a la concepción de utilización del espacio público por parte de estas agrupaciones de jóvenes. En el segundo capítulo se complementan las preguntas que surgen sobre el tema de la identidad y el territorio, a partir de un elemento central que se conecta directamente con los conceptos mencionados. Este componente es la emoción, expresada en la fiesta y la catarsis en permanente ebullición de la barra, que le proporcionan sentido al territorio y a las prácticas cotidianas generadas dentro de este colectivo.

El tercer capítulo describe las prácticas cotidianas y organizativas de la barra, como el papel de los frentes que se disputan el territorio, así como la jerarquización de funciones y las ocupaciones de cada uno en relación con el colectivo o el líder de cada frente, conocido como “capo”<sup>3</sup>. Se describen

---

<sup>3</sup> Algunas palabras de la jerga de las barras, como esta, que significa “cabeza” en italiano, han sido adoptadas por los barristas del argot de las mafias por su simbolismo de autoridad, pero no porque tengan que ver con estas organizaciones ni con sus economías. Como se verá, la práctica de las barras de parodiar términos autoritarios y fascistas es una manera de contestarlos mientras se los imita.

prácticas de aprendizaje de la logística de las barras, que funciona como anti-logística –en la medida que se opone a la organización oficial de eventos por parte de la Policía Metropolitana y a la logística oficial del programa Goles en Paz– y como aprendizaje de estrategias de defensa o ataque a los enemigos cercanos. El cuarto capítulo se refiere a un componente importante en la constitución del campo simbólico de identificaciones del hincha de barra, que es la manifestación de la agresividad y la violencia en el escenario local y del espectáculo. Se explican los motivos y la correlación de fuerzas en los territorios en disputa entre barras, con narraciones de algunos acontecimientos violentos entre éstas y la fuerza pública. Por último, el quinto capítulo expone tanto la interpretación gubernamental y normativa del fenómeno –con las políticas públicas y las normas que legislan últimamente los comportamientos civiles o penales, que se han convertido en medidas adoptadas para prevenir y aconductar esta manifestación urbana– como la estigmatización que se hace de un sector de jóvenes de distintos estratos sociales. Esta visión institucional estará matizada por la versión de los hinchas de barra sobre las regulaciones de que son objeto.

# CAPÍTULO 1

## IDENTIDADES COLECTIVAS Y TERRITORIOS DE APROPIACIÓN LOCAL DE LAS BARRAS

### Identificación y construcción de la identidad del barrista

La construcción de la identidad de un barrista con respecto a determinado equipo de fútbol es un proceso en el que aquel se compromete a través de las distintas posibilidades de encuentro con el equipo, o de la significación del mismo en su vida, que lo mueven a participar en una agrupación de aficionados. Como resultado del proceso de investigación, hallamos dos formas de identificación que se presentan con mayor frecuencia. La primera hace parte de un aprendizaje en familia, que se transmite y se comparte con adultos, y que genera un gusto distintivo por el fútbol y por un equipo. La segunda comienza cuando la identificación se realiza en la escuela como forma de distinguirse de los demás, agrupándose con personas que comparten el gusto por el mismo equipo de fútbol.

### Identidad y familia: transmisión, mimesis y cultura popular

La afinidad con un equipo, elaborada desde la familia y en la escuela, genera campos de representación simbólica, que inician el proceso de asociación y apropiación de un equipo según los modos e historias de la afición contadas por padres o familiares. Es así como la afición y emoción se transmiten a través de narraciones sobre sus gustos por el fútbol y/o algún equipo determinado. En este proceso de aprendizaje del gusto y la afición por un deporte

son de importancia los gestos y los movimientos corporales que acompañan gritos y simples frases sueltas de admiración que, en primera instancia, pretenden la cohesión y la solidaridad familiar. Sin embargo, es aquí cuando comienza una *construcción mimética* de la identificación con una manera de jugar y de emocionarse, basada en repeticiones e imitaciones de los gustos familiares, así como nos describe “Gacela” sus inicios en la barra de los Comandos de Millonarios,

Bueno, pues empecé yendo desde los 4 ó 5 años, yendo al estadio con mi papá a occidental, y yo siempre iba a occidental y veía a los Comandos y siempre había querido ir a la norte, pero pues mi papá nunca me dejó; seguí yendo a la occidental como hasta los 9 años, y después, como a los 11, me fui a oriental, pues allá con la barra del Búfalo, y todo eso. Y que ya empecé ahí que la barra y que yo no se qué; y dígame a mi papá que me deje ir a norte, y nunca, hasta que cerraron las laterales norte y sur, porque las estaban remodelando y pasaron a oriental, pues un día fui a oriental y me metí a la barra y me empezó a gustar, y le dije a mi papá que si iba conmigo, hasta que me dijo “vaya solo”, y empecé a ir al estadio solo, la primera vez, contra el América.

La afinidad con un equipo de fútbol proviene en primera instancia de la memoria que desde la niñez se conserva sobre el gusto por un deporte, por los equipos que lo juegan, pero, sobre todo, por la necesidad de imitar la manera como juegan los jugadores de un equipo. Jugar como ellos, y la experiencia de esa imitación, así como las narraciones sobre el juego, explican formas de relevo generacional exitosas entre adultos y jóvenes que han aprendido a entender, amar u odiar a sus mayores desde la afición.

Entonces, la relación entre la memoria y el gusto por el juego de un equipo permite la elección de equipo de fútbol, lo que se convierte en una decisión para el resto de la vida, y en este proceso se adoptan las simbologías y colores que identifican al “equipo de los amores”<sup>4</sup>. Alrededor de esta

---

<sup>4</sup> Expresión frecuente para hablar en público del equipo favorito y de las insignias del equipo en la ropa. Es el término que pone en escena la predilección por un equipo y se expresa para compartirla con otros hinchas que entienden que es un sueño que viene de la niñez. A veces los hinchas pronuncian estas palabras repetidamente ante la imposibilidad de encontrar otros adjetivos que hablen de su emoción. También es claro que el “amor” del hincha por el sexo opuesto es menor, si se lo compara con su pasión por un equipo y por su barra.

decisión se vinculan otros factores sociales y de la economía de mercado, como lo explica Juan José Sebrelli: “Los medios de comunicación de masas llevan a la homogeneización de la cultura, desaparece la cultura superior de élite, y por lo tanto también la cultura popular, todas las clases ven los mismos programas de televisión y asisten a través de la pantalla a los mismos partidos de fútbol” (1998).

Se sugiere una correspondencia entre las formas de recepción y consumo de medios masivos entre distintas clases sociales, así como la interpretación de una fusión de las prácticas elitistas y populares en relación con el fútbol, pero es también claro el papel de la comunicación masiva en la socialización del gusto por un juego, cuyo escenario no es únicamente virtual. Así cuando adultos y jóvenes observan partidos en una pantalla de televisión o los escuchan por la radio adquieren gustos por la imagen que perciben, como el caso de la Selección Colombia, en Italia 1990, el de Atlético Nacional, cuando ganó la Copa Libertadores de América en 1989, el de América de Cali, con su nómina estelar, y recientemente, con la Copa Libertadores conquistada por el equipo Once Caldas. Además, hay cierta complacencia que hace parte del conocimiento cultural de la capacidad de un deporte de balancear transitoriamente formas de expresión y consumos que marcan límites sociales, así como estos mismos gustos pueden crear barreras selectivas que algunos se atreven a trasgredir como parte de la réplica del juego, mientras se ve en la pantalla y se repite y celebra en las calles y en los patios de los colegios.

Lo que aquí señalamos con respecto al papel de la familia en la transmisión del gusto por el juego tiene su correspondencia en la producción mimética del juego de fútbol en el espacio privado de la casa y de las habitaciones, más orientada hacia la producción de solidaridades que se repiten fuera del espacio familiar; así mismo, este juego está abierto a una simulación temporal de la igualdad de clases sociales. En relación con la escuela, se pueden señalar algunas continuidades con respecto al espacio familiar, puesto que los hinchas, en su interacción en aulas y patios de recreo, representan y magnifican un lenguaje simbólico común al de los gustos y los odios de sus familiares y amigos, en relación con un equipo de fútbol y los entusiasmos que genera. Y es precisamente la masificación de estos entusiasmos y catarsis cultivados en la casa y en el colegio la que los medios masivos adoptan e interpretan como un acumulado cultural, que retroalimenta formas de aprendizaje de solidaridad y liderazgo, interpretadas por

los hinchas como espacios en los que la agresión cuestiona estos mismos parámetros de solidaridad y liderazgo. En este sentido, en lo referente al entusiasmo por el fútbol en los estadios y las pantallas de televisión, la cultura popular se apoya en las formas de autoridad familiar y en la interpretación fascista que algunos grupos de jóvenes dan a símbolos nacionales, para así estigmatizar a los barras, a sus espacios y a sus narrativas como violentas.

## Identidad del hincha o “distinción” adquirida en la escuela

A partir de la interacción en familia, surge una afinidad con el fútbol que se convierte en una construcción de un espacio privado compartido. En contraste, la escuela lo transforma en un campo de apropiación colectivo que diferencia al individuo y que permite conocer a los demás a través de la adhesión a un equipo de fútbol y su grupo o “barra”, así como por medio de la determinación de desarrollos corporales masculinos y femeninos en el contexto de la actividad hormonal normal entre adolescentes. Vale anotar que el entusiasmo por deportes y juegos en general o por alguno en particular es parte de una compleja y dinámica interacción con el tiempo libre, con el trabajo y con el consumo, más que con la fijación explícita en un solo deporte.

Es en el escenario escolar donde se presentan las primeras discusiones y altercados entre los grupos que se identifican con determinado equipo de fútbol. Este sentimiento se expresa como rivalidad y produce diferentes altercados verbales y físicos que tienen por objeto demostrar cuál es la mejor “hinchada” o manifestación de afición y fidelidad. Algunos estudiantes, pertenecientes o no a estos grupos de hinchas, evidencian su identidad con un equipo de fútbol, portando fetiches tales como manillas, calcomanías (en la maleta o en los cuadernos), un collar o la camiseta del equipo debajo del uniforme institucional, toda una parafernalia que se ha convertido en simbólica de la afición por el fútbol.

Cuando se hace público el gusto por un equipo de fútbol portando esta simbología, la constitución de *comunidades de sentido* opera como un dispositivo que permite defender los sentimientos propios y, así mismo, atacar los ajenos, con el argumento de tener la verdad y ser mejor que los demás. Estas agrupaciones manejan sus sentidos de pertenencia y de competencia y rivalidad como indicadores de éxito social. Así como se indica en esta descrip-

ción de un hincha de Los del Sur, de Atlético Nacional, sobre el impacto de las diferencias y gustos similares entre compañeros, cuando estaba en el colegio:

La barra que nosotros teníamos no era una barra brava, fue una barra que surgió por los intereses juveniles de ser malos, para empezar a consolidar un grupo; esa barra surge en noveno, a mitad de noveno, hace cuatro años y medio, con unos grupos del salón que éramos hinchas de Nacional, pues estábamos siendo como presas de “la monta” de los pertenecientes a la barra de Millonarios.

Los vínculos de solidaridad surgidos en la “comunidad” de hinchas del colegio permiten la construcción de prácticas sociales y estilos de vida que compiten con las que ocurren en el salón y la institución educativa. Entonces se constituye un espacio diferente, un espacio que puede llamarse de alteridad con el aprendizaje, que supera los límites del colegio y de los lenguajes que allí se aprenden y consolida así lazos de solidaridad de mayor amplitud con los conocidos y vecinos del espacio simbólico que se empieza a apropiarse. Esto coincide con lo expresado por Bourdieu acerca de la apropiación material y simbólica que constituye preferencias distintivas:

El gusto, propensión y aptitud para la apropiación (material y/o simbólica) de una clase determinada de objetos o de prácticas enclavadas y enclavantes, es la fórmula generadora que se encuentra en la base del estilo de vida, conjunto unitario de preferencias distintivas que expresan, en la lógica específica de cada uno de los sub-espacios simbólicos –mobiliario, vestidos, lenguaje o hexis corporal– la misma dimensión expresiva (1998).

Los espacios simbólicos construidos a partir del gusto por un equipo de fútbol o por el grupo se convierten en elemento central de la conceptualización del territorio urbano, en lo que respecta a este fenómeno social. Pues este se nutre de la reproducción de prácticas cotidianas y del estilo que se genera en el tiempo libre de los estudiantes cuando están fuera de la institución. En el colegio, pertenecer a estas agrupaciones se convierte en línea de escape del currículo tradicional de la escuela, que, a juicio de muchos adolescentes, parece estar rezagado de la realidad de los estudiantes y de la sociedad. En seguida se explicará la manera como los pequeños núcleos de personas consolidan y se apropian del espacio en la escena local.

## Apropiación y delimitación del territorio e identidades locales

Definir el territorio y su apropiación por parte de las agrupaciones de hinchas en el espacio urbano es una actividad compleja, ya que no existen señales y espacios concretos que se logren definir desde la perspectiva del adulto o de la de alguien que no está vinculado a este tipo de colectivos. En cambio, desde la perspectiva de los barristas, delimitar el territorio lleva a constituir identidades en espacios urbanos, a partir del espacio compartido donde se presentan diferentes apropiaciones simbólicas y de hábitos cotidianos, que conjugan la memoria individual con una memoria del espacio colectivo que convierte a los parques y esquinas del barrio en hogares o fronteras prohibidas.

El territorio se define, para este fenómeno urbano en particular, como un conjunto complejo de relaciones que reivindicán y transforman el sentido de espacio-tiempo a partir de sentimientos y memorias compartidas sobre juegos y revanchas, así como de la vivencia de la cotidianidad. Aún más, sus límites y fronteras se delimitan a partir de la emoción de sentir en colectivo, al tiempo que se trasgrede continuamente la visión de utilidad única y normativa que los adultos les proporcionan al espacio público y las normas sociales establecidas. Entonces se desarrolla un conflicto intergeneracional y cultural constitutivo de las identidades de los integrantes de estas colectividades juveniles. De acuerdo con Melucci, este concepto de identidades colectivas coincide con la acción grupal como se ha representado en los últimos años.

Sigue siendo evidente que la identidad se configura cada vez más como un campo, más bien que como realidad esencial, como un sistema de coordenadas o de vectores de significado, definido por las posibilidades y límites que pueden reconocerse: sistema y proceso al mismo tiempo, según se ponga el acento sobre el conjunto de relaciones que estructuran el campo o sobre las variaciones del campo mismo (2001).

Para entender el sistema complejo que generan, tanto el territorio como la identidad, se hace necesario definir las nociones de tiempo pasado de los integrantes de la barra, que están hechas de los recuerdos y la memoria. Estos



referentes permiten constituir identidades cambiantes que provienen de la significación de los recuerdos y generan un campo social complejo y mutante. El territorio pasa a ser una construcción identitaria a partir de las particularidades sociales y culturales que permiten interpretaciones de la nacionalidad y de sus símbolos. Es el proceso que hace evidente algunas diferencias entre los miembros de las barras, como las que existen entre los hinchas de equipos de Bogotá y equipos que no son de la capital. Aquí nos parece que las características regionales de los hinchas de barras de distintas ciudades del país son perceptibles en sus objetos e insignias, así como este manejo de objetos, gestos y conocimiento de sus ciudades se orienta a la construcción de microterritorios urbanos. Por eso se sigue el vínculo que realiza Melucci entre etnicidad y territorio, que para el caso de las barras no es estrictamente un territorio nacional, sino un microterritorio urbano, pues ello nos permite pensar en el importante componente del riesgo y la contradicción, en la resolución de tensiones entre grupos contrarios, más importante que la percepción de la tensión como un elemento cultural negativo que debe reprimirse:

El lugar de origen de una persona no solo tiene de su lado la fuerza de la tradición, sino que también es capaz de vincular más profundamente la biología y la historia. Por esta razón, la combinación de etnicidad y territorio tiene un poder explosivo capaz de movilizar las energías más recónditas y persistentes, aquellos elementos de un pueblo y sus individuos que permanecen como no negociables. Este poder debe ser abordado antes de intentar explicar el vigor de aquello que puede ser considerado como un vínculo regresivo y de comprender el impulso dinámico que emplea toda la energía de la profundidad para proyectarla en el futuro (Melucci, 2001).

Las identificaciones y las diferencias aparentes con respecto a los otros, teniendo en cuenta el territorio y los atributos simbólicos, generan conflictos con los hinchas de otros equipos, agresividad que se potencia en el espacio cotidiano, como, por ejemplo, en los encuentros, al visitar a la novia, reunirse en la esquina, el parque, la tienda y en diferentes lugares de la localidad; además, están los significados emocionales que dan lugar a estigmas y a enemigos por vencer y constituyen identidades locales que elaboran una dimensión y representación del espacio colectivo.

Así es, entonces, como el territorio se convierte en campo de batalla que acoge dos estrategias de choque, que unen sus fuerzas en una sola para enfrentar otra afición. Estos campos de enfrentamiento, el campo imaginario y el campo funcional, constituyen la noción de territorio, apropiación y sentido de pertenencia local de las barras en Bogotá.

## Campo simbólico

Para explicar en qué consiste este espacio se hace necesario responder a la siguiente pregunta: ¿qué es y cómo se construye el campo simbólico? Este campo se constituye a partir de los recuerdos y las representaciones simbólicas que permiten apropiarse del espacio recorrido y de acuerdo con la conexión emocional de las prácticas desarrolladas en estos espacios. En este campo de batalla se generan los motivos y las pasiones de amor y odio hacia los demás.

Estos elementos hacen parte de una narrativa e historias que incluyen a la vida misma y permiten a los hinchas reconocer la trascendencia de los acontecimientos, elaborar mapas mentales de los territorios simbólicos, justificar cambios de actitudes a partir de la experiencia que deja una lección, constituyendo sentidos e identidades que inciden en las biografías de los sujetos, acercándolos o alejándolos definitivamente de un espacio social o de una organización, como explican Torres y Mendoza, a continuación, que vale para el caso de Byron, quien deja la barra a causa de un enfrentamiento violento:

... las historias, los relatos, los mitos y las leyendas sirven para presentar los hechos de una manera concreta y viviente, fácil de retener y aleccionadora. Estas narraciones ejercen autoridad en las organizaciones, dado que establecen vínculos afectivos duraderos entre un pasado venerado y la realidad actual, justificando y normalizando las orientaciones, prácticas, estilos y relaciones presentes. Como en otros espacios sociales, las historias dentro de las organizaciones incitan a los individuos a adherir a valores y acciones (2003).

Además, como veremos, el relato se convierte en evocación que permite conocer en el presente las sensaciones de un pasado lejano. En la voz del

narrador está presente la nostalgia y el territorio construido a partir del significado de las prácticas cotidianas en la barra:

Nos encontrábamos todo el Comando [sic] al final de cada partido, allá en el coliseo; al final de los partidos, se hablaba de todo el comando y luego la banda, y a veces entre semana hacíamos fiestas [...] más que el parche de una tribuna éramos un grupo de amigos, y nosotros siempre la parchábamos entre semana, nos reuníamos en varios sitios, en Suba, en muchos sitios, en el planetario, en cualquier lado, y era bacano.

Observamos que la narrativa, con su campo simbólico, construye significados y cambia la dirección de la vida de los barristas. Este escenario evocativo permanece en las esquinas, cuadras, parques, muros. Allí no solo el recuerdo los acompaña, pues también la escena de tensión, emoción y afectos encontrados revive en los relatos, como puesta en escena de la acción. El espacio imaginado y narrado constituye el escenario local del hincha, porque le permite elaborar lazos emocionales a partir de lo individual y hacia lo colectivo, entre hinchas afines, una relación que se vuelve compleja y conforma una red social que, desde un punto de vista logístico, se encamina a la protección del territorio adquirido y permite convertirlo en refugio. Manuel Castells nos explica cómo, sin embargo, estos territorios locales pueden verse como reacciones a los riesgos de una modernidad en formación:

Así pues, las comunidades locales, construidas mediante la acción colectiva y conservadas mediante la memoria colectiva, son fuentes específicas de identidades. Pero estas identidades, en la mayoría de los casos, son reacciones defensivas contra las imposiciones del desorden global y el cambio de ritmo rápido e incontrolable. Construyen refugios, sí, pero no paraísos (1998).

Y en estos refugios, con sus propios campos de batalla simbólicos, uno de los elementos centrales es la defensa de territorios imaginados, justificada por redes emocionales, que movilizan el territorio ganado hasta la percepción sensorial y el recuerdo. Además, el territorio es cambiante y móvil. En este campo simbólico se definen los lugares donde suceden las peleas y

discusiones entre hinchas, como los lugares donde se pasa bien y se disfruta. Estos lugares pueden estar ubicados en toda la ciudad, tal como lo explica un barrista retirado de los Comandos Azules:

Pues cuando íbamos a hablar algo sobre Millos planeábamos qué íbamos a hacer el domingo, la fiesta, el redoblante, todo lo que íbamos a hacer el domingo, y cuando no, pues planeábamos qué íbamos hacer los viernes, los sábados, dónde había fiesta, y más o menos era eso, nos íbamos a jugar billar, cualquier video así bacano.

Las emociones que se producen en el campo simbólico permiten, por momentos, olvidar el fútbol y convertirlo en excusa, mientras se construyen prácticas sociales paralelas a la función tradicional de la barra, pero al mismo tiempo se está en la barra mientras se visita algún bar, se frecuenta un cine o se realizan otras formas de diversión con los amigos, que conforman diferentes nodos de lazos emocionales. La diversión y las emociones delimitan el espacio y es entonces cuando el aspecto local cobra vigencia, a partir de sitios fijos y hábitos para encontrarse o pasar la borrachera o esperar a que amanezca. Esto señala adónde llegar y cómo hallar amigos, cuando se están buscando.

Cada lugar tiene una función diferente que adquiere una significación emocional. Por ejemplo: “en la casa de alguien donde me dejan quedar, escucho música y puedo fumar”; “en el parque cerca de la casa de alguien, por las noches hacemos fogatas, y me hice novio de la niña que me gustaba”, o “en la casa de alguien nos reunimos siempre después del colegio”. Así relata un barrista la manera de apropiarse del territorio simbólico en la localidad de Kennedy:

Éramos yo, que era “El Negro”, estaba “La Vaca”, Diego, estaba “Garbage”, que es Ricardo, y estaba Pachito; entonces el liderazgo de la barra estaba en torno a nosotros, entonces nadie intentó por medios pacíficos o mucho menos por medios violentos quitarnos ese liderazgo, ya se sabía que si “Garbage” llamaba gente era porque nosotros habíamos acordado para toda la gente, porque hay momentos en que las reuniones, por cuestiones de seguridad, no se podían realizar. Hoy en día, los jueves, desde las cinco de la tarde, estamos recorriendo y llamamos a uno que llame a todos y así comienzan a rebotar las llamadas hasta que todo el mundo se entera; entonces comenzamos a rodear la zona y decimos, sí, vénganse para acá, o si se ve mucha policía

(a veces estaba la PM [Policía Militar], porque cerca queda un batallón del Ejército) o estaban los de las otras barras, no, mejor no nos veamos hoy. Entonces me encuentro con estos manes, este chino salió remal, en la barra le rompieron la cara, el hermano de él era "Garza" y entonces nos volvimos como medio compinches, salíamos a tomar, ya haciendo a un lado las diferencias de los equipos, y ni más de esos tres locos, jamás los volví a ver.

Estos hábitos demarcan el territorio y permiten generar apropiación no solo con respecto a la barra sino también en vínculo con las personas con quienes se conforman los lazos emocionales. Al parecer, el campo simbólico puede ir más allá del sentido proporcionado por el fútbol, ya que existen prácticas sociales en un espacio, que puede denominarse como "lo propio" o "nuestro".

### *Graffiti*: marcas del campo de batalla simbólico en el campo funcional

Aunque con razón muchos artistas que realizan arte callejero digan que "las barras bravas deberían aprender a escribir '*graffiti*' en los talleres de arte callejero", debido a la fealdad y falta de creatividad que hay en sus trazos, estas son expresiones simbólicas que caracterizan al fenómeno de las barras en la escena local, y a la vez permiten la diferenciación del uso, manejo y representaciones del territorio. Pues la expresión iconoclasta más utilizada por los hinchas de barra son los *graffiti*, que indican, orientan y previenen acerca del actor amigo o enemigo con mayor presencia en un sector o que ilustran las ambiciones del rival por arrebatar el espacio apropiado.

Estas manifestaciones gráficas se anuncian desde la pared del parque o la casa de un vecino, e incluyen como soporte los objetos personales de carácter privado, tales como billeteras, maletas, chaquetas o camisetas del equipo. Nos interesan estas escrituras trasgresoras para descubrir la influencia de la delimitación simbólica del territorio en la formación de la subjetividad juvenil de los hinchas de barra y también para entender el proceso de construcción de reliquias materiales entre estos colectivos y la manera como se disponen para conectar el espacio privado y el público en medio de las prácticas colectivas de la barra, aspecto este que desarrollaremos en detalle.

La construcción de significados que otorgan identificación tanto individual como colectiva actúa como un lenguaje que se actualiza con la experiencia y la memoria. En este sentido, las formas, las texturas, los signos, los colores y los lugares marcan la *agregación* o integración de cada hincha al grupo y al colectivo de la barra. Los *graffiti* se ensayan en el espacio privado para sacarlos y mostrarlos al público y para ofrecer desde lo público una retroalimentación de lo privado; como ejemplo está la copia de las marcas y escritos de las paredes de las calles que se repite en las marcas y escritos del morral del hincha o en su camiseta. Las marcas y formas surgen de influencias culturales interpretadas y filtradas por la barra, como, por ejemplo, el gusto por algún tipo de música, por algún símbolo de la nacionalidad colombiana que desea ser burlado o por algún símbolo fascista que quiere ser transformado y comparado con algún emblema de algún equipo, a manera de parodia; así mismo sucede con la forma de vestir del barrista y las marcas de sus camisetas, que quieren atribuir una pertenencia transversal del hincha a varias de las identidades juveniles que experimentan su propio gusto por el fútbol. Es el caso del *heavy metal*, el *hip-hop*, el *punk*, el gótico, el rock en español, los *skinheads*, el *rap*, y el *ska*, que son algunos de los ritmos musicales y tendencias culturales que han influido en la reciente configuración de algunas afiliaciones identitarias entre gente joven. Un ejemplo de esta apropiación simbólica se da entre los barristas cuando deciden el tipo de letra que el frente utilizará para identificarse y “chapiar” las paredes de su territorio. Como se observa en las fotografías de algunos espacios así señalizados (Anexo II), hay una apropiación y mezcla de estilos y tendencias en los *graffiti*, que tienen la característica de ser estéticos e inteligibles solo para ellos, pero no, en cambio, para “grafiteros” de generaciones anteriores o de otras tendencias culturales:

Chapeábamos “LDS”, “LDSK” o hacíamos el simbolito del equipo, que es un matacho. LDSK significa “Los del Sur Kennedy”; esa K la sacamos porque esa K es el símbolo que tiene Kraken; entonces a nosotros nos gustaba mucho Kraken, y además tenía la carga que es de Medellín, entonces con esta K yo digo todo; K de Kraken, de Kennedy, y además que ellos eran de Medellín y alguna vez, eso nunca lo pude ver, eso me lo contó un amigo, Elkin dijo que era de Nacional, entonces ¡huy! ¡jueputa! cómo así que de Nacional, y además que por esa época nosotros estábamos entrando a la

nota del rock; entonces, hijueputa, Kraken ¿no? Elkin dijo que era de Nacional; entonces es marcar un rango de pertenencia con la localidad a la que la barra pertenecía y pues una especie de tributo a Kraken.

La utilización de simbologías empieza en ocasiones marcando objetos privados o espacios de la casa, en el caso de Byron, la K de Kraken, estaba pintada en el cuarto y también en la terraza de la casa. “Chapiar” se convierte en rito y en acción delimitadora de territorios e identificaciones, en primera instancia individual y luego colectiva.

El territorio por proteger adquiere su propio sentido frente a los *graffiti*, y su elaboración está ligada a diversas prácticas cotidianas, cuyo lenguaje son estas marcas, además de las distintas maneras de hablar del *underground* local. Estos grafos indican la presencia y validan la existencia de un frente, y esto es claro en los diálogos que se dan en una pared entre dos tipos de trazos que hablan del odio o la afición por un equipo. Pues en una pared corriente del sur de la ciudad unos *graffiti* se presentan como afirmaciones acerca del paso de un grupo por determinado territorio y otros aparecen como las negaciones, los tachones y las respuestas a semejantes aspiraciones de los rivales. Sin lugar a dudas, aparecen en los cuartos de los hinchas como un ensayo previo de la representación pública o como la puesta en escena posterior al triunfo de un equipo. Y esta es una práctica que también es común a creadores de *graffiti* que transmiten una estética más interesante que la de las barras, y, sin embargo, todo este ensayo de la pieza que se va a escribir no alcanza para que los hinchas conecten de una manera más estética su acción territorial sobre los espacios barriales con la compulsión a intervenir un muro con dibujos y caligrafías, como acto trasgresor, catártico y comunicado.

## Campo funcional

Puede decirse que existe un campo de batalla funcional, componente de la construcción de un campo simbólico, que a su vez influye en la configuración de un campo social en la escena local compartida por las barras. Esta interacción de campos no se aparta de las emociones y simbologías del territorio que señalamos arriba, sino que, al contrario, se actualiza con respecto a

las definiciones permanentes que se hacen de los espacios y de las personas que comparten la emoción y los significados que genera la afición por el equipo y por el deporte.

El campo funcional es el espacio de confrontación real entre hinchas de distintos equipos y, al mismo tiempo, de confrontación simbólica, pues también se enfrentan los objetos, las imágenes y las experiencias que surgen de la afición. Para las barras, este es su campo de batalla. Esto es claro en la formación de pequeñas redes de solidaridad de carácter logístico en las esquinas, barrios, caños y puentes de la ciudad, que se denominan “frentes”, “parches”, “bandas”, “sectas”, entre otros, y que comparten el territorio. Así, por ejemplo, se describirían los grupos que actúan en la localidad de Kennedy:

América tiene sectas, las sectas van por localidades, las barras más grandes unificadas son las del América, que convergen en Disturbio Rojo; se llaman por sectas, por ejemplo, secta Kennedy, secta Engativá, secta Suba, por eso son las barras más grandes; secta Kennedy tiene como 2.000 personas. Las Garzas<sup>5</sup> tienen, por ejemplo, la 24, que es la del Tunal; Furia Sur es la de Nacional. En este sector y en Nacional hay varios tipos: están las “brigadas”, que son como las de los barrios, brigada Roma, brigada Carvajal, brigada Timiza, son barras no tan grandes, pero se apoyan mucho entre ellas. Por ejemplo, una brigada puede aglomerar en un momento dado unas 700 personas. Los integrantes de cada brigada pertenecen a distintos lugares según el barrio, he conocido gente de Furia Sur, que es la barra de este sector, que ha pertenecido a otras brigadas y a otros frentes. Lo que pasa es que cuando la barra es reconocida empieza a ser absorbida por otras barras, entonces empieza a ser uno amigo de otra gente. Entonces hay reuniones que mezclan otras barras. ¡Ah! es otra vaina cuando se mezclan las barras para pelear contra uno; por ejemplo, ahí en Kennedy hubo una fusión entre Las Garzas y entre tres brigadas para un tropel contra una secta. Es que una secta es muy numerosa. Ellos son los más numerosos, pero a la vez los más calmados. Entre barras provincianas, como nos denominan acá, no nos tiramos tan duro; por ejemplo,

---

<sup>5</sup> Término, en principio despectivo de la Guardia Rojo Sur del equipo Santa Fe. Es la expresión más usada por sus rivales; sin embargo, ha sido apropiada por la barra de tal manera que ya no ofende. Uno de los *graffiti* que aparecen en la habitación de Édison Garzón, un barrista fallecido hace poco, juega con la locución “GARZÓN-GARZAS” como símbolo de valor y del afecto por el equipo. Los *graffiti* que dicen “GARS” en espacios públicos son tachados por rivales o desfigurados cuando con otro color se agregan las letras que faltan para GARZAS.



a los de Frente Radical Verde y Blanco, que es la del Cali, y a los de Nacional, usted los puede ver hablando en un bus, así hayan tenido problemas.

Los integrantes de barras rivales muestran sus fortalezas y debilidades en el llamado campo funcional y se reconocen como tales, otorgando un valor de fuerza o debilidad al enemigo. Precisamente, los distintivos objetos de cada barra son los que permiten a los miembros de cada frente saber con quién se enfrentan, y es en el campo del enfrentamiento donde cada cual deja de ser un rival virtual, como sucede en el estadio, donde los antagonismos tienen nombres propios. En estos escenarios, los hinchas dejan de ser anónimos, sobre todo los “capos” de cada frente.

En el campo funcional surge, entonces, el sentido organizacional de la barra: los roles y funciones, que van más allá de lo simbólico. Cada frente plantea su propio estatuto y las reuniones se hacen necesarias con el propósito de comunicar y decidir las acciones que se llevarán a cabo durante el partido en el estadio. Los asuntos acerca de la división social y sexual del trabajo se tratan en reuniones en el barrio, antes de realizar el recorrido hacia el estadio. El frente se convierte en una red de sentido de las decisiones e instrucciones de la barra en general y de las propias. La reunión es el espacio para conocer al otro a partir del rol que adquiere y el compromiso adquirido con el frente, la barra y el equipo. Además, el territorio local está presente en las graderías y en la ubicación de los frentes, en una escena funcional de solidaridad, como lo narra un integrante de la Guardia Albiroja Sur<sup>6</sup>, perteneciente al frente de Chía, cerca de Bogotá:

Nosotros nos hacíamos en bajas, pero al lado izquierdo, en altas, ahí la gente era muy callada y muy apagada, entonces decidimos subirnos para otra parte del estadio, y cada parche se va situando donde le guste para poner sus vainas y sus frentes, y eso se les respeta. Allá se conoce: por ejemplo, “ah, allá está el frente Kennedy, dejemos ese espacio sano y ya”. Que por ejemplo el frente de Kennedy es el trapo más grande que tiene la barra, entonces todo el mundo lo ayuda a extender, de[sde] los de Chía hasta [los d]el Tunal... todo mundo ayuda a eso.

---

<sup>6</sup> Es un frente de Frente del Santa Fe que aparece como contrapeso a los Comandos Azules de Millonarios. Hace uso de un nombre de connotaciones marciales para describir a su organización y los símbolos que lo diferencian de sus enemigos.

El esquema de organización territorial se concibe como una lógica de división de roles que hacen posible una jerarquización tanto en un escenario particular como en los distintos espacios y trayectorias de una barra. Y así, en el escenario funcional de la emoción y de los altercados, la organización es la base del dominio y construcción del territorio, que permanece en la memoria y se defiende con estrategia, aspecto que se profundizará en el capítulo tercero.

## Espacio público, escenario de conflicto entre las barras

Lo dicho anteriormente sobre el territorio sugiere el descubrimiento de un elemento importante en la construcción de la identidad local de la barra: el espacio público es un elemento generador de lucha por el territorio, porque es allí donde la cotidianidad de la barra es afectada por encuentros y desencuentros con los competidores, por una zona determinada. Pero antes de precisar y caracterizar este espacio en disputa, se hace necesario preguntarnos el porqué y el cómo del espacio público de la barra. En este sentido, queremos hacer referencia a su construcción y apropiación, que radica en su carácter privado y en la adecuación del mismo como representación simbólica tanto individual como colectiva. Por esta razón, se explica esta dinámica en un aparte especial del presente texto.

## El espacio privado en la construcción y apropiación del espacio público

El espacio privado es el punto de partida del proceso de apropiación y significación del espacio público, pues en lo privado surgen las primeras afinidades y adscripciones al fútbol y a los equipos. Así se inicia el proceso de apropiación y protección de reliquias, convirtiendo su habitación –“el cuarto”– y lo íntimo en un lugar sagrado. La apropiación y defensa de reliquias hacen de lo privado un ámbito central en la delimitación de territorios. Y es en la habitación y la privacidad donde el hincha dispone y organiza los recuerdos y vivencias del pasado y el presente de la barra. Entonces las reliquias cobran sentido y valor, como, por ejemplo, el edredón del equipo, algún afiche, la camiseta colgada en un lugar especial o las boletas guardadas en la mesita de noche, las manillas o los objetos materiales que representan una vivencia

privada, que finalmente incide directamente en la construcción de lo público para las barras:

Lo primero que llama la atención al entrar es la cama de Byron, cubierta por un edredón verde, y en la mitad, el escudo de Atlético Nacional. Al sentarse en la cama sin tocar el escudo, todo el sitio parece una galería de recuerdos: basta mirar los proyectiles de los gases lacrimógenos que quedan después de una pedrea, que él luego pegó al techo de su cuarto; el número del salón y de los lugares más representativos del colegio robados de su nomenclatura original y colocados en los cuatro puntos cardinales de su cuarto; las fotos con su novia del colegio cerca a su cama; entre otros detalles que delimitan su espacio privado y sus momentos más importantes<sup>7</sup>.

La apropiación y defensa de reliquias no se limita únicamente al cuarto, sino que se extiende a la intimidad de su ropa y al propio ser, pues la afición es a lo que el hincha se aferra como algo “que se lleva consigo hasta la muerte”. Portar objetos considerados como reliquias significa ser hincha y llevar al equipo dentro de sí, sin importar el lugar. El hincha se reconoce como tal y reconoce a sus compañeros de agrupación en las reliquias que acompañan los recorridos, como se describe en esta narración de un hincha de Santa Fe acerca de la importancia de la billetera para los miembros de las barras:

En la billetera, la mayoría de los hinchas, y eso sí es de todos los equipos, guardan son las boletas, entonces las boletas que son de dos años y medio, que son casi ochenta de los torneos de Merconorte, Mustang, torneos así que son amistosos o que son por la paz, entonces eso es un elemento de recuerdo, es como el “aguante” que usted ha tenido durante todo eso, porque hay gente que es clasiquera, que solo va a los clásicos y va a joder al equipo, va a putearlo, pero no ha habido un proceso. Los hinchas siguen al equipo cuando está perdiendo, por eso también hacemos cantos cuando está perdiendo.

Las reliquias y los objetos materiales, además de consolidar un espacio íntimo, se convierten en títulos demostrativos que generan identificación

---

<sup>7</sup> Diarios de campo de la investigación.

entre hinchas que visitan los espacios privados de otros y que comparten los públicos. Además, exhiben la antigüedad de la pertenencia a un frente o a una barra como referente de memoria colectiva de la agrupación de hinchas. Lo íntimo representado en estos objetos-trofeos se hace público para los miembros de la agrupación y diferencia a los nuevos de los antiguos, como parte de una jerarquización que se hace posible desde los significados de la cultura material adquirida.

Un elemento importante para entender el tránsito entre el espacio privado y el público de la barra, a partir de objetos materiales ritualizados en riñas y vueltos trofeos, está representado en las camisetas. Estas prendas juegan un papel decisivo en la construcción de los distintos espacios por donde transitan los barristas, sea un recorrido individual o en grupo. Pues la camiseta tiene significados aun para los transeúntes que no la usan, pues trae a la memoria los estilos de “culto” que pueden ser tan lúdicos como la práctica del deporte o tan formales como la devoción por un jugador o un equipo. La camiseta no solo significa un trayecto presente en la ciudad, sino que también activa y actualiza la memoria del equipo, de la barra y de la persona. Así es como la camiseta materializa la identidad que se tiene con una forma de vivir la ciudad y la memoria de la emoción:

Pues todas tienen su significado [...] lastimosamente las camisetas que yo tengo no han sido con las que el equipo le ha ido bien [...] bueno, la Cristal Oro sí fue un buen año [...] uno por la camiseta más o menos se acuerda qué equipo tenía esa camiseta, cómo era la fiesta ese año [...] se acuerda uno de muchas cosas.

Las camisetas se presentan en el escenario deportivo como símbolos de identidad con el equipo y con otros que visten la misma camiseta, y de poder ante los rivales. Sin embargo, cuando se observa desde una gradería lejana, a la masa de colores y a los hinchas que las visten, las camisetas parecen no diferenciarse. Pero esta observación es engañosa cuando se está en la tribuna, donde habitualmente permanecen las barras, y la diferencia es mayor en la escena barrial. En las tribunas laterales se observan marcas y diseños diferentes de camisetas, además de camisetas de equipos extranjeros que la gente equipara a las de los equipos locales, como si fuera uno de los tantos referentes de identidad del equipo y de sus aficionados. Pero esta diferencia se acentúa en

los vecindarios, y desde lo privado la camiseta adquiere el valor más importante de los objetos materiales utilizados por la barra.

Marcar la camiseta pasa a ser una forma de diferenciarse de aficionados a otros equipos y, además, de mostrar la pertenencia a un frente local. Cuando se asiste a la tribuna, con la barra, el valor de la camiseta aumenta de acuerdo con el número de títulos o hazañas de los equipos respectivos. Durante las temporadas a las que se asiste a eventos deportivos, la frecuencia de los triunfos o derrotas, y su publicidad, inciden directamente en la imaginación y el simbolismo del atuendo deportivo que se vista. El espectro de colores, su representación masiva y el mimetismo de “emociones permitidas” en actitudes normativizadas por la policía permiten la decoración de la camiseta al gusto de lo que precisamente está prohibido por las “emociones oficiales”, rechazando diseños y confecciones que están en contra del proceso de identificación construido en consenso con la barra. Un integrante de los Comandos Azules nos explica el cambio que tuvo que hacer a una camiseta que compró, para sentirse a gusto con su adquisición:

- Como la Cristal Oro tiene el número, pues es blanca, el blanco del número [...] uno la marca más breve, pero [...] no me gusta como se ve el marcador en el azul, más que todo es por eso, como la de LG no tiene número exacto, pues la dejo así [...] le tengo es el parche en el puntito.
- ¿Por qué?
- Porque el color de LG no me trama mucho...
- ¿Qué color es?
- Rojo.
- ¿Y por qué no le gusta el rojo?
- Nooo... pues, ¡el rojo!, no se puede con ese color. En una camiseta azul no se puede tener rojo.
- Entonces usted le puso un parche...
- Del Comando ¡claro!, el parche del signo del Comando. Tanto adelante como atrás...
- Para tapar el parche rojo y que quede todo azul...
- ¡Claro!
- Usted cree que eso le quita identidad...

– Sí, porque la camiseta azul con algo rojo no se ve bacana [...] igualmente pienso que a los del Santa Fe no les gustaría tener algo azul en la camiseta.

En las reliquias, como es el caso de las camisetas, se asimilan miméticamente “colores iguales” con “aficiones iguales”, y así mismo, formas similares de imponer una autoridad en un frente o una barra. Este sentido imitativo contribuye a la cohesión del grupo y genera referentes de identidad colectivos basados en la apariencia y en la percepción sensorial. Igualmente, las marcas hacen parte de un mundo íntimo del hincha, que además lo distingue como una clase especial de consumidor de objetos encontrados o comprados en los espacios mismos de la afición por su equipo de fútbol, y que coincide con el concepto de facultad mimética de que habla Walter Benjamin (1986): “Su capacidad [la de ser humano] para observar semejanzas no es otra cosa que un rudimento de la poderosa compulsión en tiempos pasados de transformarse y comportarse como otra cosa”.

Detalles como el color de la camiseta y los estilos de letra en los *graffiti* generan un lenguaje propio de una identidad juvenil, que es el contexto cultural de este tipo de agrupación. Tal lenguaje es así mismo el que se habla en ese campo simbólico y funcional del territorio, y que prefiere ser un escondite y un lugar de sueños en el espacio público que se comparte con el grupo. El carácter táctil que Benjamin observa, en relación con lo que revela la fotografía, coincide con esas formas del mundo urbano de las barras en Bogotá:

Y al mismo tiempo, sin embargo, la fotografía revela en este material los aspectos fisonómicos de los mundos visuales, que residen en las cosas más pequeñas, que son significativas pero lo suficientemente veladas como para encontrar un escondite en los sueños diurnos, pero que, ampliadas y capaces de formulación, marcan la diferencia entre la tecnología y la magia que se hace visible como una variable absolutamente histórica (1979).

Pues, a pesar del carácter impositivo de los colectivos de hinchas, con sus uniformes, grafos, señales manuales y cánticos, que parodian símbolos fascistoideos, lo que sí logran en términos de interpretación de “lo visual en lo táctil” es imprimir en las calles por las que transcurre su vida cotidiana texturas de la emoción por el juego y por el deporte, que “desmitifican” todos los encantos de la

cultura popular oficial y obediente, construida alrededor de los deportes en la ciudad. Ese sueño diurno del joven aficionado contrasta abiertamente con la oscuridad y los cálculos de los clubes de fútbol, en cuyas manos está la decisión de trocar la posición de un jugador en triunfo o derrota para un equipo.

## Apropiación y prácticas cotidianas en el espacio público

Desde cada lugar privado, sea la habitación o la casa, se evidencia una definición compleja de lo público y su incidencia en la construcción de territorios e identidades locales. En el espacio público, que incluye las calles, las esquinas, los bares, los billares y toda una compleja malla de interrelaciones sociales, se conjugan la memoria de la niñez y la de la familia con el aprendizaje en la escuela y la cotidianidad, pues estos son elementos centrales en la delimitación de territorios.

La calle se convierte en un escenario en disputa porque se marca con la presencia y con trazos, así como las camisetas y las billeteras se marcan con los objetos y las huellas del afecto y los recuerdos. Y así, los *graffiti* son marcas de divisiones que significan pasiones y remembranzas de espacios que se convierten en territorios de conflicto, y en los que, aunque parezca increíble, se pelea la fidelidad y las prácticas de la fidelidad por la pasión de un deporte. El registro de estas marcas o “chapas” trae consigo sus propias normas, como lo explica un hincha, para quien no se deben escribir *graffiti* en las fachadas de las casas, aunque sí en otras paredes públicas:

Yo nunca llegué a “chapear” en casa porque no me gustaría que “chapearan” mi casa, por lo general nosotros “chapeábamos” en paredes de colegios, en paredes que cerraran parques; por ejemplo, hay una parte del parque Timiza que lindaba con el colegio Santa Luisa, entonces nosotros “chapeábamos” todo eso, los pisos, pero nunca yo llegue a “chapear” en casas.

Esta apropiación de espacios callejeros se hace con todos estos objetos y actitudes que construyen fronteras y recorridos que los otros leen. Toda esta gestualidad colectiva permite conocer quiénes disputan y qué frente de barra tiene el poder en una escena determinada. Durante el trabajo de campo se pudo observar un ejemplo de estas disputas, en un sector comercial del barrio

Ciudad Montes, entre la Guardia y los Comandos, o en el barrio Kennedy, entre Los del Sur y los Comandos. En Suba, se registró el siguiente episodio con los hinchas de América y los Azurras de Millonarios:

Hay un sector que se llama Costa Azul en Suba y [en el] que vive mucha gente del América y de Millos, entonces hay sectores marcados: hay sectores donde no puede pasar gente de Millos y hay sectores en donde no puede pasar gente del América, y amigos que vivían allá pues tropeleaban y nos iban y nos buscaban a nosotros y nos decían que tales, que hay tropel con los manes del América... pues más o menos era siempre con ellos.

Los *graffiti* pueden contener mensajes alusivos al equipo de quien los escribe o amenazas a quienes se consideran enemigos, por ser hinchas de un equipo contrario. Pero al mismo tiempo representan profanaciones a los signos escritos por otros, pues se tachan y enmiendan los *graffiti* escritos con anterioridad, con el propósito de insultar el mensaje de los hinchas contrarios.

Así es como las calles y los *graffiti* de las paredes son medios de comunicación entre los hinchas, que al escribir o reescribir quieren hacer evidente su poderío y odio por el otro. Además, se hacen públicos los nombres de los frentes locales y la lucha por el espacio se convierte en una pugna por hacer público el nombre de la barra. Como le sucedió a “Pecas” con una pared específica y en relación con otras barras, cuando se disputaban los espacios de los *graffiti*:

Allí sobre la 30 hay una vaina blanca que nos la pintaron y nos la dañaron los de Millonarios, y llegaron los sureños<sup>8</sup> y les rayaron una cosa y nosotros no hemos tocado esa vaina ¿para qué? Ya hay dos parches ahí, y no nos metemos en esos bollos ahí. Además ‘los Chukis’<sup>9</sup> a mí me la tienen montada.

---

<sup>8</sup> En principio, es voz despectiva para la barra Los del Sur, de Nacional. Funciona con la misma lógica que cuando se habla de Las Garzas o como cuando a Los Comandos se les dice “gallinas”, “gallinarios”, “comanches”. También en el caso de “Disturbio Rojo” se los señala como “Masturbio Rojo”. Pero de términos discriminatorios pasan a ser voces usadas por los afectados para afirmar su carácter de rivales.

<sup>9</sup> Es un frente de los Comandos Azules de Millonarios que se disputa el territorio en la zona de Ciudad Montes y la carrera 30, en el sur. Su nombre nace de la serie cinematográfica de terror, que luego se volvió cómic.



Los recorridos para “chapiar” o escribir *graffiti* se convierten en una práctica planeada que acerca al hincha a la barra y le permite hacer parte de su socialidad, desde el riesgo diurno o nocturno de ser descubiertos por la policía, algo que se une a la fascinación del despliegue de aerosoles sobre blancas o sucias paredes.

En el próximo capítulo se tratarán en detalle la emoción, la fiesta y la catarsis expresadas en los espacios privados y públicos donde los hinchas de las barras despliegan su territorio.



## CAPÍTULO 2

### EMOCIÓN, FIESTA Y CATARSIS: SENTIDO SIMBÓLICO DEL TERRITORIO

#### Preparativos y recorridos de la fiesta y celebración del espectáculo

Vistos los conceptos de *territorio* –con sus campos de batalla– y de *identidad* –además de la memoria de la experiencia dentro de la agrupación en los ámbitos privado y público–, centrales para entender la complejidad de esta manifestación urbana, ahora se hace necesario definir el concepto de *emoción* y lo que se entiende por *fiesta*, como actividad que justifica y cohesiona al grupo, con el objetivo de explicar la importancia de estas dos categorías de análisis etnográfico en la apropiación de territorios y en la constitución de identidades locales entre agrupaciones de barristas.

La concepción propia de los barristas acerca de lo que son la emoción y la fiesta tiene su correspondencia en sus recorridos callejeros; como parte de esta concepción, en la fiesta se recopilan varios objetos simbólicos y rituales, que se hicieron evidentes durante el trabajo de campo, en algunos testimonios que explican la fiesta como el factor preponderante en la cohesión de la agrupación y el sentido de pertenencia a la barra.

#### Los preparativos y rituales antes de asistir al espectáculo

Los preparativos implican un recorrido simbólico que se inicia en el cuarto, continúa con recorridos a pie que atraviesan la ciudad desde el sur, hasta llegar al estadio, con la entrada de hinchas y barristas a las graderías.

## El espacio privado

En el espacio privado se prepara el partido e inicia la fiesta de las barras. Allí se diferencia lo íntimo de lo colectivo y se construyen complejas redes de representaciones e identificaciones con una perspectiva individual, que luego trascienden al ámbito colectivo de la barra del equipo al que se va a animar. Los objetos de la cultura material del equipo, como camisetas, afiches, banderas, ropa, manillas, entre otros, son elementos centrales de la habitación donde se descansa y se duerme. Estos elementos tienen el propósito de alimentar el entusiasmo y mostrar filiaciones con el equipo que más arraigo tenga entre los hinchas, sin importar cuáles sean sus logros. En el proceso de preparación que va de lo íntimo a lo público del estadio, la emoción trasciende la cotidianidad y se convierte en eje central de la vida, como si fuera una religión de culto único que se profesa por medio de interacciones y consensos, considerados rituales. Se trata de un preámbulo que coincide con lo que señala Norbert Elias sobre el grado de importancia que adquiere el deporte en el mundo moderno:

Vista desde otro ángulo más, se trata de la tendencia del deporte, en todos los países del mundo, a dejar de ser una institución marginal y escasamente valorada para convertirse en otra central y merecedora de un valor más alto, institución que para muchos parece tener importancia religiosa o cuasi religiosa, en el sentido de que se ha transformado en una de las principales, si acaso no es la principal fuente de identificación, significado y gratificación de sus vidas (Elias y Dunning, 1990).

A partir de la significación de reliquias, presentes en diferentes rituales, que se llevan a cabo para conseguir suerte y triunfar sobre los rivales, los miembros de la barra logran convertir cualquier partido de fútbol en un evento especial, que sobrepasa la sola representación del compromiso deportivo entre quienes juegan y que se transforma en una celebración que permite un tipo de disfrute en la semana previa y durante los preparativos del partido.

Las reliquias poseen un enorme significado para lo que se conoce como “el aguante”, que es un conjunto de prácticas emocionales que permiten comprobar los niveles de comunicación entre lo individual y lo colectivo en la barra. Y en esta comprobación lo que hacen los objetos guardados, robados

o encontrados es recordar las alianzas que se han hecho con personas para decorar una gradería, robar una camiseta, castigar a un hincha de un equipo contrario, y que representan alianzas en lo íntimo, sentimientos únicos basados también en identidades masculinas, que se comparten en la tribuna.

Pero este aguante no es el mismo para todos y su proceso de conjugación y simultaneidad emocional de contextos privados y públicos es complejo en estos últimos, en especial en el escenario local de los barrios y calles que mejor se conocen, por haber nacido, crecido y recibido educación en ellas. Ahora explicaremos las diferencias y complejidades de cada escenario del recorrido del aguante y las emociones.

## El escenario local

Los escenarios de los barrios y calles más cercanos a la primera socialización de los jóvenes hinchas de las barras son aquellos que se llaman “locales”, cuyo carácter local se refiere también a su ubicación en la ciudad de donde proviene un determinado equipo de fútbol, y es en esta misma evocación de una localidad, que es lo barrial, donde los hinchas se encuentran y reúnen para preparar la defensa de aquellos sitios por donde transitan. Estos deben ser lugares seguros de reunión, ya sea porque se los transite con frecuencia, como las calles que llevan al colegio o a la tienda, o espacios que connotan protección y relajamiento, como los caños de los ríos urbanos o paredes ya escritas con *graffiti*, así como calles de barrios ocultas al tráfico vehicular. La elección de estos espacios y su carácter secreto, no conspicuo (invisible) y trasgresor tiene el propósito de apropiarse de un escenario con sentido local, en contraposición a uno de carácter general y con una audiencia más nacional, como es la de los estadios de fútbol. Estas reuniones potencian el aguante como algo que surge realmente de acuerdos secretos y se despliega en los estadios y espacios públicos de la ciudad. Así comenta un hincha del Atlético Nacional la experiencia de asistir al partido y llevar la camiseta, que muestra la seguridad y apropiación del espacio, por parte de los barras y que surge del aguante:

Yo nunca salía de aquí con camiseta, nosotros siempre que había partido llegábamos y allá nos las colocábamos, porque eso es exponerse. Aquí la camiseta que yo tuve casi nadie me la conoce porque saliendo de aquí me gritaron “provinciano”. Eso fue

para un *jeanday*<sup>10</sup>, quince personas que éramos del colegio nos fuimos todos con las camisetas y ese día sí salí de aquí con la camiseta y la gente pitaba de los carros y ya se vuelve cotidiano en las caminatas que hace uno por la 30. Nosotros cogíamos una buseta que nos subiera de Kennedy, y a veces nos bajábamos en el SENA de la 30 o en Catastro. Y nos íbamos caminando con el aglomerado de LDS [Los del Sur], la camiseta nos la colocábamos cuando llegábamos al Cafam, o por lo general la gente llevaba chaqueta o saco, pero eso también era marcado según el rito del grupo.

Pero el aguante en los escenarios barriales depende de la actitud en la preparación del partido que juegan los hinchas, que es distinto al que juegan los jugadores de los equipos de fútbol. Y es un aguante ligado a los temas importantes que se hablen en este encuentro y a las acciones que se proyecten en relación con la hinchada rival que se va a medir contra la propia, la de la localidad. De esta manera, un enfrentamiento deportivo trasciende porque se representa simbólicamente otro partido entre los hinchas, que no tiene que ver con el deporte, sino con la emoción de alentar al equipo y superar a los contendores en el aguante. De lo que se trata es “de quién aguanta más”, como en el caso de un partido clásico y de experiencias como la de Álex, al celebrar este acontecimiento:

- ¿Ustedes qué hacen cuando ganan un clásico?
- Celebrar.
- ¿Describame, por favor, la celebración?
- Salimos del estadio, con su grupito todos felices tomando chorro<sup>11</sup>, todo el que caiga, nos vamos para el hotel o al aeropuerto a acompañar al equipo.
- Se van al aeropuerto, ¿y después qué hacen?

---

<sup>10</sup> Pronunciado [yindei]. Evento que organizan los estudiantes de un colegio para ir sin vestir el uniforme y en cambio vistiendo ropa elaborada en denim. Este es un día de bluyín. Además se celebra una fiesta donde los estudiantes bailan y cambian la rutina escolar con música. Estos acontecimientos se dan los días viernes, por lo general, como antesala al fin de semana.

<sup>11</sup> Término usado por distintos grupos de jóvenes que hacen recorridos por la ciudad para referirse a cualquier bebida alcohólica que al dispensarse sale como un chorro. Es término adoptado del argot de las corridas de toros, en las que “el chorro” se dispensa de la bota; más recientemente, el uso coincide con el envasado de licor barato en *tetrapak*.

- Nos devolvemos con el parche, comemos algo por aquí, nos despedimos y cada uno para su casa.
- ¿No siguen tomando chorro?
- Sí, a veces los que podemos, los que no pueden, cada uno para sus casas.

La celebración se escenifica cada vez que dos o más miembros de la barra se encuentran, y es con el aguante como se constituyen vínculos permanentes. Antes o después del espectáculo deportivo, los hinchas celebran tanto el triunfo como la derrota o los empates, dependiendo de los sentimientos que produzcan los mismos. La celebración de un encuentro o la fiesta que sigue al triunfo presentan diversas perspectivas para quienes no son hinchas y una de estas perspectivas es la de una forma de inclusión alternativa y perfectamente aceptada por los equipos y clubes de fútbol, así como por parte de los medios masivos, de quienes parecieran no tener que ver nada con un juego. Y estos son los hinchas, que desde su anonimato mimetizan una forma de pertenencia a la estructura de un equipo, a sus propias necesidades y afectos, y lo hacen replicando a estos afectos con una celebración que pretende convertir a los mismos hinchas en unos personajes tan importantes como los mismos futbolistas.

A partir de esta fiesta, el espacio social de los hinchas de las barras se puede clasificar así: primero, como espacio individual; segundo, como espacio de transición entre lo individual y lo colectivo, que mezcla el parche y la cuadra del barrio, y tercero, como espacio colectivo de la barra en la tribuna del estadio. Después, y al regreso de esta trayectoria, sucede lo mismo hasta retornar a la intimidad del cuarto, en donde la emoción y los sentimientos del encuentro deportivo y la expresión de identidad con un equipo se evocan para perdurar el resto de la semana y hasta el próximo partido.

Luego de explicar la importancia de la emoción y el aguante en la escena privada y barrial, se detallará en el siguiente acápite la manifestación de la fiesta vivida por los hinchas de las barras.

## Características de la fiesta y el “aguante” en el escenario local

Como se ve, la fiesta y el aguante son medios y productos de las distintas interpretaciones de un deporte como el fútbol en diferentes campos de la

cotidianidad, en los que las distintas prácticas y significados de la afición superan el tiempo institucionalizado o el tiempo laboral. El proceso de formación de identidad con respecto a un deporte –en una ciudad, y teniendo en cuenta las acciones de represión y de control normativo en las calles, que se suelen llevar a cabo en todo el país– se caracteriza por una transformación en ritual, del tiempo libre y del ocio, por parte de los equipos y de la barra, que da lugar a los diferentes ritmos que caracterizan la fiesta y el aguante, pues cada cual los lleva consigo por las diversas calles de este recorrido nómada, que es el caminar de los hinchas de las barras por la ciudad.

La primera observación que cabe hacer al respecto del ritual que caracteriza a la fiesta y el aguante está relacionada con las maneras y los lugares del celebrar, marcadas por la circulación constante entre el espectáculo propio del estadio, el espacio público de las calles y las tiendas, y el terreno más *local* del barrio, espacios y circulaciones que se transforman a partir de la catarsis que tiene lugar desde la aclamación del equipo. En un segundo lugar, que las formas y expresiones de la catarsis se convierten en epicentro de encuentros y desencuentros, a partir de ritmos corporales y melodías que proporcionan orden y sentido a la fiesta.

## Delimitación colectiva de un espacio transeúnte a partir de la catarsis

La catarsis tiene implicaciones importantes para el aguante y el festejo, por cuanto es una expresión colectiva que cohesiona a las diferentes identidades juveniles que comparten esta afición por el fútbol en las barras. Además, se trata de una catarsis que no es solo espontánea, sino planeada, y que, como tal, implementa una emoción que hace que la noción de lo cotidiano cambie de sentido. La catarsis permite que la experiencia sensorial y lo que se representa durante la fiesta cambien constantemente. Estas emociones cambiantes validan algunas acciones de los hinchas, a partir de las cuales se generan las identificaciones más fuertes del grupo. Es así como explica Elias la génesis de esa tensión entre lo aceptado y lo restringido por la emoción en la sociedad:

Solo los niños brincan en el aire y bailan de la emoción; solo a ellos no se les acusa inmediatamente de incontrolados o anormales si gritan o lloran desgarradoramente en público por alguna aflicción repentina, si se aterran con un miedo desenfadado o



muerden y golpean con los puños odiando enemigos cuando se enfurecen. Ver, en cambio, a hombres y mujeres adultos llorar agitadamente y abandonarse a su amarga tristeza en público, o temblar de miedo, o golpearse salvajemente unos a otros a causa de una violenta emoción, ha dejado de verse como algo normal. Es una situación que casi pone en aprietos al observador y causa vergüenza o pesar a quienes se han dejado arrastrar por ella (Elias y Dunning, 1990).

Y, en este caso, es la aceptación de las emociones catárticas la que define espacios locales transeúntes, tan característicos de la celebración pública de lo que se siente por el equipo. Son los gritos, el tropezar y querer tumbar o golpear a otros, lo que se asimila a una activación permanente de los sentidos que solo se dedica a actualizar esa especie de lealtad a la sensibilidad por esa clase de triunfos.

## Fiesta y fisonomía de la catarsis de los barristas

La fiesta es una práctica continua de afinidades que resignifican el tiempo y los espacios cotidianos, para constituir líneas de huida que van de los tiempos oficiales a los tiempos libres. Y es esta dedicación del tiempo libre a una alegría compartida lo que se celebra o se censura. Esta celebración y resignificación del tiempo es importante en la conformación del grupo de la barra, pero esta importancia varía de acuerdo con la multiplicidad de emociones que se producen en los diferentes espacios de encuentro, como los lazos de empatía generados a partir de la cercanía corporal o la catarsis antes y después del partido, como lo indica Maffesoli:

En las redes de amistad, la *religancia* se vive *por sí misma*, sin ningún tipo de proyecciones. Además, dichas redes pueden ser sumamente puntuales. Gracias a la tecnología, en el caso de los reagrupamientos creados por el Minitel, es en el marco efímero de tal o cual ocasión concreta como se reencuentra un determinado número de personas. Esta ocasión puede suscitar o no relaciones continuas. En cualquier caso, lo que sí hace efectivamente es crear de esta guisa “cadenas” de amistad que, según el resultado formal de las redes analizadas por la sociología americana, permitan una multiplicación de las relaciones únicamente mediante el juego de la proxemia: tal persona me presenta a tal otra, que a su vez conoce a otra, etcétera (1990).

La parte más importante del festejo tiene lugar en el estadio y sus alrededores, y así mismo puede agonizar o precipitarse antes o después del gol. Cada anotación, o su ausencia, por parte de uno de los equipos es el momento central del espectáculo que prepara su celebración ritual desde días anteriores al partido. Es el gol esa especie de interruptor de las emociones, y lo hace por un espacio de tiempo definido. Pues actúa como un narcótico que por instantes eleva los ánimos a una condición proxémica, a través de la cual la cercanía entre los cuerpos físicos y mediáticos se da como condición que define la función y el carácter permisible de la catarsis.

## La fiesta y sus ritmos cotidianos

La catarsis es expresión temporal que se representa como un contraste vivo entre el mundo cotidiano y el ambiente carnavalesco de la barra. Este sentido temporal, y grotesco en su carácter repentino, permite que la función cártica de la fiesta se dirija a una demostración de risa, de gritos y de ritmos agitados y espasmódicos que permanecen como imperceptibles para muchos, pero que, al contrario, delimitan la fiesta y su aguante en distintas dimensiones de tiempo, que se expresan entre la monotonía y la quietud de un solo individuo hasta la proximidad de un colectivo. Como características del carnaval están la temporalidad y la capacidad de los aficionados y entusiastas de llevar consigo la celebración en el lenguaje y en el cuerpo, por enormes lapsos, que conectan estados de ánimo y logros deportivos. Como lo explica un hincha, la catarsis es el punto máximo de la celebración, mientras el aguante es una constante que permite la continuidad ritual y proxémica todos los días de la semana: “Es cantar fuerte, así vayamos perdiendo, estar en todos los estadios, es apoyar al equipo en las buenas y en las malas, eso se llama tener aguante”.

## Funciones del aguante y la catarsis

A partir de las emociones se conforman campos de fuerzas representacionales que se configuran en los gritos y sentimientos compartidos. Por cuanto son “campos”, como los define Bourdieu, estas vivencias son parte de un sistema de códigos identificadores que diferencian otros campos de la vida social y económica de los miembros de las barras. La música que se produce al amparo de la barra es uno de estos campos de representación, pues es uno

de los lenguajes y significados que potencian la catarsis. Estos sonidos y repeticiones sonoras, que además son copias de canciones de hinchas de barras de otros países, como Argentina o Brasil, en América del Sur, proporcionan una lógica que ordena los ritmos que movilizan la agitación.

Son estos ritmos, vistos como producción colectiva, los que caracterizan la dinámica interna de la agrupación, pues marcan con síncofes movimientos corporales que se repiten al unísono como parte de la manifestación de sincronía con las emociones del equipo, y son ritmos que a la vez se repiten de manera colectiva en otras graderías del estadio. En el ritmo musical (campo representacional del poder de los hinchas de barra) se delimitan así mismo los territorios demostrativos de la fiesta, pues con las diferencias de entonación se establece si se está en pie de lucha contra el enemigo, se está elogiando al equipo o se evoca el poder y superioridad de la barra a través de un cántico o *gimnasia de autoafirmación*.

Estos adiestramientos se convierten en armas en medio de la batalla simbólica entre hinchas, y así lo perciben algunos aficionados. Los sonidos de las manos y de los pies se mantienen como un sistema de signos corporales que permiten asemejarse a otros o, a su vez, ofender “al enemigo”, aquel aficionado que se expresa por medio de otros movimientos que no se ajustan a una cierta y determinada barra. Así explica Marcel Mauss la finalidad de lo que él llama “técnicas corporales”, pues las expresiones de las barras de fútbol se transmiten entre generaciones, de ahí la importancia que tiene el aspecto socializador de la celebración deportiva: “La adaptación constante a una finalidad física, mecánica y química (así por ejemplo cuando bebemos) está seguida de una serie de actos de acoplamiento, acoplamiento que se lleva a cabo en el individuo no por él solo, sino con la ayuda de la educación, de la sociedad de la que forma parte y del lugar que ella ocupa” (1971).

De hecho, existen técnicas corporales de las que los ritmos musicales son parte integral y que a la vez constituyen tácticas de batalla y comunicación de movimientos, tanto colectivos como individuales, entre hinchas de las barras. Estas técnicas del cuerpo son, por ejemplo, alentar al equipo sin observar a los hinchas rivales; responder una ofensa de los enemigos; atacar sin justificación al contrario, cuando aparenta debilidad, entre otras acciones. Y estas demostraciones de contienda y aguante son transmitidas por medio de los cánticos de ataque y defensa que se entonan como escudos y potenciadores de ese

entusiasmo que unifica intereses para derrotar a los enemigos, ya sea como barra, como frente local o como individuo.

De este modo, lo que llamamos catarsis funcional no se limita a emociones festivas, como el triunfo y el gol, pues también genera diferentes formas de regocijo que están presentes de una manera táctil en la memoria sensorial. Y así la emoción por el juego está presente en todo lo que se pueda tocar o recordar como un insumo para las acciones de animación al equipo, dentro y fuera del estadio. También la influencia de bebidas embriagantes y sustancias psicoactivas hacen que estas sensaciones táctiles confluyan en agresiones contra otros hinchas e incluso contra jugadores y árbitros, siendo el ritmo de la barra un recurso táctico para potenciar las contiendas que se presentan en el espacio local. En consecuencia, *la emoción no es solo una reacción inmediata, sino que también es construida* por medio de la memoria de emociones y de imágenes de enfrentamientos pasados en lo local. Pasa de una manera repentina, como cuando uno se topa con alguien que le parece conocido y lo ataca sin preguntar.

## Rememoración de la emoción y la fiesta: entre el escenario local y el espectáculo

La memoria es un elemento básico en la constitución de campos simbólicos e identidades entre los hinchas. Forja narraciones en el espacio privado y en el espacio público, por cuanto alimenta la fiesta y el aguante. Los recuerdos que se comparten retienen los significados de los espacios y los triunfos, al tiempo que borran lo que no tiene vigor en el grupo. Así define Melucci la función de la memoria en estos tiempos:

La memoria ocupa un lugar importante en este escenario porque constituye el recipiente de la semejanza y de la diferencia. Ofrece la posibilidad de reconocerse como iguales o diferentes, de establecer continuidad y discontinuidad en nuestra identidad y en las relaciones con los otros. La memoria puede funcionar como pura defensa regresiva de un pasado ya muerto, o bien como fuente y fundamento del presente. Para elegir lo que deseamos preservar y lo que pretendemos cambiar necesitamos de la memoria y nos hacemos conscientes a un tiempo de las semejanzas y de las diferencias en el interior de nosotros mismos, y entre nosotros y los otros. El recurso al pasado, cuando no significa cierre defensivo, nos obliga a reconocer nuestra parcialidad, puesto que siempre implica conservación y pérdida (2001).

Las emociones más significativas que se conservan en la memoria colectiva de los hinchas poseen como valor adquirido la evocación que ocasiona una serie diversa de sensaciones que permiten recordar las experiencias como alegres o como dolorosas. La evocación de estos momentos vividos es la misma fiesta que cambia de sentido a partir de la muerte de un compañero o las heridas recibidas en los combates.

Un ejemplo de recuerdos negativos es la muerte de “El Flaco”, capo de Los Azurras, de los Comandos Azules, hecho que afectó profundamente a dos de los hinchas que participaron en esta investigación. Este recuerdo despierta sensibilidades que les permiten evocarlo y así romper con el presente para volver al pasado feliz, cuando celebraban juntos. Así lo expresa Cristian, hincha retirado de los Comandos Azules:

– Y después, ¿cómo fue, qué acción simbólica hicieron?

– Pues el día del sepelio fue muy bacano, todos llegaron allá a la iglesia, era una iglesia cristiana, y pues bacano, porque la mamá dejó que todos estuviéramos desde la iglesia hasta el cementerio y nos fuimos cantando, nos dimos una vuelta por el estadio, llevaba su bandera de Millos sobre el ataúd; eso sí fueron como unas mil personas del Comando a acompañarlo, fueron los capos, estuvo bacano. Yo creo que el man desde el cielo se puso feliz por ver eso, porque el man era muy buena gente, El Flaco era una chimba. El man, para qué... para ser líder del Comando... el man no era que liderara los parches, sólo por el poder o por reverencia, el man se sentaba a hablar con uno cuando uno tenía sus problemas; cuando uno tenía sus videos el man lo ayudaba.

– Era un amigo...

– Sí, exacto. Como el man más que todo estaba en el parche y como nosotros éramos hinchas, nos decía que los hinchas de Millonarios son un grupo de amigos, que bacano que nos une la “Sangre Azul”<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Identificación con un linaje ficticio que une a quienes son fanáticos del equipo Millonarios, cuyas insignias y camisetas son blancas y azules. Es parodia de la “sangre azul” aristocrática, pero en este caso se trata de una “aristocracia” de la euforia, que se cree mejor, en contraste con los que tienen “Sangre Roja”. Hay frases populares, como “perdón, Dios, por el color de mi sangre, aunque todos saben que los de Millos la tenemos azul, como nuestro equipo y clase”. En el caso de Millonarios, el color azul es central en la denominación de algunos de sus frentes, como el de Los Azurras. Los de Santa Fe dicen “Rojo hasta los ojos”. Para Santa Fe el rojo es central en algunos frentes, como en la Guardia Albiroja. Igualmente, Los Del Sur, de

– Usted me contó que llegó al estadio. ¿Cómo hizo para entrar?, ¿cómo llegó a Los Azurras?

– Yo iba al estadio con los compañeros del colegio, como con unos cinco manes. Después como que a ellos no les tramó mucho el video y fuimos no más dos y después con otros manes del colegio, pero de unos cursos más atrás, llegaron pero tenían un parche más grande porque era gente de... eran hartos manes, por ahí unos ocho, y los manes pues donde se hacían empezaron a conocer al que era El Flaco, [uno de] los capos de la banda. Entonces los manes que estaban [parchados] un día, ya los manes habían metido al parche a los del colegio, y los otros íbamos al estadio como íbamos, ahí, con los manes; [entonces] un día nos dijeron que nos metiéramos a la banda y nosotros nos fuimos metiendo, conocimos a El Flaco y listo...

Esta narración evidencia el significado de la memoria en la consolidación de identidades con respecto al equipo y a los otros que hacen la barra. Los recuerdos se convierten en fuente importante de lo que se celebra y se continúa celebrando. Las narraciones de hechos como la muerte o el dolor generan emociones catárticas y, como dice Melucci, “en el contexto de las dificultades con que se mide la identidad, la narración se vuelve una suerte de tabla de salvación a la que se atribuyen, según los casos, poderes de apoyo, terapéuticos y catárticos” (2001).

---

Nacional, se conocen como “Auriverdes” y los del América como El Equipo Escarlata, cuya barra principal se llama Disturbio Rojo, por el color de su camiseta.

## CAPÍTULO 3

### LOGÍSTICA Y JERARQUIZACIONES DE LA BARRA EN EL TERRITORIO LOCAL

En el presente capítulo y en los siguientes se caracterizan de manera específica algunos de los conceptos y proposiciones desarrollados anteriormente, por medio del análisis de aspectos concretos, tales como las dinámicas organizativas, las jerarquías, las reuniones en el escenario barrial y su relación con la construcción de identidades y territorios en distintos escenarios locales.

#### Organización logística de las barras en el espacio local

El sentido organizacional de las barras desde una perspectiva local tiene su origen en cuatro equipos de fútbol colombiano, dos de ellos, Santa Fe y Millonarios, adscritos a la capital del país y con su propia connotación centralista en Bogotá; y otros dos, Nacional de Medellín y el América de Cali, de adscripción regional a ciudades de provincia del país. Los hinchas de equipos que no son capitalinos son denominados por los aficionados de Bogotá como “los provincianos”. Estas diferencias señaladas por los mismos hinchas son fuente de una práctica de selección identitaria y, a la vez, pretexto de tensiones entre las barras, y nos hablan de la importancia de la articulación de lo regional a través de un eje de entusiasmos por el fútbol expresados de manera muy diversa.

La organización de estas barras aparentemente no presenta diferenciación, pero existen dos tipos de hinchada distintos por sus representaciones simbólicas e imaginarios de nación (Dávila, 2001) que se aceptan o se rechazan.

Así, por ejemplo, se construyen identidades con respecto a la nación que son afines o se oponen a la imagen de “comunidad imaginada” (Anderson, 1991) a la que los habitantes de un país se adscriben a través del aparente sentido que tiene para todos el triunfo de un equipo que representa al país, para el caso del fútbol.

En primer lugar, el tipo de *comunidad* que los hinchas se *imaginan* es la de todos aquellos que gozan del espectáculo del fútbol, aunque ninguno de estos aficionados se conozca entre sí. Siguiendo a Anderson, esta fraternidad, que tan fácilmente hace que mucha gente se imagine ser colombiano por el gusto de un deporte y de un equipo, es la misma fraternidad que se imagina que los aficionados de equipos contrarios deban ser vistos como rivales y, por tanto, como susceptibles de agresión. Así mismo, y en segundo lugar, la identidad que construyen los hinchas de las barras es la de una alteración de esa comunidad imaginada, que tiene lugar a través de la discriminación que se hace de la representación de algunas características regionales, como la de “rolo” (bogotano de élite o bogotano auténtico), cuando se apoyan equipos de Bogotá, o la de “provinciano”, cuando se apoyan equipos “paisas” (de Antioquia), vallunos (del Valle del Cauca) o costeños (de la Costa Atlántica), si se es bogotano. Por tanto, aquí la comunidad imaginada no sirve solo a los propósitos de una fraternidad que cobija a los aficionados de todos los equipos, sino que es una camaradería que selecciona “entre equipos”, propiciando así unos límites internos entre la comunidad de aficionados que se asemeja a los límites geográficos y culturales entre las regiones. De igual forma, la diferencia entre los rivales dentro de esa fraternidad imaginada de aficionados es importante para la construcción de un conocimiento de la identidad que supone una “nación multicultural”; en este sentido, los objetos simbólicos que portan los hinchas, sus cromatismos y montajes de formas son la escala más pequeña que sirve a la comprensión de un conocimiento de una comunidad política a una escala más amplia, que también se imagina “limitada y soberana” (Anderson, 1991) como es la nación colombiana que imagina la Constitución Política.

## Ideologías, imaginarios y organizaciones de las barras de equipos capitalinos

Las hinchadas de Santa Fe y Millonarios tienen como característica la inscripción local de sus miembros a representaciones colectivas de lo urbano



en Bogotá, las cuales implican dos expresiones esenciales: 1. identidades arraigadas a representaciones hegemónicas y centralistas acerca de quienes han nacido o vivido mucho tiempo en la capital del país; 2. un conocimiento generacional de tendencias musicales y artísticas que permiten el acceso a espacios no restringidos desde una perspectiva de clase.

El “aguante capitalino” es la denominación que consolida estas dos perspectivas que para los hinchas resulta una forma muy específica de identificación con la ciudad y con los bogotanos que son hinchas de los equipos de la capital. Este mismo apelativo da lugar a que se estigmatice a aquel bogotano que traicione este “aguante” y decida animar a los equipos que no son de la capital, y es así como a estos bogotanos se los señala como “vendidos” o “torcidos” que apoyan a equipos “paisas” y “caleños”. Consecuentemente, estos bogotanos son vistos como herejes entre los más radicales hinchas capitalinos.

Entonces, las simbologías sobre “lo bogotano”, como, por ejemplo, la bandera, el escudo, la entonación del himno de Bogotá, con mayor fuerza que el himno nacional, hacen que se imponga la adscripción local. Como explica “Gacela”, acerca de la adscripción regional de los equipos de Bogotá:

– Y con Santa Fe ¿ya bajó la discordia que había?

– Sí, ya bajó la discordia, pues es que antes era “la de tropeles” y se calmó mucho con las sanciones, eso fue lo único que pudieron hacer, sancionar al estadio, porque ir a otros estadios ajenos era bien paila, entonces también se paró y las dos hinchadas comenzaron a sacar adelante el orgullo capitalino. Sí, hay problemas con “Las Garzas”, eso sí, pero lo que sea no es tanto con los sureños, porque los sureños son de Medellín, y si uno va allá a Medellín también lo cogen a cascarle, entonces como que se siente más el orgullo bogotano.

Esta manera de distinguirse de los demás está basada en valores nacionalistas, en lo que tiene que ver con los cánticos y ritmos entonados hacia la bandera y los símbolos de Bogotá, que emulan a algunos ademanes del Nacional Socialismo alemán de principios de siglo XX, y que son evidentes en simbologías, expresiones y comportamientos urbanos de los *skinheads* europeos.

Las reivindicaciones regionales que tienen lugar en una ciudad como Bogotá, cuya sensibilidad urbana está construida a partir de las migraciones

forzadas o voluntarias desde diferentes regiones, son asumidas por agrupaciones juveniles, como los barristas del fútbol, cuyo carácter contrasta y se proyecta en el cosmopolitismo y diversidad cultural que se presenta en Bogotá.

Las barras de equipos capitalinos pretenden desarrollar un sentido regional a partir de los colores de camisetas, escudos y banderas de Bogotá. Y sorprende cómo a la hinchada capitalina parece no importarles el hecho de que hace muchos años los dos equipos tradicionales de la capital no ganan ningún título. Entonces podría decirse que el llamado “aguante capitalino” lo que intenta es superar la posición triunfalista y “clásica” de la que se acusa a los bogotanos que se vuelven hinchas de equipos de otras ciudades de Colombia, quienes vuelcan su emoción hacia actuaciones de equipos que “solo ganan”. De este modo, lo provinciano se refiere también a una especie de esnobismo con respecto a representaciones deportivas, más allá de unos límites geográficos, que solo figuran en las listas de “los que ganan” lejos del centro del país, confirmando así que la emoción juega con los límites regionales y se sale del centro para afirmar ciertas expresiones de nacionalidad y ciudadanía.

Al mismo tiempo, el ser un “viejo perdedor” significa para muchos un tipo de experiencia deportiva que merece sus propios hinchas, y este aguante capitalino constituye una expresión de lo nacional desde la localidad. Tal y como lo explica Marcela:

- ¿Porque eres hincha de Millos, si desde 1988 no se han ganado nada?
- Es más como ese compromiso que sale del alma sobre lo que yo pienso, de lo que yo estoy haciendo; yo tengo unos amigos que son del América siendo bogotanos, eso es lo que me choca, y tú hablas con ellos y son de unas ínfulas: ¡Ah! es que ha ganado tres veces consecutivas las copas, ¿para qué tanta pasión por ellos si no son de su tierra?

Estos referentes regionales y geográficos son de importancia para entender los referentes emocionales que pueden justificar algunas acciones logísticas de la barra, tales como ataques y persecuciones a estos enemigos ficticios, en los escenarios locales.

Así mismo, el carácter central o regional de un grupo de hinchas está en relación con la presencia, el desplazamiento por la ciudad y las acciones

logísticas de los frentes barriales, que deben entenderse como mimesis de las acciones de los frentes de otros equipos regionales. Por ejemplo, para el caso de Millonarios, en Bogotá, y sus acciones en distintos espacios públicos, se observó que son los Comandos Azules Distrito Capital la barra con mayor proporción de frentes de los equipos capitalinos, los cuales garantizan su presencia en todo Bogotá y sus alrededores. El alcance de sus acciones y su presencia cromática quiere simular el poder de alcance y cobertura de hinchas que representan frentes con la misma capacidad de cobertura y liderazgo en otras ciudades del país.

## Ideologías, imaginarios y organizaciones de las barras de equipos “provincianos”

Los provincianos son aquellos hinchas de cualquier centro urbano del país, distinto a Bogotá, cuya afición es invertida en equipos de sus propias localidades de habitación o de nacimiento. Los provincianos también son hinchas que nacieron en las capitales de los departamentos, pero cuya afición se ha volcado a equipos de otras geografías nacionales. Y es así como los hinchas provincianos conforman organizaciones de carácter nacional que muestran cómo la afición presenta fronteras permeables a las distintas influencias culturales regionales y cuya expresión del regionalismo “no es” en apariencia dogmática. De ahí que se diga que los provincianos son los que dejan los regionalismos en un segundo plano a la hora de celebrar, sin importar que el equipo “de sus amores” visite la ciudad solo un par de veces cada semestre.

Una muestra es lo que sucede con los hinchas de Nacional o América en todo el país: ellos tienen una barra en cada ciudad de Colombia, así exista o no exista allí equipo de fútbol profesional en la primera división, de acuerdo con la clasificación de la organización del fútbol colombiano. Este es el caso de algunas barras de hinchas de Boyacá, como las de Duitama y Sogamoso, que no tienen equipos en la División A ni tampoco tienen como visitantes a Nacional o América en sus canchas, lo que implica que los aficionados de estos municipios tengan que moverse a Tunja o a Bogotá para ver jugar a sus equipos. Y de forma similar sucede con los hinchas de Nacional y América cuando juegan en la ciudad de Bucaramanga, entre otros equipos que compiten por el campeonato profesional colombiano.

La aparición de esta hinchada de barras de provincia y de capitalinos “provincianos” se atribuye, entre otros aspectos, a las victorias del equipo Nacional de Medellín en torneos como la Copa Libertadores de América y torneos locales. Además, usualmente el Nacional ha aportado la base de la Selección Colombia en los mundiales a los que el país ha asistido. En lo que respecta al equipo América de Cali, su prestigio e hinchada surgen de la gran cantidad de estrellas o copas locales que consiguió en la década de los ochenta, así como de los subcampeonatos de la Copa Libertadores de América.

Algunos de los hinchas de equipos que no son de Bogotá afirman que los equipos de Bogotá no los representan y son una vergüenza. Por esta razón prefieren a equipos ganadores y eficientes que admiran y que se perciben como no inscritos en ninguna región, pese a representar una región, como la de los paisas, en el caso del Nacional de Medellín. Así lo explica Álex:

- ¿Usted qué opina de las críticas a las barras de hinchas de Bogotá que apoyan a un equipo de Medellín, siendo de aquí de Bogotá? ¿Para usted qué es ser bogotano?
- Orgulloso de ser bogotano, nosotros no le vemos ningún problema, ellos nos dicen que por qué no somos hinchas de Santa Fe o de Millos, pero ¿para qué? si son malos, no existen, se les están acabando las barras, acá esos equipos no existen.
- ¿Para ustedes los equipos de Bogotá no...?
- Son una deshonra para la capital.
- ¿Pero son lo que hay y representan a la región?
- Pues sí, pero son una deshonra, porque usted va a otros países y los equipos de la capital son los más grandes, los de Boca, los del River, allá en Buenos Aires, los equipos más grandes son los de la capital; lamentablemente, acá los equipos más grandes son los de Cali y los de Medellín, son los que ganan los títulos.

Los hinchas de estos equipos de Cali y Medellín prefieren alejarse de los regionalismos a través de los que son estereotipados, mientras dan mayor importancia al juego y a las formas de ganar, tanto como al hecho de estar en el tope de la tabla de clasificaciones. La organización de hinchas “provincianos” posee su propio carácter regional, en la medida que son migrantes entre geografías y expresiones culturales diversas que abarcan lo urbano y lo rural. Y, como en el caso de los hinchas y aficionados del Nacional, ellos organizan

viajes a diferentes ciudades de Colombia, pero principalmente a Medellín, en ocasiones en las que el equipo juegue de local. Y así recolectan recursos para los viajes, que generalmente son por tierra, y realizan una celebración a gran escala en Bogotá, cuando el equipo “de sus amores” visita la ciudad. Esto sucede de manera similar entre las barras organizadas del equipo América de Cali, cuando viajan y celebran en Bogotá.

## Defensa y robo de estandartes y camisetas

La defensa de estandartes implica la movilización de simbologías que tienen gran valor en la ambientación de la atmósfera de este ritual festivo, el cual demanda reliquias que son representaciones de fortaleza para los rivales y que, así mismo, son vistos como trofeos de batalla.

Como insignias que representan a un grupo organizado de hinchas, estos estandartes, elaborados por cada frente o grupo de barras locales, son así mismo colocados como “frentes” o fachadas de esa multitud que puede conformar una barra de aficionados a un mismo equipo; para el caso del Estadio El Campín en Bogotá, en la tribuna oriental estos estandartes y banderas se convierten en propiedades simbólicas para aficionados de equipos rivales. Allí se cuelgan “los trapos” para ser vistos por hinchas y aficionados de distintas clases, y es la visibilidad del trapo en la tribuna la que significa presencia de una barra al lado de otras.

La movilización de los miembros de barras y de sus pertenencias simbólicas desde los territorios locales hasta el estadio, y desde ahí hasta los barrios, implica un conjunto de *tácticas* (Certeau) y *técnicas corporales* (Mauss) que pretenden ante todo defender las insignias y propiedades simbólicas del grupo, con la misma vida. Estos objetos de la cultura material de la celebración se conservan frecuentemente en la casa de alguien, antes y después de los partidos. También es parte del ritual el designar a algunos responsables de transportar y asegurar las banderas y emblemas de distinta clase. “Gacela” comenta su experiencia mientras se encarga de trasladar estandartes en el espacio público:

- ¿Por dónde llevaba las banderas y qué precauciones tomaba? ¿Le daba temor? ¿Cómo fue la experiencia de llevar la bandera?

– La experiencia comenzó, primero que todo, para verme y que todo el mundo me viera; que dijeran que “el man ihuy!”, que “el duro”. Allá en el Comando hay dos ideologías: usted es el man que voltea y se da puños con todo el mundo y mata sueños, mata de todo, o es un man que tiene la qué [cantidad de] plata y aporta resto de plata para que saquen las banderas: de todo, trapos, esas cosas. Entonces con un grupo de amigos de un barrio compramos una bandera, que es una bandera de Bogotá, una tira en la cual uno se cuelga a cantar, y con esa bandera ¡pues claro! toda la gente empezó a decir “ihuy, qué chimba esa gente!”, que “ivea que se pusieron bandera!” y “¡qué chévere!”, y ahí empezamos a llevarla, y no nos la dejaban llevar a nosotros porque todavía no tenían la confianza suficiente, y que tal, y eso como lo más bacano. La única precaución era andar como con cinco manes, porque, a lo bien, si uno piensa que va a llegar de otro parche de lo que sea, o lo mata el que es, y uno sale mejor vivo, o lo cogen en el Comando, saben dónde vive uno y van y lo matan. Era andar con precaución, no dando boleta, sino sano, con la maleta y ya, llevar el trapo y no dejárselo quitar por nada, porque lo que uno lleva a su espalda es la vida de uno.

Asegurarse implica observar con detenimiento el perímetro del territorio que se recorre, portando consigo armas con el propósito de defender los objetos simbólicos. El trabajo más difícil consiste en llevar los distintos objetos por las calles despobladas del barrio y, por tanto, lograr la meta de regresar a los barrios para dejarlos en los espacios privados de las habitaciones, en donde esta simbología conserva su carácter sagrado para cada aficionado. Además de los símbolos más personales, como la camiseta y sus colores, se llevan las banderas y estandartes robados a otras barras para mostrarlas como trofeos e identificarse como más guerreros que los demás. Tales hurtos se presentan en plena tribuna del estadio o durante las peleas realizadas en el espacio barrial.

Robar los estandartes del equipo rival es una actividad premeditada y su logística tiene un gran componente militarista. Por ejemplo, se infiltra un hinchado en la barra rival, y así realiza el seguimiento de los recorridos de los estandartes en una posición de inteligencia, y propina el golpe definitivo a partir de las debilidades descubiertas. Durante estos asaltos a los estandartes tienen lugar algunas acciones violentas con armas de diferente clase, que dejan como consecuencia algunos heridos y muertos. Estas acciones implican grandes riesgos, y es así como ganarse un estandarte significa prestigio entre

los integrantes de la barra. Precisamente, Cristian recuerda la experiencia de robar un trapo:

- Un recuerdo de un robo de un trapo...
- A La Guardia le robamos muchos trapos, a Disturbio también, a los Sureños les atracamos hartos trapos, allá fuera del estadio, en la Nacional un día, hartos, hartos trapos, un poco de experiencias con eso.
- Cuente alguno de esos casos.
- Un día que iba a empezar un partido con el Nacional, y los manes estaban ahí en el frente occidental, y habían [sic] tres manes cargando un redoblante y los manes no se pillaron, fuimos todo el parche, los de Suba, y les cogimos el redoblante, y los manes pues ardidós después del partido, y pues sanos.

Sin embargo, un ataque a una barra puede tener consecuencias más graves, como el caso que se reseñó hace varios años en una revista de Los Comandos Azules, en la que se publica la foto del robo de la insignia principal de la Guardia Roja por parte de un frente de Comandos. Este es uno de los golpes de mayor envergadura proporcionado por esta barra, y después de esta acción se origina una espiral de violencia entre estos dos grupos de hinchas, porque se quiso vengar la agresión con un golpe mayor. También se forjan estrategias para recuperar estos trapos, que son la representación misma del frente de cada barra, tales como asaltos y ataques a gran escala. Porque rescatar un estandarte previamente robado significa una proeza mayor por cuanto la humillación es respondida y superada.

El significado de estos objetos –con todo el carácter ritual de que son dotados mientras se portan en los recorridos hacia el espectáculo deportivo, y en el estadio– propicia emociones variadas y sentidos catárticos del ataque y la defensa de los símbolos adquiridos por cada una de las barras de hinchas, desde los espacios más privados hasta el estadio, que se convierte en ese lugar donde colectividades más amplias son compartidas e imaginadas, como mencionamos antes para el caso de la nación colombiana.

El robo y el comercio de camisetas es una práctica común entre los hinchas de las barras de los equipos de fútbol. El valor que se le otorga a cada camiseta robada depende de cómo se consiguió y a quién pertenecía. El robo

no se entiende como una acción punible, sino más bien como un acto que les da sentido a los escenarios locales y los convierte en territorios donde valen las normas propias de los hinchas, desde el punto de vista de la catarsis futbolística. De hecho, esta catarsis construye territorios callejeros y privados en los que lo trasgresor aparece como lícito, como parte del sentido de la fiesta y de los distintos espacios donde surge la emoción. Con respecto a estos espacios recorridos y en donde se construye un sentido de lo trasgresor, una de las estrategias que se deben seguir como parte del robo de las camisetas es el seguimiento a los movimientos de algunos hinchas que recorren los escenarios locales en soledad. Estos son sorprendidos y, con armas con frecuencia cortopunzantes, asaltados. Así sucedió el robo de la camiseta de Byron:

– ¿Cómo se le perdió la camiseta?

– Esa camiseta me la había regalado una nena de la barra, una camiseta bonita, muy chusca, además tenía una carga simbólica muy grande. Nosotros estábamos acostumbrados a tomar en la [avenida] 1 de Mayo o bien en Venecia, ese día estábamos tomando en el bus en la 1 de Mayo, como a las doce de la noche, y entonces empezamos a repartir la gente. Yo era el último que me quedaba esperando el bus, bien en la 1 de Mayo o bien en la Boyacá; estaba yo debajo del puente de la Boyacá, llevaba la camiseta puesta y una chamarra, cuando vi que me caen tres ñeritos; yo estaba medio prendido, cuando me les pillo las camisetas y las manillas.

– ¿Camisetas de qué?

– De Millonarios, ellos eran de Quinto Frente, pues ahí nos encendimos y todo, pero pues tres contra uno no aguanta y además los manes estaban en sano juicio. Los manes me dijeron, “bájese de la camiseta; es la camiseta o una puñalada”, y les dije, “tome la camiseta”. Yo me empecé a grabar quiénes fueron, yo no los conocía, pero esas notas son tan impactantes para uno. Tiempo después, como dos meses, me encontré con uno de esos manes, y el man “que no...”, porque el man dentro de esa barra había tenido unos problemas por el liderazgo de la barra, entonces el man había salido porque él había respaldado a un man de Quinto Frente, no sé, eso son unas notas todas raras.

Los móviles de este tipo de acciones –que no son entendidas como delitos, cuando se trata del culto por una afición, sino precisamente como trasgresiones que velan por los espacios en donde se celebra la fiesta del fútbol– están



en el valor simbólico que adquieren las camisetas convertidas en reliquias de un ritual; por ejemplo, el hecho de haber ganado algún campeonato con dicha camiseta, e incluso valen por la marca de la misma, si esta es original. Y con mayor razón, si la víctima del robo pertenece a algún frente de barra, la camiseta adquiere un valor considerable, sin importar que la camiseta robada se pueda romper y sus pedazos terminen en la camiseta del hincha que la tomó como trofeo de guerra. Esta situación es relatada por “Pecas”:

- Y cuando ganan una camiseta, ¿quién la toma?
- Eso es un trofeo. La toma el que más la guerreó. Yo tengo una, que fue que se la quitamos a los Ramones, de Nacional. Esos manes tenían una camiseta de Santa Fe, era un trofeo de ellos de Santa Fe, y nosotros íbamos todo el parche, ebrios, y cogimos como a seis manes del Nacional y uno con la camiseta de Santa Fe... esa camiseta me la regaló Efrén, ese es un trofeo ni el hijueputa, porque es un trofeo de trofeos, le quité el trofeo a un man y del equipo mío.
- ¿Y qué hacen con lo que recolectan?
- Es una ofensa que yo del Santa Fe vaya con una camiseta del Millonarios. Hay gente que hace así: tiene la camiseta de Santa Fe y retazos de la camiseta de Millonarios y le pega los pedazos de la camiseta, como simbología de que yo le di a usted. Yo he ido con la camiseta de Millonarios a la barra, pero va un marica que no lo conocen y lo joden, lo matan. Por eso yo llego allá y digo “¡Ah, qué tal esta camiseta, qué chimba!” Sí, esa camiseta sirve cuando uno esté varado, uno la vende.

Identificar a quién pertenece la camiseta robada depende de las marcas, de palabras, letras, números y escudos que representan a cada equipo, o también depende de “chapiar” o volver a diseñar la camiseta con apliques de distintas insignias de otros equipos, y esta nueva representación se percibe como una manera de *distinguirse* que le proporciona valor a la camiseta y le da prestigio a su portador. Todas estas marcas y símbolos tienen la capacidad de representar a la barra y al frente del hincha, y en barras como las de Nacional o Millonarios toda esta yuxtaposición de emblemas, que en el argot del hincha se llama “chapiar la camiseta”, tiene la función de demostrar el nivel de pertenencia a la barra. Al respecto, Byron explica el proceso de significación y valoración de una camiseta en el mercado subterráneo o mercado negro de trofeos:

– ¿Es como un trofeo?

– Sí, es como un trofeo, aparte del hecho que un trofeo es como un parte de guerra, de victoria de una guerra cotidiana, ellos lo que hacen es venderla, por ejemplo si yo me le tumbo una camiseta a Las Garzas, yo se la vendo a alguien de Las Garzas.

– ¿Qué tiene que tener la camiseta de especial para que valga más?

– Claro, depende si con esa camiseta se ganó un campeonato, una copa. Por ejemplo, con la camiseta de Pilsen se ganó la Libertadores, como hay otras que no tienen mucho valor, como la Leona; por ejemplo, la de Postobón fue con la que se consiguió la séptima [estrella], entonces, si hay una estrella de por medio, vale más; por ejemplo que las de Millonarios no valen mucho, las del América valen mucho, lo que vale es la marca, depende si es original, lo rayada que esté.

– ¿A qué se refiere con “lo rayada”?

– Eso marca la pertenencia a una barra; por ejemplo, uno reconoce la gente, aquí al frente hay un man que tiene su camiseta nueva, entonces uno dice ese man no pertenece a ninguna barra; por ejemplo, hay gente que firma las camisetas solo GARS o LDS; ese man es montonero porque ese man no pertenece a una barra específica.

Las insignias y prendas rediseñadas y expuestas a cambios y yuxtaposiciones le proporcionan un valor agregado a la camiseta porque ésta se intercambia y vende en el mercado subterráneo de camisetas, bien a quien quiera recuperar la suya perdida en combate o a quien reciba la oferta de un comprador que la quiera tener para su propia colección.

Algunos miembros de las barras pueden acumular una mayor cantidad de camisetas, lo que para ellos equivale a atesorar artículos que proporcionan mayor prestigio entre una generación de hinchas del fútbol y entre aficionados con características especiales en el escenario barrial. Y además estas acciones hacen que la presencia de un frente de barra se haga efectiva y demuestre el poderío sobre los hinchas rivales en el mismo escenario local.

## Jerarquías y funciones de los hinchas, entre el estadio y la escena barrial

Como se aprecia, defender o atacar los estandartes y robar la camiseta son acciones que son símbolo de estatus dentro de la agrupación. Las

jerarquías y estatus se construyen y ordenan en las batallas y combates callejeros y barriales por las reliquias y objetos materiales que poseen valor emblemático y económico.

En la cumbre jerárquica de esta organización se encuentran “los capos”, las personas de mayor edad que dirigen sus frentes para desafiar a sus rivales y consolidarse en toda la dimensión espacial y temporal de la barra. Estos personajes representan a los demás miembros del frente barrial en las reuniones generales de la barra; producen, reciben y ejecutan instrucciones que se han acordado con los demás miembros del grupo, y de forma particular acciones que se deben llevar a cabo, en coordinación con los diferentes frentes delegados en varias localidades de la ciudad. Sobre este tema, “Gacela” relata la organización jerárquica del Comando:

- De ahí para arriba, ¿cuáles son los cargos?
- Pues el más pesado es la cúpula, que es el centro del comando, que es la gente que lleva 15 y 20 años en la banda, y son manes que no se pueden tocar, son los que matan, son los que más quiere el equipo, pero la mitad es mierda, porque ellos no quieren al equipo de verdad, lo que quieren es llenarse de plata y todas esas maricadas. Después viene es el capo de cada zona, que tiene que ser el duro, que si alguno falta tiene que darle chuzo o tiene que matarlo, que mata, y después del capo vienen los de la carnada, son las huevas a los que mandan a pelear.

La actividad de los capos rige las orientaciones que influyen en las actuaciones de los demás hinchas de una barra, y estas directrices son vistas como una política capaz de generar relaciones verticales entre los frentes. Además, se llega a ser capo después de haber sobrevivido al mayor número de “trolepes” y esto les proporciona estatus entre los demás integrantes de la barra. Como líder, la palabra del capo vale o se hace valer por medio de la intimidación a los más débiles, que buscan la manera de sobrevivir y mantenerse para ser aceptados por las directivas de la barra. El capo recoge, administra e invierte el dinero recogido por los miembros de la barra en asuntos como el cambio de un estandarte, la compra de pólvora o extintores, rollos de papel o viajes para acompañar al equipo del que son hinchas, a otras ciudades del país donde “su equipo” juega como visitante, entre otras actividades.

Después del capo, en la escala siguen los que cuidan los estandartes, aquellos hinchas que deben tener experiencia en tropes para defender las insignias, quienes además deben reportar algún tiempo de pertenencia a la barra para evitar cualquier tipo de infiltración de hinchas contrarios. Esta es una misión que implica la mayor pérdida o ganancia de estatus en la vida de un miembro de la barra:

– ¿Cómo se viven los roles dentro de la barra y cuál es la función más importante?

– Yo, pues, abajo, de lo peor; que era el huevón al que mandaban de primeras a darse en la jeta; el primero que cogen, al que matan, el huevoncito: “todavía no puede hacer esto porque usted es una hueva”. Ya después, como al mes, yo me empecé a meter resto en esa vaina y me empecé a hablar resto con el capo, nos hicimos amigos; de parceros, al mes me llamaba, me decía, venga, llame a los de su parche, a los de su zona, y nos vemos en reunión; pues cuando a uno le empiezan a decir cosas, uno comienza a tramarse en la vuelta; y después empezaron a darme ya banderas, y yo me iba a mover las banderas dentro del estadio; después lo que más me tramó, el cargo más duro, era cargar el trapo. La ideología es por el trapo, se muere o se vive si uno es un man que ha llevado siempre el trapo en su espalda. La entrega, la vida. A usted en el Comando lo quieren, y, si usted no sabe que ese trapo es su vida o es usted, y llega a decir “me robaron el trapo” que es el nombre del parche, lo matan de una, allá en el estadio, los mismos hinchas de Millonarios. Entonces lo que más me dejaron fue ir y colgar el trapo en norte alta, guardarlo y llevármelo para dejarlo allá en la reunión general del Comando, o también me ponía a joder con los manes, que antes me decían ihuy! No se puede joder con esos manes, y ya lo ponían a rayar las paredes o a tocar el tambor, todas esas cosas, ya lo dejaban a uno, es más, le decían a uno, venga guárdeme tal cosa, pues cosas ya más pesadas, me presentaban gente más pesada de arriba del Comando; el cargo más bacano era cargar la bandera.

Además de cuidar el estandarte deben cuidar al capo cuando la situación es adversa y es posible un ataque contra la persona de este líder. Por consiguiente, se organizan formas de protegerlo con armas y ataques preventivos que amedrentan a los posibles agresores. Para lograr ser “capo”, debe superarse un proceso que inicia con el robo de algunas camisetas y luego con el de estandartes cuyos tamaños van en proporción directa al prestigio de los

captoreadores de estos trofeos callejeros. Los capos empiezan a constituir su poder a partir de la intimidación, que les otorga respeto entre sus compañeros, especialmente cuando los capos son los sujetos de un “aguante” insuperable en el momento de enfrentar a los enemigos.

Esta demostración de aguante, en luchas que implican combates cuerpo a cuerpo y heridas que pueden causar la muerte de los líderes de la barra, permite el ascenso en responsabilidades del frente. Es así como distintas acciones de apoyo en agresiones y planes estratégicos contra hinchas contrarios los acercan más a los capos de alto rango y los convierten en hinchas con voz y voto dentro de la barra.

Los últimos en esta escala jerárquica son la carne de cañón o los soldados rasos, que enfrentan de cerca los tropes y son los que están en contacto directo con el enemigo; son aquellos hinchas más jóvenes a los que se emplea en misiones de alto riesgo. Durante su permanencia en este nivel, los más jóvenes se caracterizan por enfrentar más alborotos que los demás, y es después de pasar por esta experiencia de iniciación y de lograr sus propios trofeos y de sobrevivir, cuando sus gestiones cambian. Así mismo, y fuera de su capacidad para volverse más rudos y entender la rudeza de los demás, otras condiciones que se requieren para ascender en la jerarquía interna de la barra tienen que ver con el tiempo que se reporta como miembro y con cierta mayoría de edad, que en algunos casos coincide con la finalización de la educación secundaria. Esta madurez, que va acompañada por un conocimiento de la ciudad y de las calles, es un requisito para su ascenso en la jerarquía. Así mismo, la experiencia de un barrista puede llevarlo a la decisión de dejar la barra. A propósito, algunos barristas con quienes se realizó el trabajo de campo para esta investigación sostienen que la transición entre el tiempo de ocio y las labores cotidianas permite que la identidad o las identificaciones de los barristas cambien, porque las emociones cambian en directa proporción al mismo sentido de la vida y al hecho de ser jóvenes. Es el mundo formal el que transforma muchas de las relaciones sociales y aleja o aglutina al barrista con respecto a su barra. Por otro lado, su inserción en la vida social de los adultos, con el consecuente énfasis en la asignación de un rol –los deberes económicos y éticos exigidos por los padres, el ingreso a una carrera universitaria y su profesionalización, o los recuerdos negativos que se guardan de la barra– son factores que desencadenan la proyección del barrista hacia dentro o hacia fuera de la barra.

## Reuniones y encuentros cotidianos

Las reuniones y encuentros de los hinchas conjugan aquellas formas de construcción del territorio simbólico y del territorio funcional con aquellas a las que nos referimos en el primer capítulo, es decir, con la familia y la escuela. La reunión permite ambientar la emoción de los acontecimientos futbolísticos en el espacio del barrio, además de constituirse en un espacio transeúnte a partir de los encuentros cotidianos en las esquinas y calles del barrio y en las esquinas donde el hincha se conoce con los otros. Estos momentos están presentes en la memoria de toda la celebración, y así mismo puede decirse que hay una memoria de los partidos que se avecinan, pues tiene lugar la anticipación de los eventos, que no es solo un asunto de lugares vividos conscientemente, sino de tiempos vividos como un inconsciente del ritual de la celebración, con su realización y actualización con el espectáculo del partido de fútbol.

Las reuniones en los entornos que hemos llamado “locales”, como la calle, la esquina, las habitaciones de los hinchas o los patios de algunos colegios públicos de la ciudad, tienen la función de comunicar las decisiones y medidas adoptadas por la barra sobre distintos aspectos. Estos encuentros son de carácter informativo, pero generan también decisiones desde la perspectiva de la localidad espacial de una barra o de barras que componen un frente, como, por ejemplo, los preparativos para el próximo partido, el nuevo trapo del estandarte o un nuevo cántico compuesto en Argentina, que se puede copiar para las celebraciones en Colombia. Así mismo, se discute dónde y cuándo “chapiar” paredes (o escribir *graffiti*), el acontecer de la próxima “rumba” para recoger fondos para despedir el semestre o para celebrar, solo por celebrar, y además se comentan las posibles amenazas de frentes enemigos.

– Por lo general, ¿qué tratan ustedes en las reuniones?

– Se trata sobre todo de la logística de la acción durante el partido, si se van a llevar extintores, papel picado. Hay gente muy elitista, cuadran cómo se van a ir vestidos, otros cuadran si van a llevar capuchas, otros ya saben que se van a enfrentar con otras barras, pero básicamente es eso, ponernos de acuerdo con lo que se va hacer en el estadio, no más, si llega una canción nueva, cuadrar todo para que se la aprendan con un papelito en la mano.

- ¿Más o menos cada cuánto son las reuniones?
- Se hacen cada ocho días, las hacen en el parque de Madelena. En un tiempo nos hacíamos allí en Metrosur; así hay gente que va allá y va a las reuniones, sobre todo la gente que tiene problema al salir del barrio, sobre todo los que viven en Bosa, como son tan peleones, tienen problema para salir con la indumentaria.

La reunión se convierte en preparativo y excusa para verse con la gente hincha del mismo equipo y que pertenece a la misma barra o a otras barras de la ciudad. Esto depende en gran medida de las condiciones de seguridad que detecta el sistema de comunicaciones de los hinchas, referido aquí por “Gacela”, a quien le confirman unos datos personales para comprobar que no sea un infiltrado de otra barra:

- ¿Les pedían el número telefónico? – Número de teléfono, dirección, ellos mismos llamaban ahí para saber, y que camine para una tienda, y decían qué pena, Fulano, y le decían no, no está, y ya entonces con eso sabían esa relación es así, porque igual no dejan entrar a cualquier persona porque sea chévere.

Con respecto a esta expresión de comunicación subterránea, los lugares y los tiempos de reunión pueden cambiarse a última hora. La de las barras de hinchas es una coordinación nómada con la capacidad para crear algunas redes de comunicación subterránea que funcionan con el propósito de proteger a cada uno de sus miembros. Con frecuencia, en muchos frentes de la barra la información más importante para la seguridad de todos se conoce solo unos momentos antes de la reunión.

El acto de encontrarse en lugares fuera de la lógica de la barra y el fútbol, tales como los centros comerciales, las esquinas y espacios públicos donde cualquier habitante de la ciudad pasa su tiempo libre, los sitios de la rumba y los pasatiempos, permite ocultar transitoriamente las identidades y el “aguante” de los hinchas con respecto a sus propias pasiones por el deporte del fútbol y sus propias camaraderías. Pero esta distracción se puede transformar y pasar de ser una actitud pasivo-recreativa a un desborde emocional del hincha que, en público, quiere ser reconocido o distinguido como aficionado de un equipo o como miembro de una barra.

- ¿Pero cualquier día ustedes se juegan un picadito?
- Sí, cualquier día, por eso no hay problema.
- ¿Todos los domingos o cualquier otro día fijo?
- No, no. Nos ponemos cita para ir a bailar, para ir a grafitiar, ir a ver una película.
- ¿Van todos?
- La mayoría.
- ¿Y van a bailar salsita?
- Sí, salsita, o nos metemos a bares que solo ponen *metal*, rock.
- ¿Centro, sur o norte de Bogotá? ¿Dónde quedan los bares?
- En Nutabes, o nos metemos allí en el Restrepo.
- ¿Van sin camiseta, sin nada que los identifique?
- Por seguridad, sin camiseta, porque en esos lugares siempre hay barristas de otros equipos, por eso puede haber problemas, solamente por tener una camiseta.
- ¿Hacen también fiestas en sus casas?
- ¡Claro!

Estos distintos encuentros en espacios urbanos de carácter diverso tienen algunas implicaciones para la interpretación de la catarsis representada por los hinchas, pues en tanto suceden en un ambiente considerado exterior a la dinámica de la barra, cualquier expresión efímera de rabia o de amor por uno u otro equipo se percibe como un reflejo de las sensaciones reales que se experimentan cuando se defienden los colores de un equipo de fútbol. Y es así como en algunas discotecas y en eventos no deportivos se hace referencia a los equipos favoritos de algunos y los mismos animadores descalifican a los equipos contrarios, de tal manera que convierten los espacios en aceleradores de emociones violentas que hacen del encuentro con otros un asunto de tensiones constantes entre las afinidades y gustos por equipos y la vida cotidiana en la ciudad. El papel de estos animadores de espectáculos en vivo, así como el de muchos locutores de radio y televisión ha sido criticado por muchos hinchas de los espectáculos de fútbol, pues son estos presentadores quienes desde la autoridad de los clubes de fútbol y de los medios masivos que representan fortalecen las pugnas entre grupos de hinchas, mostrándoles que la afición por el fútbol debe ser parte del espectáculo y que esta emoción no es real si no cobra sus víctimas en los estadios del país.



En el mismo sentido, estos encuentros son espacios de denuncia de los problemas con la policía. Al igual que hacen los locutores de medios de comunicación, ésta contribuye a crear una imagen de los estadios como lugares que las fuerzas del orden deben convertir en sitios de disciplinamiento, control y agresión, lo que se hace a través de maltratos físicos a los hinchas que ingresan con alcohol, marihuana, algún arma cortopunzante o que simplemente tienen el pelo largo. Lo que la policía y los medios han llamado “la violencia en los estadios” sirve para enmascarar y desviar, con sus dispositivos de seguridad, la propia violencia de la que ellos son un medio y que ha cobrado víctimas entre la misma policía y entre los hinchas. Así también, temas como el de las heridas propiciadas a algunos aficionados, la noche de los tragos y su propia sexualidad (ellos señalan a viva voz las partes del cuerpo deseado) son formas de compartir experiencias y configuran una memoria que les otorga a los hinchas pertenencia a narraciones exageradamente masculinas, trasgresoras y grotescas que potencian el presente y hacen efectivo el pasado, en una convivencia que depende de la euforia, vista como sentimiento que permite la resolución de cualquier acción sorpresiva o esperada. El mismo encuentro es parte de esta euforia en la que cada cual se reconoce y es reconocido por los demás, y en la que se construyen lazos de solidaridad que se hacen efectivos a través de las funciones de los hinchas en la barra, de las que ya hemos hablado.

En estos encuentros se conoce a las mujeres hinchas que son miembros de las barras y a las mujeres de los hinchas, cada una de las cuales tiene tareas específicas relacionadas con la consecución de trapos y el porte y elaboración de insignias. Y aunque la participación, pertenencia y roles de las mujeres en colectivos tan masculinos como los de estas barras de aficionados al fútbol es tema de próximas investigaciones a las que da lugar este texto, no debe pasarse por alto que en los barrios las mujeres adolescentes participan de la emoción familiar por un equipo tanto como los miembros masculinos del grupo. Así mismo, la presencia de mujeres en los encuentros de hinchas significa para muchos una razón importante de pertenencia a una barra, por cuanto lo femenino se percibe como un estímulo para alentar al equipo favorito.

Sobre los encuentros de hinchas, también debe decirse que son ocasiones importantes en las que cada cual negocia y va más allá del sentido de identificación con la agrupación, en la medida que cada quien conoce que la vivencia del hincha es una realidad que parte de las imágenes y anhelos que surgen de la catarsis, que es la que construye el rol del hincha en la barra, al

tiempo que tiene lugar un enorme sentido de realidad que se adopta en momentos de confrontación con hinchas, en escenarios exteriores al estadio. En otras palabras, los sueños del hincha contrastan con ese escudo protector que es el ataque y el ser atacado como parte de la realidad.

Los dispositivos que activan la emoción, y con ella la violencia de la que es capaz el colectivo, son tema del cuarto capítulo de este abordaje al fenómeno social que investigamos. En esta parte, la fiesta se convierte en agresión, un componente que conforma la celebración.

## CAPÍTULO 4

### AGRESIVIDAD Y VIOLENCIA ENTRE HINCHAS Y FUERZA POLICIAL

Este capítulo tiene como ejes fundamentales el problema de la representación de la *emoción* y las distintas manifestaciones de la euforia en espectáculos deportivos, con sus consecuencias en la constitución de un campo de identidades juveniles en los espacios locales, que se construyen a partir de diversas estrategias de apropiación de los espacios públicos de la ciudad y los espacios privados de los hinchas de las barras de fútbol. Por eso, después de dialogar con los hinchas de los equipos, se ha reflexionado sobre el uso del apelativo “barras bravas” para referirse a los aficionados, que precisamente han convertido sus pasiones por los equipos y jugadores de fútbol en el eje de sus espacios y movibilidades. Con respecto al uso del término “barras bravas”, varios hinchas han declarado su desacuerdo, debido al estigma que han construido los medios masivos y las políticas públicas a través de su enunciación repetitiva con la consecuente expedición de normas que los discriminan simbólicamente, al tiempo que atentan contra los derechos de los jóvenes aficionados al fútbol.

Por ello, se afirma que: 1. “barras bravas” es una “expresión performativa” (Austin, 1975) que al ser pronunciada adquiere la capacidad de poner en escena la acción de la catarsis que caracteriza a los espacios recorridos y construidos por los hinchas. En consecuencia, debe advertirse que cuando en este texto se habla de “barras bravas” es para señalar la acción de “descarga” anímica que estos colectivos llevan a cabo con el propósito de perpetuarse como masa (Canetti, 1981); y 2. como “barras bravas” es un *término performativo* que no solo “dice” sino que “hace” lo que dice (Austin, 1975), se debe ser cauteloso

al usarlo en contextos de control social que propicien decisiones gubernamentales de carácter represivo contra los grupos de hinchas. Sobre este tema de las políticas públicas en espectáculos deportivos seremos suficientemente críticos en el próximo capítulo.

Las emociones y lo que Bourdieu llama “espacio social” o “campo” (1997) de identificación juvenil –que no aborda a la agrupación como una clase social sino como un “campo de diferencias” dentro del cual sus miembros se enfrentan “según su posición en la estructura, contribuyendo a conservarla y trasformarla”– se convierten en dispositivos de entrada y salida de diversas representaciones que validan comportamientos y estrategias que comparten los integrantes de la barra, tales como el lenguaje, manifiesto en el color y el montaje de colores de las camisetas, y así mismo las “técnicas del cuerpo” (Mauss, 1992), transmitidas a los hinchas de las nuevas generaciones durante los recorridos, en los cuales se aprende que un elemento importante para la construcción de este “campo de diferenciación social” es la inscripción de los *graffiti* que marcan la huella de la defensa de los intereses de ese campo, intereses que construyen lugares con sus propios códigos de representación en el escenario público.

Es así como estas diversas expresiones juveniles se constituyen a partir de las vivencias y recuerdos que hacen el “código espacial”, como diría Henri Lefebvre, que es el espacio nómada de la calle y el barrial, propios de cada grupo de hinchas. Y lo que en esta codificación aparece como parte de un orden aceptado dentro del campo de identificaciones de cada grupo de barristas –como la acción de atacar y de reaccionar a un ataque y lo que ellos mismos consideran como la normal algarabía después de los partidos, en la que se presentan golpes y robos de prendas de vestir– es la representación misma de ese complejo entramado que valida un campo de diferencias que desde el punto de vista del Código de Policía y desde las normas establecidas generan comportamientos que deben ser censurados, por suceder fuera de ese espectro que Norbert Elias señala como civilizatorio.

Precisamente, los ritmos de las prácticas cotidianas de los hinchas cambian de sentido de acuerdo con la acción y la reacción que permite y genera el campo de identificaciones sociales constituido por los hinchas, que es a la vez un campo de identificaciones que comparte muchos de los significados de las distintas culturas juveniles, para quienes en general el *statu quo* es

poco atrayente y anacrónico, en contraste con su gusto por las estrategias y lenguajes alternativos que, aunque trasgresores, no son necesariamente ilegales. Estos ritmos son regulados por una estética mediatizada por los medios masivos de comunicación, que presentan las emociones viscerales como parámetros de comportamiento por imponer o juzgar de acuerdo con estándares normativos que se limitan a los juicios de esa “comunidad imaginada” que es la nación moderna. Esta nación moderna y sus estándares, que atraen tanto a los medios, pueden relacionarse con ese proceso de cambio continuo que Michel Maffesoli describe como el trascurso actual de la emoción y el ayer:

De todos modos, llámesela como se quiera (emoción, sentimiento, mitología o ideología), la sensibilidad colectiva, al superar la atomización individual, crea las condiciones de posibilidad de una especie de aura que va a especificar a tal o cual época: así, el aura teológica de la Edad Media, el aura política del siglo XVIII o el aura progresista del siglo XIX; es posible que estemos asistiendo a la elaboración del aura estética, en la que se encontrarán, en proporciones diversas, elementos que remiten a la pulsión comunitaria, o a la propensión mística, o a una perspectiva ecológica (1990: 41).

Y, en efecto, hay *pulsión comunitaria* en las comunidades imaginadas de los hinchas de fútbol, y la definición del *aura estética* coincide y explica el carácter emocional y de comunidad temporal de algunas agrupaciones juveniles, como las barras bravas, cuya agresividad e impacto en el espacio social tiene enorme influencia en la constitución de ese campo de diferencias simbólicas que son el tema central de este texto.

Por eso, pueden señalarse las siguientes características del campo de identificaciones de los barristas, a tono con su propia visión y experiencia de una pulsión comunitaria: 1. se presentan agresiones simbólicas tanto como físicas en el espacio local y estas tienen su impacto en la elaboración y dominio de territorios simbólicos y funcionales; 2. se aplican diferentes estrategias de ataque y defensa en el territorio apropiado, y allí mismo se llevan a cabo prácticas grupales que representan identidades emocionales, que a su vez producen el espacio local transeúnte, como sucede con las fiestas y la celebración que siguen al evento deportivo; y 3. deben tenerse en cuenta el impacto y las consecuencias de las medidas policiales y la relación de los barristas con las

fuerzas del orden en el proceso de representación de rituales y percepciones mediáticas relacionadas con el uso de la fuerza en los estadios y sus contrastes con la aplicación de las normas establecidas.

## Agresiones simbólicas en el espacio local

Como se mencionó antes, la constitución y definición de lo simbólico tiene un sentido profundo en la construcción de identidades y afinidades con y entre los integrantes de la barra, porque para estas agrupaciones el ritual debe desbordar lo imaginario, que solo es sentido como real a partir de la evocación, identificación y acción con respecto a los enemigos. El territorio constituido en la memoria y la imaginación de un hincha que conoce a su equipo favorito desde niño, y por tradición familiar, se representa a través de símbolos agresivos como los mismos *graffiti* en las paredes de los barrios, en el mobiliario urbano, en las letras de los cantos entonados en el estadio, en las camisetas y en la habitación del hincha, pero, así mismo, estos símbolos agresivos permiten definir el espacio local. La definición de este espacio local o del territorio también se lleva a cabo a través de amenazas a un frente de hinchas contrarios o a uno de los hinchas en particular. De igual forma, un territorio *tomado* o reapropiado se define mientras se tachan o reescriben *graffiti* elaborados por las barras contrarias.

### Reescribir y desfigurar *graffiti*

Este es un proceso cotidiano de comunicación e interacción en la escena local, a través del cual el trazo de *graffiti* –entendido como experiencia de apropiación y de transformación de códigos e imágenes de tribus urbanas tan diversas como los *skinheads* o los cultores del *heavy metal*– logra transcribir la experiencia de poder apropiarse de un espacio por parte de quienes quieren vivir a su manera un aprendizaje de la familia, de lo público, de lo espacial –y no solo de la nación– como comunidades que pueden imaginarse y simbolizarse de múltiples formas. Chapiar o escribir *graffiti* es una manifestación que trasciende a los muros de calles, a los baños de tiendas, a las sillas de los buses urbanos, a los pupitres y paredes de los colegios públicos y privados, y a una buena parte del mobiliario público del sur de Bogotá. Álex, describe así la inscripción de *graffiti* en la ciudad:

- ¿Utilizan *graffiti*?
- Sí, con “grafitis” nosotros empapelamos todo eso. No solo los hacemos en este sector, en el Centro también, por donde quiera que uno va caminando, por la 30, donde sea.
- ¿Qué palabras utilizan?
- “Los Del Sur Colombia”, “Tan grandes como vos” o “El as de copas”. Muchas, muchas son para alagar al equipo.

El contenido de estas expresiones reivindica las cualidades y capacidades que los hinchas otorgan a sus equipos, y estos mensajes pretenden dejar marcas espaciales de esa dimensión evocativa de la fidelidad del aficionado a un equipo. Precisamente, se observan en las paredes hileras de una misma palabra o expresión repetida varias veces en esa caligrafía copiada de las portadas de revistas *heavy metal* o góticas, plagada de trazos afectados por la efervescencia de un momento de rabia o de idolatría. Este es el caso en el que la capacidad de repetir y producir imitaciones –o la “facultad mimética”, como la llama Benjamin– pretende materializar la devoción por un equipo, creando memoria en las paredes de la ciudad.

En la construcción de un campo de identificaciones simbólicas, la facultad mimética es crucial, pues en la disposición para falsear y para “desfigurar”<sup>13</sup> (Taussig, 1999) un *graffiti*, una camiseta o un símbolo de un equipo contrario, actos que implican trasgredir el territorio del otro, las actividades relacionadas con copiar requieren de un conocimiento de varias clases de relaciones tensas, entre lo oficial y lo no oficial, como explicamos a continuación. Un primer nivel de relaciones entre lo oficial y lo no oficial se da dentro de los grupos de barristas, y aquí el que daña la camiseta, la bandera o falsea el *graffiti* tiene como tarea producir una versión del símbolo que satisfaga a los hinchas que son “oficiales” con respecto a un territorio y, al mismo tiempo, producir una crisis entre los barristas “no oficiales” o que vienen de fuera de ese espacio particular. Un segundo nivel de relaciones se da entre lo no oficial, entendido como el espacio de los barristas de fútbol en general, y lo oficial, entendido como la normatividad de la sociedad de consumo que censura el *graffiti* (Bruinsma, 2001). En este segundo nivel, la tensión que debe conocer el que produce imitaciones es la que

<sup>13</sup> Puede traducirse también como “desrostrificar”.

señala al escritor de *graffiti* o al joven que arma peleas como criminales delante de la policía. Por ejemplo, muchos barristas saben que el tener el pelo largo es un rasgo que los convierte en blanco de la brutalidad de la policía, y así se evita la conspicuidad de aspectos fisonómicos que se puedan convertir en blanco de injusticias por parte de la fuerza pública.

Así mismo, y en este nivel en el que la legalidad está de parte de la policía y de los aficionados consumistas “que no producen desórdenes”, el barrista conoce que los medios de comunicación hacen parte de lo oficial, y en este sentido juega con las letras y contenidos de las canciones que son transmitidas por la radio, la televisión y la Internet, adoptándolas como parte de la tradición oral de su grupo de hinchas. Es a este diálogo trasgresor entre lo oficial y lo no oficial al que nos referimos cuando señalamos la utilidad de la mimesis en la comprensión de las tensiones en juego en la constitución de las identidades locales.

Algunas de las palabras y consignas que hacen parte de este diálogo de los hinchas con un contexto oficial de la afición por el fútbol son: “La fuerza de un pueblo”, “Los Embajadores”, “Cardenales por siempre”, “Rey de copas”, “La Mechita”, “Azul hasta las venas”, “Primer campeón”, mensajes que van acompañados del escudo del equipo y, que en primer lugar, pretenden comunicar y socializar una relación identitaria y simbólica que debe trascender la comunicación oral y transcribirse en un complejo texto urbano que es el *graffiti*, como comunicación escrita. En segundo lugar, el contenido de las frases y el tipo de caligrafía pretenden seducir con su aspereza e ilegibilidad a las multitudes aficionadas que, al contrario, ven en estas consignas una clara representación oficial del entretenimiento; aún más, estos mensajes resuenan como si provinieran de ciertos vínculos de los barristas con grupos de derecha. A todas luces, es una percepción que este trabajo pretende dilucidar, porque es ella la que enmascara a muchos de los verdaderos autores intelectuales de los disturbios y delitos de los que son acusados los hinchas de las mal llamadas “barras bravas”.

Creemos, además, que estas inscripciones incorporan esa mezcla de relaciones de los hinchas con sus padres, con los juegos de calle y de barrio y con la educación que se recibe y se actualiza en los patios de la escuela, una educación que básicamente transmite valores de obediencia a símbolos de poder y a su colorido como una forma de conocimiento de la naturaleza en la vida urbana. Cristian, nos describe así el significado de los *graffiti*:



- ¿Usted alguna vez “grafitió”?
- ¡Claro! A mí me tramaba mucho ese video, antes. En las calles teníamos el *graffiti*, el *posterman* para estar “grafitiando”, para dejar marcado el sector donde estábamos... eso era algo muy bacano.
- ¿Y qué sectores dejaban marcados?
- Siempre, donde nos reuníamos, donde habíamos [sic] hartos o cuando uno está solo, eso sí en todo sitio donde uno tenga marcador y tenga ganas, uno grafitea.
- ¿Y en qué momento?
- No, pues uno “grafitea” antes de entrar al estadio, cuando está caminando por Galerías, por la 30, por aquí o en Bulevar; cuando íbamos a pueblos también.
- ¿Qué colocaba en los *graffiti*?
- Yo pues siempre marcaba las iniciales del parche, el CADC y el LBA, es lo que nos marcaba a nosotros.
- ¿CADC y LBA?
- Comandos Azules Distrito Capital y La Banda Azurra.
- ¿Y ponía nada más eso?
- Pues cada uno tenía su marca en el Comando, a cada uno le decía por su nombre o por su apodo, o colocábamos siempre La Zona Once, que es la de Suba o el apodo del parche.
- ¿De cuáles se acuerda?
- Estaba “El Sombras”, “El Tatú”, “El Tacomillo”, “El Crosty”. Estaba “El Chitiva”, “El Loco Fierro”, “El Daytona”, “El Cartucho”... “Monedita”...

Comunicarse por medio de *graffiti* o “chapiar” con estas frases exalta y representa el afecto por el equipo, un afecto que se guarda con un celo colectivo, como lo hemos visto. Y toda esta actividad de exaltación del equipo por medio de signos y frases implica al cuerpo de quien escribe, tanto como a su relación liberadora con el texto que escribe y es leído, y que los estudiosos sobre el *graffiti* señalan como la “identificación con un sujeto público incorpóreo que él puede imaginar como paralelo a su persona privada” (Warner, citado en Bruinsma, 2001).

Esta experiencia, que no implica solamente a los “grafiteros” de las barras, es liberadora también porque no tiene firma, y este anonimato representa una manera provocadora de responder –“no intencionada”, como dice

Bruinsma– a los sentimientos de hinchas y transeúntes locales que puedan estar en desacuerdo con los cambios urbanos ocasionados por el desarrollo. Así es como la “no intencionalidad” de este *graffiti* no oficial es generadora de diferentes estrategias ofensivas contra los hinchas de equipos contrarios.

Se aplica también aquí el concepto de “desfiguración” elaborado por Taussig para el caso de trasgresiones contra símbolos nacionales, como banderas y escudos, y en este caso creemos que se da una desfiguración y profanación de las palabras y los íconos considerados sagrados por los hinchas, y que se han “chapiado” en diferentes muros de la ciudad. La trasgresión de esta propiedad simbólica se realiza cuando estos mensajes chocan con la idea del rival y el equipo es agraviado; y así esta agresión se contesta con una burla o parodia del símbolo inicial. Así lo relata Pecas:

– ¿Cómo es esto... o es que le cambian letras para que diga otras cosas?

– Sí, igual, por ejemplo, cuando ponen “Los Del Sur”, LDS... ¿se acuerda de mi camiseta?, ¿la que nos robamos? Pues se agregan líneas y queda “HPS”.

En este proceso de contestación de agresiones, el escudo de Santa Fe se convierte en taza del inodoro, el escudo de Nacional, en órgano genital, y así lo simbólico se convierte en un conjunto de actividades de construcción de otras palabras, a partir de una polémica performativa con la que un equipo replica a otro.

A continuación, explicaremos a fondo las consecuencias de la escritura de los *graffiti* de las barras en la escena barrial.

## *Graffiti* y agresiones entre frentes locales

La agresión adquiere sentido en la confrontación real por el espacio, cuando en lugares específicos, como las casas y calles de los hinchas, se “chapean” *graffiti*. Porque este acto de comunicación se convierte en marca territorial que intenta amedrentar a los rivales, pues, en cuanto trasgresiones a la privacidad y a los espacios del afecto del hincha, los trazos escritos son considerados amenazantes.

Así fue como nos llamó la atención durante la investigación el observar de cerca los *graffiti* y encontrar algunos ocultos tras las fachadas principales de

supermercados de barrio, de los colegios, de estaciones de gasolina, fachadas de condominios en el sur de la ciudad, talleres de mecánica o portones de casas de habitación sobre vías arterias, elaborados con trazos solo reconocibles, tachados y corregidos por personajes que han hecho de estas paredes y caños de ríos sus rutas de paso y de conflicto.

La persecución y la amenaza son el material bruto de estas agresiones escritas, y cada una de ellas tiene como intención dominar el espacio que ha sido ganado por el rival para así contar con un mayor espacio de poder sobre los otros. Muchas escaramuzas, como nos explica un hincha del Santa Fe, son producto de estos grafos y marcas, que además de toda su apariencia bizarra son vistos como señales que permiten reconocer las amenazas de barras rivales, en este caso, el reconocimiento que hace “Pecas” de un integrante de la barra de Los Chukis, de Millonarios:

- Este sector siempre ha sido GARS, siempre ha tenido fama...
- Pues sí, pero... pero los que nos rodean, esto puede ser Ciudad Montes GARS, pero igual lo que es La Guaca, Santa Isabel, Carabelas; nos rodean puras “gallinas” y su-reños. Lo que es Galán, en la tercera, ahí están de Nacional, está Higueta y están todos los...
- ¿Ese que va ahí pertenece a la barra de Los Chukis?
- ¿Pertenece? ¿No le vio la maleta?: Chukis, CADC...; se me quedó quieto mirándome así, y yo me puse listo. Está vestido de azul, la maleta está llena de símbolos, la camiseta es de Millonarios.
- Pensé que era del Inter.
- No, es de Millonarios. Es la de entrenamiento que compran.

La batalla por el territorio comienza cuando los frentes de cada sector piden ayuda a otros que tienen mayor fuerza o pueden respaldar este conflicto. Y por esto es que la escena barrial es invadida con *graffiti* y al mismo tiempo con “chapas” de otros frentes que respaldan un enfrenamiento, contestado con incursiones en otros lugares de la localidad. Por ejemplo, es común ver *graffiti* en los muros y alrededores de los colegios, pues estos tienen representación en las barras y, como se ha dicho, los patios de los colegios son espacios socializadores de una afición por los equipos que surge en núcleos familiares.

Igualmente, la agresión simbólica se presenta como un juego de laberinto en el barrio, porque el hincha perseguido solo puede moverse por lugares seguros o protegidos por la barra, y su espacio se limita en tanto camina solo por las calles del barrio, buscando refugio en tiendas, postes, kioscos y árboles donde sea difícil encontrarlo. Además, el hincha se siente perseguido y reconocido como partidario de un equipo contrario con respecto a las preferencias de su enemigo y se protege observando muy bien a su alrededor, portando algún tipo de arma que lo proteja y caminando muy rápido por los senderos permitidos.

Llama la atención cómo el rol de hincha no se abandona en ningún momento: ni cuando va a la tienda, ni cuando va al colegio, ni cuando va a la casa el hincha está exento de ser amenazado o de incurrir en cualquier acto trasgresor contra otros que no profesan sus mismos afectos. De este modo, el color de la ropa que viste es escogido precisamente calculando su paso por territorios propios y ajenos.

La agrupación que pretende apropiarse o defender el territorio genera estrategias que se convierten en normas de interacción a partir de la agresión, válidas tanto para los hinchas de la misma barra como para los rivales. Y así, las amenazas cotidianas son expresiones de estas formas de apropiación y de defensa individual y colectiva del espacio.

## Tensiones y distensiones en la agresión

¿Qué nos dice la risa, y los estados de distensión en general, de todo el control y la tensión que se vive en los espacios barriales de los hinchas? Tomamos de Norbert Elias y Eric Dunning su abordaje de ese contraste entre la risa y las formas de resistir el control de los impulsos, que para los barristas serían la fiesta y su representación mimética del partido de fútbol, los recorridos que se realizan en espacios de barrio y los dispositivos de apropiación cotidianos que conforman su propio campo simbólico de identificaciones. Dicen ellos:

Una de estas disposiciones biológicas más elementales y universales es la propensión humana a la risa. Como el sonreír, la risa es básicamente una forma preverbal de comunicación, no adquirida por aprendizaje, lo que, en términos evolutivos, hace pensar

que es relativamente antigua. Es bastante maleable, es decir, modificable por la experiencia, aunque ni con mucho hasta el grado en que lo es la institución biológica que forma la base natural de la comunicación verbal. Siendo una institución biológica, la risa, aunque derivada sin duda alguna de antecedentes prehumanos, es característica de la unicidad de los seres humanos. De manera muy gráfica, ilustra cómo, por medio de instituciones biológicas, se proveen medios y maneras diferentes de contrarrestar las tensiones y los esfuerzos provocados por el control de los impulsos (1990).

Los autores se refieren aquí al hecho de que tanto el deporte como la risa son disposiciones biológicas que permiten relajarse de las tensiones socialmente reglamentadas, y nosotros argumentamos que en cuanto lo que se pone en escena en las calles es una copia catártica de lo que sucede en el estadio, consecuentemente hay formas de control en los territorios de los barristas que también copian los dispositivos de control y de poder de los estadios. Es así como hay una relación entre los espacios barriales y el control de los impulsos, que a la vez están en relación con dos movimientos esenciales que hacen parte de una estrategia que se asemeja a una batalla por el territorio en la ciudad y el barrio. Estos movimientos son *la defensa y el ataque*, que requieren oponentes y relación de fuerza para lograr intimidar al otro que comparte el mismo espacio vital. La clase de distensión y tensión que está en la base de la defensa y el ataque permanece en nuestro argumento como una necesaria disminución de la tensión, que como la risa y los actos trasgresores hacen posible la alteridad que los barristas señalan para entender la heterogeneidad del disfrute del fútbol.

## La defensa

La defensa, como estrategia, funciona simultáneamente con *el ataque* y tiene en su concepción el ideal de prevenir y contrarrestar las agresiones. Defenderse y agredir son características en la constitución de los colectivos de los miembros de las barras, que funcionan como “masas de fuga”, pues de la misma manera que lo explica Elias Canetti (1981), los hinchas de fútbol son masas de excitación que perciben los efectos individuales como impactos sobre el colectivo, sean estos la alegría o la muerte. Es el tipo de colectivo que huye en grupo, porque así se huye mejor: “mientras están juntos perciben el peligro como repartido”.

Como colectivos de fuga, ocasionan la huida de sus oponentes y en consecuencia deben estar en capacidad de prevenir el ataque de estos oponentes con el uso de estrategias de comunicación y prevención que semejan un juego de inteligencia militar. *La huida* se presenta a su vez como la huida en masa del parche, en medio de una acción colectiva, y también se presenta la huida en forma de *mutación individual* en la que cada individuo se escapa hacia distintas direcciones alejándose completamente del territorio de la barra. Cada una de estas expresiones de la huida garantiza que los mismos integrantes volverán, al estilo del “cristal de masa” de Canetti, cuyas distintas diásporas del territorio tienen como propósito la unidad y la duración del colectivo.

Es importante resaltar que las huidas se producen en el marco de una reunión estratégica del grupo, que cotidianamente habita el mismo espacio donde se conmemora y se lucha por la afición. Pues es la permanencia la que ofrece la seguridad de un supuesto manejo del territorio ocupado. La defensa y el ataque funcionan a partir de tácticas que en ocasiones fallan y obligan a la huida, que trae consigo la emoción de ser perseguidos y vivir la vida como el mismo juego que tiene lugar en el estadio y en los televisores. Puede suceder, en medio del ataque al parche, que el impacto sea contundente y la huida pase a ser tan solo la ilusión de un momento, porque la ofensiva fue recibida sin poder reaccionar y solo se ha alcanzado a recordar el dolor y las lesiones físicas y psicológicas de estos hechos. Igualmente, el ataque al colectivo desencadena respuestas en la misma vía, que resultan en asaltos en venganza, los cuales crean justamente la espiral continua de agresiones, que los no hinchas perciben como infracciones al orden público y, en casos escandalosos, como “actos de terroristas”.

Con respecto a la huida, que se da como *mutación individual*, las estrategias son de carácter permanente y comienzan en las distintas maneras de salir de casa. Por ejemplo, se observan continuamente las esquinas para lograr salir al espacio más seguro, aquel de mayor circulación de transeúntes, o al paradero donde se toma el bus. Luego se adoptan recorridos como pasar por esquinas muy pobladas, como las de las tiendas o las calles de las panaderías donde todos los vecinos se encuentran y así mismo por lugares donde el hincha es conocido y, en caso de ser atacado, pueda protegerse. Así nos explica “Pecas” cuáles son los espacios de frontera, que no se pueden transitar sin respaldo:

- ¿Y por dónde es que no puede pasar?
- O sea, yo puedo pasar, pero uno no sabe lo que le pueda pasar a uno. De aquí para abajo es Carabelas, y uno no sabe lo que le pueda pasar, eso ya es Millonarios.

Caminando con los hinchas, se comprende que este recorrido se pueda tornar más largo que cualquier otro, pues hay casos en los que para tomar una calle segura hacia el sur se debe caminar hacia al norte y de nuevo hacia el sur, para llegar así a un lugar donde se esté a salvo. Por tanto, puede hablarse de una memoria del tránsito por estas calles, pues el hincha guarda sus propias imágenes y texturas de las esquinas, del asfalto de los andenes, del mobiliario urbano y hasta de los muros y vegetación de los barrios vedados donde los rivales se imponen y manejan el territorio. La imposición de límites fronterizos se imagina y se renueva como la memoria del grupo de hinchas, al tiempo que se respetan estos límites en las prácticas cotidianas.

Estas imágenes del recorrido del hincha son evidentes en su cuerpo y en sus actitudes corporales femeninas o masculinas, en la medida en que activan mecanismos de defensa que se reflejan en sus pasos, maneras de mover la cabeza y las manos, así como el peinado o un gorro puedan usarse como distracción. Por consiguiente, caminar es un reto permanente y la prevención funciona como un escudo que permanece en el tiempo como *habitus* que activa el recorrido simbólico.

## El ataque

El ataque representa un “balance de tensiones” entre grupos con aficiones en conflicto. Estas tensiones permiten que el ataque tenga lugar, primero, como respuesta al enemigo y, segundo, como búsqueda de emoción a partir de batallas al tiempo simbólicas y reales. Si consideramos la siguiente afirmación de Elias y Dunning: “Un deporte es una forma organizada de tensión en grupo, aún cuando ese grupo esté formado a veces por solo dos personas. ‘Equilibrio de tensiones’ es el término que se ha introducido para expresar la idea de que la figuración básica de un deporte está pensada para producir tanto como para contener tensiones” (1990), entonces podemos pensar que la “emoción mimética” a la que estos mismos autores se refieren tiene su propio reflejo en las confrontaciones de hinchas, cuyos colectivos también producen y contienen esta misma tensión mimética.

El ataque de respuesta a una agresión recibida es una reacción esperada por los integrantes de las barras y es la fuente de los sentimientos de venganza que se acumulan a partir de los golpes violentos que lesionan la dignidad de seres queridos o cercanos a la agrupación. A estos lazos de solidaridad que surgen en la revancha nos hemos referido antes como “comunidades de sentido”. Byron narra aquí una noche violenta en la que fueron agredidos y cómo hicieron su alianza con otros frentes del equipo para vengar un embate:

Más o menos en mayo, un compañero de nosotros tenía una fiesta en el colegio y nosotros éramos integrantes de diferentes barras, amigos del salón, del parchecito de nosotros; eso fue un sábado en la noche y nos cayó toda la barra, todo Quinto Frente y nos pegaron una levantada ni la hijueputa, habíamos [sic] ocho manes y tres nenaz: estaba yo, Diego, que es uno de los fundadores, estaba Ricardo, esos tres que eran de Nacional, con Marcela, que era mi novia en esa época, estaba Sergio y la prima, que son primos de uno de los duros de Quinto Frente y habían [sic] otros pelaos que como que no le jalaban a la nota, eran poco apasionados por el fútbol. Entonces nos agarraron ahí y nos pegaron una levantada, y a la prima de “Chomelo” le pegaron tres puñaladas y afortunadamente no la alcanzaron a herir; a mí me pegaron una pedrada, a “Noveno”, que era otro de los pelaos que no les gustaba el fútbol, le pegaron un varillazo en la espalda; él tuvo fractura parcial en una de las costillas. Entonces ahí dijimos no, esta nota, o una de dos, o nos matamos con ellos o acabamos la barra. Entonces volvimos a recurrir a la brigada y estuvimos algunos del otro bonche, pero ese bonche no fue tanto de Demencia, que fue la barra de nosotros, la barra de nosotros, se llamaba Demencia Kennedy, si no fue más Brigada Roma como tal la que lo hizo, ese fue un tropel que se dio en un sector de Kennedy que se conoce como “Cuadra Picha”, que es lo que anteriormente era el Febor, en el puente peatonal de la Primera de Mayo: uno coge hacia al norte como una cuadra, ahí queda un Febor, diagonal hacia Febor se llamaba eso “Cuadra Picha” porque ahí es una “olla”, entonces esa olla se había caracterizado porque los jíbaros de esa olla pertenecían a distintos grupos, a distintas barras, entonces eso estuvo matizado por muchas notas.

Cada uno de estos dispositivos de ataque se convierte, para ambos grupos, en un ritual expiatorio de culpas y dolores, entre quienes se hieren para cuidar las distancias entre espacios que pertenecen a unos u otros. Y en la



consecución de este *objetivo proxémico*, lo que el ataque pone en escena en su conjunto es el poderío, la capacidad de reacción y el aguante de que es capaz cada cual para responder sin miedos a las agresiones.

Pues como la identidad de los barras se afirma en un campo simbólico, entonces se validan los argumentos que permiten entender la provocación como lenguaje simbólico, mientras se violenta a partir de diversas circunstancias emocionales; así, este entramado conjuga sentidos catárticos de la celebración y revanchas personales que se representan histriónicamente en cada encuentro de los barristas en espacios públicos. Elias y Dunning nos explican la relación entre agresión, espectáculo y emoción, que nosotros observamos como esencial en esta subcultura territorial de los barristas:

La escenografía del deporte, como la de muchos otros ejercicios recreativos, está diseñada para despertar emociones, evocar tensiones en forma de excitación controlada y bien templada, sin los riesgos y tensiones habitualmente asociados con la excitación en otras situaciones de vida; o sea, una emoción "mimética" que puede ser agradable y producir un efecto liberador y catártico, bien que la resonancia emocional del diseño imaginario contenga, como suele ocurrir, elementos de ansiedad, miedo o desesperación (1990).

Del mismo modo, podríamos establecer una relación entre esta puesta en escena del *desfogue* de emociones y de tensiones, con respecto al espacio de la fiesta creada por los hinchas de fútbol, y la función del despilfarro en la fiesta del *potlatch* en relación con el asunto del estatus entre los kwakiutl, de la Columbia Británica, una institución descrita inicialmente por Marcel Mauss, pero que Huizinga, en su *Homo Ludens* enfatiza en relación con la conexión entre este tipo de derroches y el asunto de la competencia. Sin duda, lo que está en juego son las jerarquías entre los frentes de los hinchas de fútbol, manifiestas en aquellos actos que demuestran la prohibición de circular por ciertas calles y en los gritos, las canciones de letras grotescas, los golpes y la agresión más cruel, que se representan en las contiendas de los barristas y tienen como finalidad demostrar resistencia, autoridad y prestigio:

La forma de la acción es siempre la de una competición: si un cabecilla destroza una marmita de cobre, incendia un montón de mantas o destroza una canoa, entonces el

contrario se ve obligado a destrozar otro tanto y, si puede, más. Todo lo que es potlatch o está emparentado con él gira alrededor del ganar, del superar, de la fama, del prestigio y, no pocas veces, de la venganza. El esfuerzo se orienta hacia el prestigio del grupo, hacia el rango superior, hacia la superioridad sobre los otros (Huizinga, 1988).

Así mismo, podríamos observar que entre los hinchas la competencia se da por el espacio y por un sentido territorial del espacio por el que se circulan y en el que se demuestra, también con “despilfarro” de camisetas, estandartes, colores y símbolos, que la emoción por un equipo va de la mano con demostraciones agresivas que pretenden liderazgos sobre recorridos urbanos específicos. En la segunda parte de este capítulo intentaremos explicar el papel de la memoria en la construcción de este simbolismo de la resistencia y su innegable ofensa.

## Recuerdos de los tropes

El papel de la memoria en el proceso de significación de la agresión entre barristas tiene que ver con un reconocimiento público en el tiempo y en el espacio de los sentimientos belicosos con respecto a un igual, que celebra un espectáculo deportivo. Así los recuerdos y las emociones que perpetúan las batallas libradas se transforman en referentes que permiten reflexionar y generar dispositivos de ataque y defensa, cuya representación se reparte entre, primero, el “tiempo interior” de la niñez, la adolescencia y los sueños de los individuos y grupos de barristas, y segundo, el “tiempo social” que transcurre durante los actos agresivos de los enfrentamientos. Para Alberto Melucci estas diferencias se presentan debido a la relación entre lo individual y lo colectivo en la constitución de recuerdos significativos y sus tensiones con el presente:

Las discontinuidades entre los diferentes tiempos en que vivimos son mucho más perceptibles que en el pasado. En particular, hay divisiones claras entre los tiempos que vivimos en nuestras experiencias íntimas, los afectos y las emociones, y los tiempos regulados por los ritmos y roles sociales. Por supuesto, tiene causas específicas y diferentes, pero no hay duda que todas ellas están directa o indirectamente relacionadas con la manera en que los individuos construyen y experimentan el tránsito entre el tiempo interior y el tiempo social. La fragmentación y la pluralización de los tiempos

crean nuevas oportunidades para la experiencia humana, pero también nuevas presiones dramáticas (2001).

La interpretación de este paso fragmentado del tiempo y sus presiones económicas, políticas y sociales imprime significados diferentes a los recuerdos, que dan lugar a un sentido de la experiencia, que a la vez concibe dos reacciones contrarias, que vamos a abordar. Una tiene que ver con la satisfacción que pueda proporcionar la violencia, la cual puede potenciar la emoción y la fiesta que se experimenta en la barra. Y la otra es consecuencia de una vivencia traumática que trae consigo un alejamiento y retiro del aficionado de este tipo de agrupaciones.

### Agresión y violencia: expresiones de vínculo y celebración en la barra

La agresión comporta ciertas reglas que concuerdan con sus prácticas. Por ejemplo, la prohibición de atacar en grupo, lo que se conoce como no ser “monotoneros”, la preferencia por pelear uno a uno, la demanda por que exista igualdad en el tipo de armas cuando hay enfrentamientos o el prohibir la agresión contra las mujeres y las familias de los hinchas durante las confrontaciones.

Cuando las agresiones no han provocado reacciones contrarias a causa de los heridos o muertos por los rivales, el sentido de la violencia es de carácter conmemorativo y eufórico. Estos significados hacen de la pelea un ritual que se prepara estratégicamente, y acá es total el convencimiento acerca de la representación simbólica como factor ineludible en los enfrentamientos. Sin embargo, tiene lugar la filtración de barristas, que introducen al curso normal de la euforia actividades tales como el comercio y consumo de narcóticos, el tráfico de camisetas y estandartes robados, entre otras. Estas filtraciones de otro tipo de participantes, que traen consigo motivaciones sospechosas, proporcionan un aura ambivalente a la fiesta y al sentido territorial del espacio construido por los hinchas, pues el propósito de su sabotaje es, a) darle a la fiesta de los barristas un nivel de ilegalidad, y b) señalar que las celebraciones callejeras de aficionados tienen su arraigo entre las clases bajas y que, por tanto, debe tildarse de “violencia en los estadios” la manifestación que tiene su origen entre estas clases exclusivamente. Estas contingencias, que pretenden negar la influencia de grupos adinerados, y que con frecuencia se entrometen

con su ideología de derecha en los disturbios en espacios públicos, se ubican más allá del sentido privado construido por los barristas, que han logrado un esquema emocional flexible a las causas y los efectos de estos yerros. Esta flexibilidad es la misma que hace posible que las batallas se conviertan en juegos y, en muchas ocasiones, no sobrepasen la escaramuza o que se hagan amenazas que no se cumplen, aunque se arregle una cita para este tipo de confrontación.

– ¿Cómo son esas peleas? ¿Se dan chuzo siempre o a veces?

– Pues depende también de la circunstancia: si es problema digamos de poca gente, de cinco manes, y son de parche, pues se dan chuzo, se dan botella, cadena, lo que encuentre, pero si eso se agranda y se llama a gente pesada de la cúpula de algunas de las dos barras, ya después empiezan con bala, ya se habla con el duro, te dice venga, parce, me encendieron entre tantos, me dieron chuzo, ya estoy mamado que me la monten, le pegaron a mi mamá, o algún video así, entonces bajan los duros y arreglan el problema supuestamente a tote.

Estos comportamientos agresivos se convierten en argumentos que justifican la adhesión a las prácticas colectivas, específicamente porque la memoria del grupo conserva experiencias heroicas de los enfrentamientos. Y este es el caso en el que la violencia se convierte en un punto de referencia que permite dar sentido a la agrupación a la que se pertenece, porque la intensidad con la que se recuerda un tropel puede adquirir la categoría de una leyenda de la barra que valida la relación violenta con los otros.

## Recuerdos negativos de las agresiones

La violencia puede pasar de ser el significado de la celebración a ser una experiencia de dolor físico y anímico por la muerte o las heridas recibidas en el cuerpo y en el alma (por la muerte de un amigo o pariente). Porque así como la ferocidad se presenta como elemento potenciador de la identidad de los hinchas, al mismo tiempo se convierte en dolor y miedo, sentimientos que generan reflexiones que pueden llevar al abandono de la agrupación.

Los cuestionamientos sobre las experiencias negativas que realiza el hincha desembocan en sentimientos encontrados como, por ejemplo, la decisión

de retirarse gradual o inmediatamente de la barra, y esto sucede cuando la memoria pone de presente los golpes y dolores que se sintieron en la derrota, y es así como la pertenencia y la celebración dejan de tener sentido para el hincha. De esta forma, Cristian, recuerda el impacto de la muerte del “Flaco”, capo de los Azurras de Suba:

- Cuénteme un “video” negativo, uno que lo haya marcado.
- Vídeos así sí son muchos. Como las veces que nos cogió la tomba: nos cascaron; la muerte del Flaco; de pronto vivir el dolor cuando el equipo pierde partidos que son importantes, cuando eliminan al equipo... son muchas cosas así.
- ¿Cómo fue la muerte del Flaco? ¿Tuvo que ver algo la barra?
- Al Flaco lo mataron unos manes del América, pues ya está un man en la cárcel, si no estoy mal, pero, o sea, lo que pasó es que hubo un bonche y el man como que estaba solo, lo cogieron entre tres manes y le dieron chuzo al piso y ipailas!; nosotros, cuando nos enteramos al otro día, eso fue un sábado, nos enteramos al día siguiente, y pues, nada, a enterrarlo.
- ¿Se vengaron?
- Eso sí no lo sé bien, porque eso fue a finales del año. Eso lo manejaron los capos.
- Nosotros los del parche lo que hicimos fue no dejarnos perder y pues no volvimos a saber más. Lo último fue que supimos que los habían cogido y ya como que los tienen en la cárcel. No sé bien.
- Y después ¿cómo fue, qué acto simbólico hicieron?
- Pues el día del sepelio fue muy bacano, todos llegaron allá a la iglesia, era una iglesia cristiana, y pues bacano, porque la mamá dejó que todos estuviéramos desde la iglesia hasta el cementerio, y nos fuimos cantando, nos dimos una vuelta por el estadio, llevaba su bandera de Millos sobre el ataúd, eso si fueron como unas mil personas del Comando a acompañarlo, fueron los capos, estuvo bacano. Yo creo que el man desde el cielo se puso feliz por ver eso, porque el man era muy buena gente, el Flaco era una chimba. El man, para qué... para ser líder del Comando... el man no era que liderara los parches sólo por el poder o por reverencia, el man se sentaba a hablar con uno cuando uno tenía sus problemas, cuando uno tenía sus videos, el man lo ayudaba.
- ¿Era un amigo?

– Sí, exacto. Como el man más que todo estaba en el parche y como nosotros éramos hinchas, nos decía que los hinchas de Millonarios son un grupo de amigos, que bacano que nos una la “Sangre Azul”.

Cuando se evoca esta experiencia, los hechos se hacen vivencia. Cada relato equivale a un recorrido por aquellos lugares que despiertan distintas sensaciones y temores, mientras se conecta el tiempo fragmentado con este mundo de conocimientos de las calles, que permanecen intactos, pese a que el grupo supuestamente los haya abandonado hace algún tiempo.

En general, las experiencias negativas tienen influencia en la formación de sentimientos opuestos a lo que podría llamarse una ideología emocional de la barra. Con razón, surgen preocupaciones contrarias a las acciones violentas. Y, en consecuencia, estas agresiones parecen conducir a los argumentos que sustentan el alejamiento del grupo y, por tanto, a dejar de pertenecer a la barra, aunque algunos aspectos de la identidad del hincha permanezcan, tales como el amor por el fútbol y por el equipo, que de acuerdo con los ex barristas “continúa hasta la muerte”.

## Violencia en el estadio y en el barrio: prevención o provocación de la policía

Hasta el momento, se han mencionado diferentes causas y consecuencias de la violencia y las agresiones simbólicas en lo que hemos llamado el espacio local, pero han quedado por fuera elementos del espectáculo y el ambiente ritual que conjugan las prácticas de los hinchas y las normas del establecimiento. Esta mezcla de violencia como uso oficial de la fuerza, justificada por parte de la policía, tanto como la euforia, considerada no oficial, de los barristas, es el elemento central del campo simbólico de caracterizaciones socioculturales de los hinchas. Ambas representaciones, la de los agentes del orden –que discriminan y castigan a los jóvenes en las tanquetas o en los centros de atención inmediata (CAI)- y la de la aplicación de sanciones en el espacio compartido de la barra por parte de sus asociados, generan un ambiente de contestación que provoca y valida agresiones entre estos actores.

Basta mencionar el caso de los hinchas de los distintos equipos del país que se golpean y agreden a transeúntes en los puentes peatonales y calles

cercanas al estadio El Campín, en el antiguo barrio Sears de Bogotá, llamado hoy Galerías, lo que despierta la rabia de otros aficionados o vecinos del sector, que aprueban las acciones de la policía contra ellos. Estas acciones de desfogue con la arquitectura del estadio, provocadas por las expectativas y frustraciones de los encuentros futbolísticos, a nuestro entender no solo son la demostración de una perspectiva del festejo por parte de una generación de jóvenes, que incluso entre jóvenes policías debe ser una demostración en la que se muestre superioridad de fuerza por parte de ellos. Aún más, y siguiendo a George Bataille en su trabajo sobre la “noción del gasto” (1985), diríamos que no todos los excesos son utilitarios y que, en la agresión al monumento al deporte que significa el estadio, se trata, en primer lugar, de una forma de consumo de energía no productiva y suntuaria relacionada con la representación de la negación del poder oficial, y, en segundo lugar, de una agresión que replica y desenmascara la corrupción y la ineficiencia de los clubes de fútbol y de las instituciones del deporte en el país. Por tanto, la policía, en su tarea de prevención de violencia en los estadios, no solo la provoca sino que “desfigura”, para usar el concepto de Taussig, el aparente propósito de bienestar y recreación que quiere brindar el Estado con sus espacios para el deporte y el esparcimiento en la ciudad.

## Medidas y acciones policivas contra los barristas

Un vistazo al pasado nos permite reconocer cambios por parte de la autoridad oficial para controlar los enfrentamientos en el escenario deportivo. Inicialmente, las barras fueron reubicadas en las tribunas laterales, a partir de choques ocurridos en la tribuna oriental entre barras de transición. La barra de transición es aquella que antecedió a lo que hoy se conoce como barras bravas, y se refiere a barristas que sin tener compromisos con frentes barriales expresan su afición saltando en las tribunas. En Millonarios se denominaban “Los Búfalos”, y en Santa Fe “Los Saltarines de la Santa Fe de Bogotá”. Después la policía construyó una barrera de agentes que separaran a los hinchas, como medida de seguridad, una forma de control que continúa hasta hoy. Así mismo, se prohibió que los hinchas celebraran dando la vuelta al estadio, cuando el equipo favorito ganaba un partido, como lo hacía La Guardia Albiroja de Santa Fe en sus inicios. De la misma forma que se comenzó a controlar el orden dentro del estadio, afuera las tanquetas se colocaron como barrera para prevenir el contacto entre hinchas

contrarios. Después, aumentaron los acontecimientos violentos y los enfrentamientos se realizaron en las afueras del estadio. La Fuerza Disponible se hizo insuficiente para controlar desmanes en el espacio público y alrededor del coliseo. La policía antimotines, Esmad, entró a este escenario, y las tanquetas comenzaron a recorrer el estadio de forma permanente; además, la policía de carabineros se presentó con sus caballos en las filas, como figuras intimidadoras.

A pesar de estos controles, los desmanes continuaron. Entonces los gases lacrimógenos y las papas explosivas adornaban el enfrentamiento entre policías e hinchas. Y así fue como la policía se convirtió en un tercer actor en disputa por ese espacio ostentoso de euforia y autoridad, en el que los hinchas entonan cánticos ofensivos contra ella, con la intención de ofenderlos simbólicamente y objetivamente. Luego, aumentó la tensión entre la emoción festiva del fútbol y el control disciplinario del estadio, lo que, de acuerdo con aficionados de distintos estratos sociales que asisten a él, “se convirtió en una situación que es parte del partido de fútbol”.

Esta situación de tensión es producto de la aplicación de la normatividad institucional que se implementa en el curso del espectáculo, desconociendo las prácticas sociales y el sentido simbólico que opera en la agresión entre territorios en ese campo de identificaciones juveniles con la ciudad, con la escuela y con la familia de los hinchas de las barras. Porque la prevención y restricción de las manifestaciones antes mencionadas consiste también en un choque entre una percepción homogénea y otra heterogénea acerca de la ciudad, acerca de ser joven, del derecho a protestar y a educarse, que se traduce en un manejo violento de las circunstancias por parte de la policía y la interpretación de su papel represivo por parte de los hinchas.

Igualmente, la masa en conjunto de los hinchas justifica desde el punto de vista de la policía su papel violento, pues, de acuerdo con la formación homogénea y autoritaria que reciben los agentes, “toda multitud es fuente de desorden y debe ser controlada”. En contraste, “la multitud” como tal tiene un significado muy diferente desde el punto de vista de la formación heterogénea y “alternativa” de personas jóvenes, que ven en las calles y en los espacios públicos los escenarios de las realizaciones de sus sueños adolescentes. Por tanto, las calles llevan consigo su propia vida onírica, que se revela en multitudes y alternativas de uso del espacio, sueños en los que la emoción ritual tiene lugar como resistencia a las tensiones convocadas por la acción policial.



## El estadio: pretexto del manejo policial del fenómeno

El estadio se convirtió en el lugar por excelencia de la manifestación de la emoción futbolística. Para la televisión, la prensa, la radio, entre otros medios de comunicación, la violencia es un espectáculo y los protagonistas de todos los excesos que ocurren en El Campín son las barras de hinchas. Y es así como la apariencia de este espacio, de lejos y de cerca, antes que ser la de un simple lugar de distensión, es la que deja un conjunto de medidas de seguridad, empezando por la requisita para entrar, que ahora es doble y que en partidos de “alto riesgo”, como se denomina en la actualidad a los clásicos, puede llegar a ser triple. De igual modo, sorprende el uso del bolillo por parte de la policía para controlar cualquier desorden en las taquillas y a la entrada, porque lo usa como si fuera obligación reprimir de esa manera y porque quienes se valen así del bolillo son de las mismas edades de quienes son golpeados. Simplemente, el uniforme del policía parece patentar una supuesta superioridad pedagógica acerca del aspecto que debe presentar la gente joven que asiste a los espectáculos deportivos.

En tal sentido, la censura a apariencias alternativas, como el pelo largo, los pantalones rotos y los accesorios metálicos ha sido asimilada por la policía con una urgencia civil, de tal manera que los jóvenes hinchas que se reúnen en las tiendas de barrio cercanas al estadio antes de un partido son objeto de la preocupación y la vigilancia de los agentes del orden, que examinan y clasifican arbitrariamente a los grupos de hinchas, mientras conducen sus motocicletas.

Otra expresión de esa obsesión por la protección del estadio es la del cierre del tramo de la carrera 24 cercano al sitio, en fechas de partidos importantes, lo que implica una restricción al paso normal de transeúntes, que tiene el objetivo de evitar el contacto entre hinchas rivales, que acceden por el sur y por el norte del estadio. El paso se restringe con la colocación de rejas metálicas bordeadas de agentes de seguridad y, así mismo, de tanquetas localizadas en los cuatro puntos cardinales. Distintos objetos materiales son decomisados, tales como correas metálicas, pilas de radio, botellas de licor y, por supuesto, cualquier elemento que pueda adquirir usos cortopunzantes.

Una característica común de estos procedimientos panópticos llevados a cabo en la instalación deportiva es la de la disposición de las filas que se hacen para entrar a un partido de *alto riesgo*, las cuales pueden durar entre media

y dos horas. Este tiempo se utiliza para realizar un registro riguroso, por ejemplo, de los zapatos, los que se deben quitar y sacudir contra el piso para demostrar que el hincha “no lleva más que sus propios pies”; luego se registran los bolsillos de la ropa, y hasta la cabeza es objeto de escrutinio para quienes llevan gorra o mantienen una cabellera frondosa. Controlar, entonces, se convierte en el punto focal de la acción policial, y en esta instancia se observa una contradicción profunda entre las normas sancionadas para el disfrute del evento futbolístico y las prácticas espaciales representadas por los barristas, una contradicción que afecta a aficionados comunes, obligados a asistir a un espectáculo de represión como parte del goce de cualquier deporte o expresión de entretenimiento.

Así mismo, la fuerza pública apoya la percepción oportuna de sus acciones con la opinión favorable de los medios masivos, que logran que el público piense que estas medidas disminuyen las agresiones entre hinchas. Mientras tanto, los barrios y sitios lejanos al estadio se convierten en territorios donde las trasgresiones contra el espacio público y contra otros ciudadanos se materializan como línea de fuga a la prohibición impuesta a la violencia ritual relacionada con el espectáculo deportivo. Este control policial, cuyo referente es el estadio, y que se ha vuelto parte de la fiesta, nos permite plantear la pregunta: ¿Cuál es la interpretación del hincha de lo permitido y de la trasgresión desde la emoción que libera la fiesta?

La interpretación de los barristas al respecto es que hay una normatividad única impuesta para otorgar el derecho al disfrute de los encuentros futbolísticos que desconoce y niega los sentimientos de los hinchas y la simbología del aguante con respecto al desempeño histórico de un equipo, al que ya nos hemos referido en este texto. En consecuencia, los ejercicios policivos recurren a instaurar un orden hegemónico del caos, encarnado por jóvenes en plena catarsis, que no es otra acción que celebrar sin límites, pues la suya es una vivencia de la ciudad con unos límites que se van marcando a medida que se marcan espacios. Es una celebración que se sale de los televisores y de las casas, para dejarla plasmada en calles, que no solo sirven para cumplir las rutinas, sino que piden ser desrutinizadas por quienes las transitan todos los días. Desde esta perspectiva de los barristas, el trabajo de la fuerza policial es estar en permanente disputa con ellos, pues ser joven y festivo se considera de antemano como una relación conflictiva con el *statu quo*.

Como quiera que las antinormas o las pautas de conducta heterogéneas que defienden los barristas no constituyen límites a su emoción, la policía se percibe como una figura que impone autoridad sin importar las crisis que produzca. En este sentido, podemos hablar, en primer lugar, de una interpretación del uso de la fuerza en el estadio y, en segundo lugar, de otra interpretación en las calles y barrios.

## Uso de la fuerza en el estadio

En el estadio, la acción judicial se evidencia como una tensión institucionalizada tanto para los hinchas como para los observadores desprevenidos, pues el punto de partida es una presunción de culpabilidad de los barristas que inmediatamente colma las graderías con un aura de inseguridad. Pues en cualquier momento se puede observar que una agresión por parte de los agentes del orden se convierte en una acción contra todos; entonces, de manera abrupta, entran a las graderías golpeando e intimidando, sin miramiento por los provocadores, a todos los presentes. Así nos describe un hincha su propia experiencia sobre los abusos de la policía, que a su vez pretende dar buen trato:

Recuerdo un partido en oriental donde mi amigo intenta trepar por la malla, en el momento en que el equipo hace gol. Solo recuerdo que en cuestión de segundos él estaba contra la malla, aquel día como era su costumbre, se trepó, pero además de él, se treparon como cincuenta más. La policía entró y golpeó con el bolillo a mi amigo, y a tres que se habían subido en lo alto de la malla los condujo a la tanqueta. Sin embargo, mi amigo se da cuenta de la actitud del agente y trata de conversar con él, y éste ni siquiera razona y empieza a pegarle. El golpe propinado le inmoviliza el brazo por algunos días, pues el dolor era bastante, tal como él lo describía. Don Gustavo, el papá, quien es policía pensionado, se queja de inmediato con un superior del agente agresor.

Y así como el interior del estadio predetermina y valida este comportamiento de los policías, que se disponen a intervenir con sus métodos de contención del alboroto, en contraste, el exterior del estadio está lejos del control visual y proxémico que ofrecen los puntos de alerta de las graderías. En estos

puestos de vigilancia, la policía está en capacidad de oír la algarabía del tumulto, pero actúa como robot sobre él, sin conocer exactamente qué sucede. Se trata, más que de una hegemonía de la mirada sobre la localización y movimientos de los aficionados, de actos maquinales en los que los policías han sido entrenados. Por consiguiente y alternando con las dificultades de control visual de las graderías, la calle, ese exterior privilegiado en donde los horizontes y las apariencias son difícilmente controlables, convierte las acciones en prácticas justificadas de uso de la fuerza, de autoridad y supervivencia por parte de la policía, en un escenario en el que los barristas deciden agredir a un contrario, romper los vidrios de un bus que moviliza a hinchas de otro equipo o de cualquier vehículo que transita por el sector. A pesar de las libertades de movimiento, en este contexto las calles exteriores al estadio son terreno del Código de Policía, y cualquier manifestación agresiva o simplemente festiva inmediatamente es disculpa para juzgar el comportamiento de los hinchas de barras, como producto del consumo de alucinógenos o de alcohol. Es así como, “con legitimidad” y “por el respeto del orden público”, los policías persiguen y atrapan a los hinchas que visten camisetas de los agresores y con frecuencia muchos reciben castigos por el simple hecho de observar lo que sucede:

En un clásico, el problema ocurrió en la fila; las medidas de seguridad adoptadas por la autoridad permitieron tremendas aglomeraciones y todo parecía caos, los policías montados en sus caballos trataban de demarcar las filas, pero lo que hacía la gente era esquivar las pisadas del equino y generar mayores desórdenes. En cuestión de segundos entra una estampida que busca colarse, algunos lo logran, mientras otros son golpeados a punta de bolillo, confundiendo a los que hacen fila, y los colados en ese momento recibimos bolillazos, sobre todo muchos que no teníamos que ver con el tropel.

Por tratar de mantener el orden, son ellos los que producen el desorden, y además, cuando atrapan a un hincha “con la legitimidad” que les brinda el Código de Policía, convierten las tanquetas en sitios móviles donde se les da a los barristas un trato denigrante y violento, proporcionándoles torturas físicas y psicológicas, mientras se les niega el derecho a ser procesados. Lo relata un hincha de los Comandos Azules:

– ¿Le han pegado?

– Sí, los tombos llegan y lo cogen a uno solo, y bueno, y cuando se arman los tropeles en la entrada del estadio o en la salida, los manes empiezan a boliar bolillo, o si los manes son más... lo llevan a uno a la tanqueta, lo meten, y dos, tres tombos van y le cascan con el bolillo unos 10 minutos y lo dejan salir... se la montan por ahí una hora, lo dejan en la tanqueta una hora ahí sentado, después llegan, le cascan y lo dejan salir.

– ¿Le han "cascado"?

– Claro, una vez nos dieron duro con un amigo, porque estábamos... ¡ah! Ese mismo día del Once Caldas nos cogieron a la salida del estadio y nos subieron a la tanqueta y nos dieron bolillo como diez minutos.

– ¿Les dejaron marcas?

– No tanto las marcas, lo que duele un bolillazo en las costillas, por la espalda, por las piernas, en todo lado... pues, bueno, eso sí no le tocan la cara a uno... eso sí, por lo menos respetan eso, pero le cascan a uno también.

Los bolillazos y las patadas, usados como métodos de castigo, así como la sanción de obligar a los hinchas capturados a limpiar los baños sucios de los Centros de Atención Inmediata, que son las agresiones preferidas por la policía, se realizan usualmente lejos de la mirada de los demás para evitar mayores conflictos, aunque los hinchas conocen estos casos, de ahí la imagen que le otorgan al cuerpo policial como su enemigo y como enemigo del espectáculo. Así mismo, el uso de la tanqueta para estas prácticas, que ellos creen pedagógicas, es una prueba más de la incapacidad de la violencia oficial para resolver sus problemas de expresión en espacios abiertos y exteriores, mientras se identifican con espacios cerrados e interiores en donde creen entender que su oficio está dentro de la ley.

## Uso de la fuerza en los barrios y calles

Sobre el uso de la fuerza en los barrios y otras calles de la ciudad, observamos que en espacios abiertos, y como lo señalábamos antes, las acciones operativas de escuadrones especializados de la policía, como el Esmad, son poco frecuentes porque no logran presentarse ni moverse con la agilidad y el conocimiento que los hinchas tienen de sus propias calles, en donde con más

frecuencia encuentran un escape efectivo. Se trata más bien de intervenciones policiales parciales en el territorio, donde ven disminuida su fuerza, precisamente por la capacidad de huída del grupo de hinchas y por el escaso número de agentes enviados para los operativos.

Por ejemplo, cuando se trata de la vigilancia de los muros de los barrios donde se “chapean” *graffiti* o de la vigilancia de calles donde se compran drogas y se realizan trueques y ventas de objetos robados a otros hinchas, la presencia de agentes se da en forma individual o en pequeños grupos, y, en muchos casos, el escaso número de agentes no previene la reacción de escape de “los infractores”. En cambio, puede suceder que en los hostigamientos entre barras en los barrios, el número de agentes sea suficiente para acorralar a los hinchas y trasladarlos a estaciones de policía, y aunque no se midan fuerzas con los barristas que están agrediendo, el escuadrón de agentes hace efectiva la protección de transeúntes y de mobiliario urbano.

Lo que pretende hacer efectivas las acciones del Esmad es disminuir la importancia de las manifestaciones de violencia, para colocarlas en un plano de infracción al Código de Policía y, en casos extremos, al Código Penal. Y es así como para la policía “pasan al anonimato” estas trifulcas, mientras que en las calles de los barrios el panorama es completamente distinto, porque después de los encuentros con la policía “se ajustan cuentas” entre las barras enemigas. El “ojo por ojo y diente por diente” se convierte, pues, en el eje de las normas de este campo de identificaciones de jóvenes barristas, que hacen uso de los espacios urbanos más allá de consideraciones acerca de su anonimato o de su actuar infractor.

Además, tanto las consideraciones de la policía como las acciones de los barristas se derivan de un contexto de relaciones marginales en espacios abiertos, entre los agentes del orden y los hinchas, que contrasta fuertemente con un despliegue de dispositivos de seguridad en el estadio, que es elocuente del miedo que quiere transmitir la policía, tanto como de la mala imagen que quiere transmitir de la multitud, que por muchas razones celebra triunfos deportivos dentro y fuera del estadio.

Para finalizar este capítulo, sugerimos que próximas investigaciones sobre los barristas de fútbol aborden la perspectiva que tiene la policía sobre el fenómeno, con el objeto de conocer el trasfondo de esta estigmatización de la emoción deportiva de la que el orden oficial hace uso, y de saber las

implicaciones pedagógicas que tiene todo este control para las nuevas generaciones. En el próximo capítulo, dejaremos formulada nuestra discusión sobre la relación que existe entre las normas, las instituciones y las prácticas sociales que hemos descrito y que parecen ser disfuncionales frente a una especie de emoción oficial.





## CAPÍTULO 5

### NORMATIVIDAD, POLÍTICAS PÚBLICAS Y ESTRATEGIAS DE MANEJO Y REPRESIÓN

La perspectiva oficial aborda el tema de la expresión de la emoción en espectáculos deportivos como un asunto que debe ser intervenido y regulado a través de normativas y acciones de represión. Y así, algunas de las instituciones que han aportado su grano de arena a la exaltación del desenfreno juvenil como problema de Estado, son el Senado de la Republica, la Alcaldía de Bogotá y el Concejo de Bogotá. A través de distintas figuras y ponencias, estas instancias han desarrollado debates sobre la manifestación de los barristas, y además han diseñado e implementado algunas normas para controlar estas expresiones. Tenemos, por ejemplo, el proyecto de Ley 50 de 2003<sup>14</sup>, luego discutido como proyecto de Ley 035 de 2004, que aunque no pasó el trámite legislativo en el Congreso, ofrece para nuestra investigación diferentes matices con qué discutir las narrativas que pretende abordar, en las cuales el barrista es visto como patología social, y la emoción, como un sentimiento afín a algo llamado de forma desacertada “violencia en los estadios”. Así mismo, abordaremos decretos, como el llamado Goles en Paz, que hacen parte de políticas públicas más amplias, como la de Vida Sagrada, de la Alcaldía, que en todo caso y a pesar de sus buenas intenciones contextualizan al barrista en estructuras de seguridad, antes que entender los efectos de su diferencia en la ciudad.

Este capítulo relaciona la normatividad y la política en discusión sobre espectáculos deportivos con las acciones represivas que implementan,

---

<sup>14</sup> El texto completo se anexa como uno de los complementos de esta publicación. Ver anexo 2.

y señala su vínculo con el campo de identificaciones simbólicas construido por los miembros de las barras, que constituye el aporte sociocultural de los hinchas a un conocimiento diferente de la ciudad. Este conjunto de prácticas oficiales y no oficiales pone en escena una contradicción con respecto a toda la concepción acerca de cómo la fuerza pública debe preservar los derechos de todos sobre los derechos particulares, y al mismo tiempo con respecto a las políticas que centran su interés en los beneficios del espectáculo futbolístico, logrando así que el estadio se convierta en una institución cuyo fin es controlar, reprimir y manipular las emociones de quienes asisten, siendo la analogía “estadio-cárcel” la más acertada para describir el objetivo principal de las gestiones oficiales implementadas hasta el momento. Puede decirse que también es una gestión que localiza el espectáculo deportivo en un solo sitio, impugnando así el hecho de que estos eventos son hoy eventos globales, debido a su resonancia en múltiples espacios reales y virtuales.

De forma breve, queremos dejar planteado con este capítulo la necesidad de continuar esta investigación, precisamente sobre el tema de la ceguera que hay con respecto a la multiplicidad de espacios pedagógicos y alternativos que plantea el disfrute del deporte en las ciudades colombianas. En tal sentido, el proyecto de Ley 50 de 2003, que tenía por objeto legislar sobre la seguridad en eventos deportivos, nos permite confrontar estos errores de percepción en varios niveles: 1. en lo que tiene que ver con las sanciones a las contravenciones de los hinchas; 2. en el conocimiento del componente educativo de las herramientas políticas que sugiere; y 3. en el sentido que tienen estas políticas en la constitución del espacio social de la emoción deportiva.

## Sanciones a las infracciones de los hinchas en el espacio público

El proyecto de Ley 50 de 2003, -llamado posteriormente proyecto de Ley 035 de 2004 en el informe de ponencia para segundo debate por el senador Andrés González Díaz-, aborda las contravenciones en espectáculos deportivos y hace evidente qué tan superficial puede ser el conocimiento de quienes discuten y escriben las leyes que tienen que ver con las distintas agrupaciones juveniles que construyen a la ciudad de formas diferentes. También se nota en este proyecto de ley lo poco que los congresistas se asesoran de

investigadores que han pensado a la sociedad más allá de los escritorios. Y es que de acuerdo con los proponentes del proyecto, la represión es sinónimo de seguridad, y es vista como la mejor manera de manejar el fenómeno, lo que hace ver a la propuesta bastante inconclusa en varios aspectos, sobre todo cuando habla de “la adopción de medidas educativas, preventivas y restrictivas”, asociándolas automáticamente al término “violencia en los estadios”, evidentemente exitoso para los medios masivos, pero de connotaciones negativas para el logro de una ciudad y una sociedad educadoras.

El estadio, el evento deportivo y la predisposición frente a las actitudes que se derivan del espectáculo son el escenario narrativo de este proyecto de ley, que desconoce la importancia de lo que sucede en los barrios y en los hogares, en relación con una socialización y una educación de los hinchas de las barras con respecto a los espacios sociales que han sido objeto de abandono por parte del Estado y que en el texto de la ley son catalogados como violentos y generadores de violencia. Dice el texto que encabeza el segundo debate de este proyecto que “el factor económico lleva al hincha o fanático a que desahogue sus problemas en los estadios o en los diferentes escenarios deportivos”, y que es “la carencia de educación frente al comportamiento y la tolerancia ante la pérdida” la que se debe combatir para que permanezca “una cultura de la paz”.

Así mismo, en el capítulo III de este proyecto, titulado “Educación para la Paz y la No Violencia”, sorprende la ausencia de mención de espacios como la casa y los barrios, que son aquellos sitios donde se construyen las identidades censuradas y donde se deben incrementar las acciones de “capacitación a través de talleres” que menciona; sin embargo, se hace demasiado énfasis en una pedagogía que debe darse desde los medios masivos, hasta ahora encargados de crear el estigma de las “barras bravas” entre el público de los espectáculos futbolísticos. El estadio y los espacios públicos son representados por este proyecto de ley –como por el Decreto 164 de 2004, que da origen al Comité de Seguridad y Convivencia para los Espectáculos de Fútbol Profesional Goles en Paz– como lugares que deben ser vigilados y protegidos desde “antes que se abran las puertas del estadio”, como dice uno de los protocolos de Goles en Paz. En este sentido, las cámaras ocultas y la conspicuidad de los guardias que previenen la entrada o la salida de los infractores y de los objetos contundentes con los que se podrían cometer agresiones, así como el Sistema de Información para la Seguridad

en Eventos Deportivos (Sised) que recopila estas trasgresiones, son los mecanismos y “logísticas” que deben reemplazar a la catarsis colectiva más propia de espacios lúdicos. De acuerdo con estas leyes y decretos, se deben encontrar culpables y desadaptados que celebran destruyendo el patrimonio público y el privado.

Es así como consideramos que tal estadio-cárcel surge como consecuencia de las medidas coercitivas que persiguen la emoción en el espectáculo, tal y como lo demuestra la excesiva concentración de instituciones como Bomberos, Policía Metropolitana, Comisario de Campo de la Dimayor, previniendo con su autoridad los más mínimos movimientos de un único sitio, suponiendo así que lo que sucede en el estadio no tiene ninguna relación con las manifestaciones simbólicas y agresivas que trasgreden medidas policiales en los barrios. Estas leyes simplemente descontextualizan al espectáculo deportivo de su trasfondo social, simbólico y familiar.

Uno de los objetivos de los textos normativos mencionados, como es el caso del Decreto Goles en Paz, es “fijar medidas para la protección del público asistente, instalaciones o bienes con motivo de los partidos de fútbol”, y al tiempo que asume al hincha como alguien sospechoso, funciona con la lógica de la zanahoria y el garrote: a la barra que se “comporte bien” se le permite entrar banderas, pólvora, bombos, entre otras cosas prohibidas para las barras que se “comportan mal”. Esto genera reacciones entre los distintos hinchas, como que de entrada hay resistencias para los que no ingresaron parafernalia, pues como no llevan consigo sus emblemas, no pueden participar de la fiesta, pero en cambio sí pueden ser agredidos por quienes los identifican como hinchas contrarios. Entonces, es clara la separación entre el espacio social del hincha y su propia concepción de la fiesta, y la proscripción por parte de la ley de cualquier celebración que no sea el cumplimiento de las normas oficiales. Veamos lo que nos dice el Artículo 218 F de este proyecto de ley, que no pasó el trámite legislativo y que es una adición a las contravenciones del Código de Policía:

**Artículo 218 F.** – El que arroje al área de juego, a las tribunas, a los lugares ocupados o transitados por los espectadores, objetos contundentes, envases con líquido o vapores, papeles encendidos, antorchas, objetos o sustancias que pudieren causar daños o molestias a los jugadores, a los jueces de campo o a terceros incurrirá en prohibición de concurrir a *eventos* deportivos hasta por cinco (5) años y multa de uno (1) a cinco

(5) salarios mínimos legales mensuales vigentes, *sin perjuicio de las acciones penales y civiles que se deriven de tal comportamiento* [Énfasis en el original].

Vemos así lo que está prohibido y cómo las sanciones implican nada más ni nada menos que no asistir al estadio, un espacio importante para la celebración de la fiesta sin siquiera proponer maneras alternativas de celebrar. Por otra parte, los comportamientos de los hinchas no parecen diferenciarse del vandalismo, que es un nivel complejo del desorden y de la contravención, en lugar de tipificar las acciones de los hinchas de acuerdo con su edad y en el contexto de un carnaval. La ley solo está encaminada al garrote y no presenta alternativas al manejo de la pólvora y el papel de una manera controlada y regulada.

Y con respecto al Decreto Goles en Paz, sabemos por los protocolos que las restricciones al ingreso de parafernalia están condicionadas a “la evaluación del comportamiento y compromiso de la barra”. Además, el regalo de boletas que realizaban los clubes de fútbol, como una manera de premiar el buen comportamiento de los hinchas, desencadenó precisamente el incumplimiento de los protocolos de convivencia por parte de los barristas del equipo Millonarios. El regalo de boletas también puso de presente el rumor de que se daban boletas a unos barristas y a otros no. Por eso, es importante observar que las acciones oficiales que predicán las leyes deben medir las consecuencias de las coerciones que al mismo tiempo impliquen estímulos para los barristas. Es decir, que una estrategia funcional para el manejo de la expresión barrista podría manejar la situación como si esta fuera un carnaval y llevarla más allá de los niveles de manejo de la violencia y la trasgresión descritos en el articulado del proyecto de ley; así, por ejemplo, es necesario llegar a acuerdos que incluyan a la mayoría de la barras y no privilegiar a unos cuantos mientras otros se sienten discriminados por los mismos clubes.

En el Artículo 218 G del citado proyecto de ley vemos que además la norma valora de manera diferente el caso de una riña callejera que ocurra en inmediaciones del estadio con respecto a los mismos actos que se presentan en los barrios, cuyas narraciones presentamos antes. Creemos, entonces, que se le debería dar el mismo tratamiento a las agresiones en distintos escenarios barriales, así como se castiga la infracción dentro y en los alrededores del espectáculo futbolístico.

**Artículo 218 G.** El que con motivo o con ocasión de un *evento* deportivo, antes, durante o después de él, participe en una riña, sin perjuicio de la responsabilidad penal que le pudiera acarrear, incurrirá en prohibición de concurrir a *escenarios* deportivos hasta por cinco (5) años y multa de uno (1) a cinco (5) salarios mínimos legales mensuales vigentes [Énfasis en el original].

Apartar el contexto callejero y de localidad del espectáculo deportivo es una conceptualización limitada de una fiesta como la del fútbol, porque sus hinchas no consideran que una celebración ritual con los elementos que se ponen en juego en cada partido de fútbol deba tener límites espaciales en la ciudad. Tanto el proyecto de ley de marras como el Decreto Goles en Paz pretenden desarrollar soluciones generales y periféricas que hacen parte de una política de seguridad, entre otras de la Secretaría de Gobierno, sin considerar que se trata de un fenómeno en el que expresiones de emoción, originadas en el centro, se vuelven complejas en tanto mutan en otras representaciones adoptadas por agrupaciones juveniles de la ciudad.

El tratamiento dado en la tanqueta y luego la judicialización que se realiza en la estación de policía, sumados a la reprimenda de los padres del hincha, atienden diferencialmente al espectáculo que se vive en el estadio y lo focalizan ahí, sin considerar que la celebración implica a distintas clases sociales, que viven los resultados de los encuentros futbolísticos fuera del estadio y con otros que no necesariamente comparten sus calles, bares y medios de información. En este sentido, las medidas represivas son ineficaces y se hace necesario implementar estrategias diferentes, como, por ejemplo, considerar la relación entre lo privado –cuando este contexto tiene que ver con la familia y con la calle– y la escuela pública, así como la reacción contra los maestros y los lugares por donde se pasa todos los días, como las tiendas, que implican encuentros próximos y que necesariamente deberían abordarse como espacios de tolerancia, no como espacios para la represión.

En este sentido, la política pública de “la ciudad educadora” puede llegar a ser una alternativa en la transformación de espacios barriales en espacios de tolerancia, si se implementa una política educativa real y lejana a la demagogia y los estereotipos, en la que la convirtió la Secretaría de Educación de Bogotá.

## Estrategias de prevención de la violencia y educación para la tolerancia

El proyecto de Ley 50 de 2003 enfatiza aún más su restricción espacial en la propuesta de su capítulo II, acerca de la creación de un Sistema de Información para la Seguridad en Eventos Deportivos (Sised), que pretende ser una base de datos estadísticos con sanciones, medidas preventivas y datos personales del infractor que se convierta en fundamento de comunicaciones sobre las contravenciones que tienen lugar en espectáculos deportivos. De nuevo, y aunque el Sised podría ser apropiado en lo que respecta a la sanción de los verdaderos culpables de las trifulcas, que no son necesariamente los jóvenes de estratos bajos, y aunque es un sistema que debe ser más bien implementado por los clubes de fútbol, continúa sin matizar las variables que incluye, es decir: 1. registrar al hincha como alguien marcado por antecedentes penales, en tanto debe permanecer en una estación de policía, medida apoyada por la retención domiciliaria de 12 horas de la que habla el Artículo 218 J de este proyecto; y 2. el lugar de la comisión de la infracción no incluye sitios ubicados en los barrios. De tal manera, el reporte de datos construye una noción de individuo que se vuelve criminal en los estadios, y obstaculiza una caracterización de “los espectáculos deportivos”, más allá de un único sitio.

Por ejemplo, el registro de lo que sucede delante de los distintos televisores públicos ubicados en sitios comerciales de la ciudad está fuera de la órbita del Sised y, así mismo, el registro de los distintos espacios urbanos donde se produce la mayor cantidad de enfrentamientos con heridos y fallecidos, que no son propiamente los estadios y sus alrededores, ni solamente las localidades de estratos bajos. Igualmente, este Sistema, junto con el estigma que construye de la gente joven, contrasta con las distintas percepciones sobre la ley y el manejo de los desórdenes asociados al espectáculo, como nos lo cuenta un hincha de los Comandos Azules:

- ¿Usted qué opina de la policía?
- Pues me parece que hay tombo buenos y hay tombo abusivos. Los tombo abusivos son los que llegan y por uno tener una camiseta de Millonarios llegan y que por ver que uno está en el Comando lo cogen y le van cascando, esos son los tombo abusivos... y pues los tombo buenos, esos son los que defienden la ley. Uno a

veces también tiene que saber que quiebra la ley y los manes tienen que hacerla respetar, a lo bien.

– Y usted ¿en qué forma la ha quebrado?

– Haciendo grafos, uno quiebra la ley, rompiéndose con otro man en la calle, eso también es paila... las drogas también... mejor dicho, todo lo que está contra la ley, uno sabe que de pronto a veces la ley está mal hecha, por algunas circunstancias, pero pues los tombos tienen que hacerla valer, ese es el trabajo de ellos.

– ¿Y por qué está mal hecha?

– Hay unas que están mal hechas. Yo digo que yo siempre he apoyado la dosis personal, no sé por qué, si una persona quiere hacer con su vida lo que quiere, entonces por qué no lo dejan, si uno no le está haciendo mal a nadie, si es que meterse en las drogas es tirarse la vida, bueno yo sé que eso es así, en verdad, cuando uno es un vicioso, pero desde que uno esté... no hablando de las drogas, sino del alcohol, que por ejemplo los tombos lo vean a uno con una botella de algo, cualquier cosa también, la están montando y es algo normal, porque uno al estadio va es a hacer su fiesta, como los niños *play*, los niños “gomelos” van a la [Zona Rosa de la] 82 a hacer sus fiestas, nosotros también las hacemos en el estadio, y bacano.

– Para usted ¿la fiesta es sobrepasar esa ley? ¿La ley no debe impedir la fiesta?

– Sí, exacto. Yo digo que mientras uno no le esté haciendo daño a nadie, pues bien, a uno no tienen por qué estar molestándolo, desde que uno esté “sano”, esté viendo ahí bacano. Yo digo que si no hay problema, si no hay bonche, no tienen por que ir los tombos a cascarle a uno por verlo ahí tomándose algo.

El punto de vista de este hincha, por ejemplo, debe integrarse en futuras propuestas que reformulen un sistema como el Sised. Además, deben lograrse acuerdos con las barras, por ejemplo entre los Comandos Azules y la Guardia Albiroja, que se realicen en instancias anteriores a los protocolos de Goles en Paz e incluyan un trabajo en los colegios y en las plazoletas de los barrios, pero también deben ser instancias que acojan los distintos grupos de jóvenes que se ven descartados de las iniciativas distritales. Pues aunque los hinchas se salten las tribunas de barras opuestas para agredir a sus contradictores, los puntos de equilibrio que se obtengan entre la normatividad oficial y la euforia de los hinchas redundarán en beneficio del tejido social de comunidades urbanas, que son más vulnerables en contextos de ajuste al posconflicto que se vive actualmente en el país.



Nos referimos específicamente a la llegada de jóvenes reinsertados de la guerrilla y del paramilitarismo a los distintos barrios y centros educativos de la ciudad, un tema que no abordamos en el presente documento. Sin embargo, este diálogo entre institucionalidad e hinchas debe estar mediado por estrategias educativas concretas, que no solo sean cursos y talleres sin ninguna definición cualitativa, que aparecen como rubros administrativos que deben ejecutarse. El capítulo IV del proyecto de Ley 50 de 2003 hace referencia a este propósito educativo “para la paz y la no violencia”:

**Artículo 11.** El Ministerio de Educación, el Ministerio de Cultura, el Instituto Colombiano del Deporte “Coldeportes”, los Institutos Departamentales y Municipales de Recreación y Deporte y las secretarías departamentales y municipales de Educación, así como los demás organismos vinculados al deporte, diseñarán cursos-talleres sobre Educación para la Paz y la No Violencia, programarán la capacitación de docentes, habilitarán el desarrollo de estas actividades y supervisarán su ejecución en ámbitos adecuados y horarios accesibles a los destinatarios a que se refieren los artículos siguientes de la presente ley.

*Igualmente programarán campañas educativas y preventivas, tendientes a evitar la violencia en escenarios deportivos a través de la prensa, radio, televisión, así como en escuelas, colegios, universidades y demás centros de enseñanza [Énfasis en el original].*

Pero las campañas educativas no solo deben enfocarse en el espectáculo, sino en la cotidianidad escolar, uno de los contextos donde surge la afición por el fútbol y el cual influye en la constitución de la identidad del hincha como alguien que debe expresar su emoción de manera violenta; a la vez, es en el patio escolar y en los salones de clase en donde se inicia la delimitación de territorios que se extiende a las calles del barrio, motivo de puestas en escena aún en espacios como la habitación del hincha.

Si lo que acaso se pretende con los proyectos de ley y los decretos mencionados es el aprendizaje de valores ciudadanos, tales como el respeto a los demás y la no violencia, este proceso debe ser tolerante con la fiesta, con los espacios urbanos de la fiesta, con sus perspectivas étnicas y de género, al tiempo que se le otorga un nuevo significado a la escuela que integre el currículo a la realidad y a los contextos barriales y familiares. Pues lo que está sucediendo

en las aulas de clase y en los patios de los colegios en lo que respecta a las infracciones es toda una proyección de la calidad de la enseñanza repetitiva y anacrónica que se recibe, tanto como de la imposibilidad de los padres de sustituir estas carencias, tan fuertes como las económicas.

Por esta razón, la escuela pública, en el nivel primario y secundario, debe abrirse a la sociedad como una comunidad integral que incluya a cada uno de sus actores: docentes, padres de familia, estudiantes y vecinos, con el propósito de conocer el fenómeno de la emoción deportiva desde perspectivas juveniles, callejeras y alternativas. Igualmente, el manejo de expresiones excesivas, no oficiales y aún punibles entre jóvenes de distintas clases sociales debe incorporar conocimiento sobre una sociedad que dialoga con la cultura, no con la obediencia a la censura y a las medidas represivas. En el mundo moderno –en el que la formación de un adolescente no depende propiamente del servicio militar o de su ingreso a la policía, sino de imágenes y representaciones simbólicas que imita y transforma a partir de su interacción con la heterogeneidad de la vida urbana, mediática y tecnológica, y de su conversión en campos de diferencia identitaria y territorios que le permiten recrear su realidad y su ficción–, precisamente este juego de identidades y espacios debe hacerse visible en áreas del plan de estudios como las ciencias sociales, la educación física, la literatura y las artes, que pueden transformar los problemas en mecanismos de aprendizaje que propendan por mejorar la sociedad en la que vivimos.

Por las críticas y soluciones expuestas, proponemos diseñar próximas fases de investigación dentro de la escuela, que luego implementen estrategias de actualización, prevención y negociación en los barrios, que incluyan una diversidad de actores con capacidad de influir entre los jóvenes hinchas, además de reelaborar un proyecto de ley como el 50 de 2003, que claramente no pasó su trámite legislativo debido a las carencias en el componente educativo y preventivo que señalamos.

## CONCLUSIONES

Después de un recorrido por el fenómeno de expresión urbana de las barras de fútbol de Bogotá, y admitiendo que los términos “barras” o “barristas” son los que sus mismos integrantes sugieren como apelativo que mejor los distingue como oficiantes de una fiesta vinculada al espectáculo del fútbol, antes que como delincuentes, consideramos pertinente plantear una serie de preguntas que surgieron como parte de este proceso investigativo y de nuestras conversaciones con hinchas y conocedores del tema en distintas instituciones capitalinas. Estas incógnitas hicieron posible la estructura del presente libro y exigen una investigación posterior sobre aspectos que quedaron por desarrollar, debido a la urgencia de indagar acerca del concepto de identidad entre grupos de jóvenes cuyas expresiones son consideradas autoritarias, machistas, exasperantes, insulsas, subalternas, no oficiales y, en casos extremos, ilegales.

En este sentido, las teorías abordadas proporcionan un ritmo que nos permite dialogar de manera paralela con la vida cotidiana de los actores, logrando revelar así un nuevo material etnográfico para los estudios urbanos sobre la capital. Las dificultades interpretativas que se nos plantearon desde el principio –por ser este un enfoque distinto del de las perspectivas que relacionan las expresiones de nación con el fútbol, siendo que el nuestro aborda la identidad en relación con los campos simbólicos construidos a partir del sentido de los espacios– se convirtieron en fortaleza, porque este sentido de los espacios urbanos es una parte importante de la estructura conceptual de una comprensión social y cultural más amplia de lo que sucede con las identidades locales y, específicamente, con las identidades juveniles en nuestras ciudades.

El concepto de *campo simbólico de identificaciones sociales de los hinchas de barra* nos permitió abordar la complejidad teórica del problema, pues integra

el contenido interpretativo del fenómeno en espacios locales, en contraste con la postura de la designación de “barra brava” que a la vez trae consigo una interpretación discriminatoria de los espacios y las prácticas de las barras, por no decir de los mismos hinchas, que desde el punto de vista individual y colectivo se perciben como la otra cara de la moneda de la represión policial. Precisamente, nuestro trabajo muestra que al interpelar las prácticas espaciales de los hinchas se contribuye con una explicación del papel que tiene la ciudad en la socialización de las nuevas generaciones y de cómo la apertura o el cierre de ciertos espacios que permiten la euforia expone a los mismos hinchas de las barras a ser filtrados por elementos e individuos violentos, cuya intención está relacionada con validar la violencia policial y las políticas represivas.

El origen de este campo simbólico de identificaciones está relacionado con la puesta en escena de un deporte como el fútbol y remite a su representación en calles de zonas rurales y urbanas, entre distintas clases sociales y en diversos escenarios educativos, así como a su reproducción mediática, factores todos que inciden en la construcción de esas identidades y procesos de identificación cuyos principales dispositivos de recepción están en la familia del niño y del joven hincha, así como en la escuela a la que acuden, instituciones en las que logra desplazar y conjugar las dificultades y las creencias religiosas para crear los espacios en los que sueña, alrededor de una emoción deportiva que lo hace partícipe de lo que sucede en la ciudad, en un sentido integrador con respecto a lo que pueda pasar en los sitios más coyunturales y conspicuos, tanto como en los más apartados y secretos.

La familia ya no es, para el caso de la educación del hincha, el eje de la orientación ética, estética y normativa que lo hará un mejor hijo o ciudadano, sino el entorno de complicidad con las empatías y los rechazos de alguien que no es solo un miembro de la familia sino un contradictor autorizado de lo único que podría contradecir en el contexto familiar: la afinidad de otros con una manera de jugar. En el núcleo familiar, aún más si la familia es extensa, el hincha aprende que la problematización y confrontación de los roles de padre, madre y hermano solo se pueden dar y negociar en los juegos, los deportes y las aficiones. Esta alteración de los papeles les otorga sentido a los distintos espacios de la casa, por amplios o estrechos que sean, cuando se representa desde la imitación de prácticas, gustos y objetos, como la ropa, que se comparten con los padres, hermanos y hermanas mayores, tíos, primos y otros parientes que participan de la intimidad de la casa, sobre todo cuando la

inminencia de la televisión, la radio y el uso de electrodomésticos hacen parte de esta intimidad que actualiza permanentemente la memoria del hincha y privilegia ciertas formas y colores que lo inclinan por la escogencia de cierto equipo de fútbol.

La elección infantil y juvenil de un equipo tiene lugar cuando se comparten estos aspectos imitativos, que incluyen más de una opción, en la que los padres y los mayores deben ser objeto de fricción, porque el equipo se percibe como una cabeza de juego que va en contravía de los juegos de las figuras de autoridad más cercanas. Un ejemplo de esta identificación es el del hincha de Millonarios que se convierte en hincha de Santa Fe por contradecir a su padre o el de los hinchas que en el aula de clase lanzan improperios contra el equipo del que es hincha el profesor.

El espacio privado de la casa y de la familia valida las interacciones de sus miembros alrededor del juego y los debates sobre los deportes. Y aquí hay rutinas y preferencias que *distinguen* a quienes se vuelven aficionados y luego barristas de un equipo, tales como ver y escuchar televisión y radio, mientras se interpela a estos medios con conversaciones que demuestran acuerdos y desacuerdos con respecto a lo que dicen los locutores y periodistas que transmiten los encuentros deportivos. De aquí surge la gritería y los insultos que deben caracterizar a un hincha “que no se queda callado”, cuya rabia contra la opinión oficial refleja igualmente las contradicciones en las que ha sido socializado. Pues los desacuerdos que el hincha expresa con su opinión representan la capacidad de su entorno familiar y barrial para contradecir formas de socialización y de cultura oficiales.

Así, lo más importante en la formación de los barristas es el modo como estas emociones se convierten en la *diferencia* y en el código simbólico de su comunicación con una estructura heterogénea de valores que amplía su dimensión en la escuela, a la que no solo se va “a aprender” sino a socializar los desacuerdos de distinta clase a través de lo lúdico. De tal manera, es en la escuela en donde se vuelve público el gusto individual por tendencias, y es esa apertura, en lugar de su censura, la que se valora como un contraste con los gustos de los demás, así como se valora, más allá de toda pedagogía oficial, la capacidad de ponerse del lado de los gestos de otros.

Igualmente, a partir de esta interacción al respecto de acuerdos y desacuerdos futbolísticos se produce un campo simbólico de autoafirmación, que no en

todos los casos comporta un escenario tolerante con los demás. Todo lo contrario, lo que se pone en escena desde temprana edad es la capacidad de representar los recuerdos y los sueños contruidos en la escogencia de ciertos atributos, que precisamente por su impacto arbitrario e impositivo se convierten en la competencia con los otros.

Así que las diferencias son el eje de la identidad local de los hinchas, cuyos espacios son habitados y se delimitan con atributos simbólicos, de dos formas. Primero, los espacios se constituyen en territorios simbólicos que ponen en escena narrativas lúdicas, mapas de sus recorridos por calles preferidas, en donde se comparten actos trasgresores, como escribir *graffiti*, y que van elaborando la memoria de una experiencia juvenil del barrista, más allá de si la policía entiende que esto sea posible o no. Segundo, los territorios tienen límites porque albergan funciones específicas. En el caso del territorio funcional del barrista, se trata de la apropiación de linderos que tienen por objeto los enfrentamientos y la autoafirmación de preferencias con respecto a hinchas que defienden gustos diferentes. Como espacio funcional, los hombres y mujeres de estos territorios juegan papeles de líderes o de neófitos, indistintamente, aparte de los papeles sexuales que juegue cada individuo.

Y así, lo que hemos llamado con frecuencia la *escena local* surge de prácticas colectivas e individuales que tienen lugar entre el espacio público y el privado, que involucran tanto las relaciones de género y de parentesco características de la familia como las del vecindario, en donde el conocimiento de una afición por un deporte lleva a la gente a la amistad incondicional o a expresiones eróticas que, por su desenfreno y agresividad, tienen significados ambivalentes, desde el punto de vista de aquellos hinchas menos apasionados y tan solo observadores. En este sentido, se escuchan con frecuencia críticas de los vecinos y asistentes a los estadios acerca de la manera como los hombres de las barras tocan a las mujeres o hablan de ellas.

Así mismo, la yuxtaposición de lo público y lo privado que da lugar a esta escena local está representada por el cuarto o habitación del hincha, que sirve de base para la colección de reliquias que se acumulan desde la niñez y que han sido regaladas por parientes y amigos, como, por ejemplo, camisetas, banderas, boletas y estilos de *graffiti*, que luego se reproducen en espacios abiertos y se convierten en iconografía compartida. Es decir, que la identidad local que se construye en esta escena dialoga necesariamente con estos

distintivos y con lo que evocan de la niñez y de la juventud. La naturaleza de lo íntimo para el hincha se convierte así en atributo y lo hace pertenecer con más propiedad al colectivo que es la barra, en donde se demuestra si existe una afinidad compartida por los demás miembros.

La fiesta es el elemento central de ese campo de diferencias sociales y generacionales al que nos hemos referido como identidad local, y no porque su acontecer tenga lugar en nuestros barrios y no trascienda esferas geográficas, sino, al contrario, porque es una emoción que surge en microespacios, lujosos o modestos, para actualizarse con celebraciones globales, pero con la particularidad de que las formas de celebrar implican la experiencia cotidiana de los jóvenes en la ciudad, como componente de la catarsis, siendo ésta la que retroalimenta y les da significado a los gestos más comunes. La cotidianidad barrial es un elemento importante porque matiza la euforia de los pacíficos barristas colombianos, si se la compara con la violencia de los *hooligans* ingleses o con la máquina de guerra de las barras bravas argentinas, cuya territorialidad es comparada con la de las mafias.

La fiesta es un ritual en el que se justifican sentimientos que superan la razón. Como apropiación simbólica, se produce a partir de los recorridos por calles en las que se demarca lo propio y lo ajeno, prácticas que se validan a través de la alegría que produce participar de una comunidad simbólica, a la que se pertenece pero con respecto a la cual se es efímero, por cuanto sus miembros se dispersan con el progreso de la celebración. Esta dispersión, tanto como la capacidad para agruparse, hace de la fiesta una circunstancia multiespacial, luego no es un ritual en el que los incumbentes se reúnen únicamente en el estadio, sino uno en el que se trata de desplegar el ritmo de contestación y de la euforia por el mayor número de espacios públicos, más allá de la espacialidad oficial de las instituciones.

Sin embargo, el estadio es un núcleo importante donde las manifestaciones festivas se contienen con mayor intensidad. La salida de los equipos, los goles y el sentirse ganador o perdedor con los jugadores de los equipos configuran un elemento central de la catarsis ritual que debe exceder el espacio del estadio, en lugar de quedarse encerrado en medio de sus muros y de sus leyes. Incluso dentro del estadio los gritos, los abrazos y la carrera desbocada hacia la malla para celebrar el gol y el triunfo con los jugadores evidencia que los sentimientos catárticos requieren una movilidad hacia puntos diferentes

de las tribunas y que corresponden a los sitios de donde emana la voluntad del espectáculo y que, como tales, son sitios de poder.

Lo interesante es ver como las autoridades quieren sacralizar al estadio protegiéndolo de la euforia popular bajo la presunción de que es un espacio tranquilo, cuando su geometría y su localización en la ciudad permiten, como pocos, un cruce de caminos entre oriente y occidente, norte y sur, con sus respectivas connotaciones de clase. Por tanto, es también un cruce de caminos entre lo permitido y lo no permitido que no reconoce fronteras ni esconde los excesos de que son capaces tanto quienes desordenan como quienes cuidan del orden, pues todos están celebrando, y la duración de la catarsis depende del significado colectivo del hecho que se festeja.

Distintos autores mencionados en este trabajo han dicho que el fútbol les toma el pulso a los acontecimientos nacionales y políticos y que, así mismo, la iconografía futbolística dialoga con los símbolos de la nación, pero no se dice que los espacios del deporte y de la emoción son sitios de donde emana el poder de la multitud, ni que éste se expresa como trasgresión de los límites del espacio. De ahí la importancia de reproducir esta sensación de *éxtasis* en sitios paralelos al estadio, en los barrios, donde los hinchas hablan de sus recuerdos y evocan nuevas presencias estimulados por el festejo. Como un espacio deportivo cuyo poder se expresa en la euforia, el estadio requiere salir de su arquitectura y recorrer la ciudad, como lo hacen los hinchas a través de sus caminatas, en las que se celebra y comparte, así el equipo y la barra no sean el centro del carnaval.

Debe decirse, más bien, que el centro de la fiesta es la labor del aguante, que consiste precisamente en el ritmo capaz de movilizar sentimientos entre espacios, pues es un ritmo que se anticipa al estadio y que calibra la emoción, de acuerdo con el estatus de los equipos y la coreografía de sus barras. El concepto de "aguante", entendido como ritmo de celebración, fue tomado de los hinchas argentinos para explicar la identidad emocional que se perfila en relación con un equipo de fútbol en espacios urbanos y que garantiza la duración de la fiesta, en la derrota tanto como en la victoria. Este sentido de pertenencia que se define a partir de la fiesta, la catarsis, el aguante y la memoria de una generación sobre hechos deportivos específicos, y que inciden en la cotidianidad barrial, es uno de los elementos neurálgicos de la constitución del campo simbólico de diferencias entre los hinchas de barra, desde una mirada local.



Además de un sentido de pertenencia, los elementos identitarios mencionados nos remiten a una dinámica de permanencias de momentos cotidianos que relacionan la esfera individual con la colectiva y que son los que permiten convertir en operativo y corpóreo este campo simbólico. Aquí es importante pensar cómo se es parte de la barra aún en la casa familiar y cómo allí las interpelaciones se hacen como si se estuviera en el territorio de la barra. Así mismo, el reconocimiento de alguien como barrista en las calles o tiendas puede alternarse con su reconocimiento como hijo de un comerciante o hijo de una familia conocida en el barrio. Este conocimiento a partir de la pertenencia a una forma de sentir el fútbol convierte los elementos afines en atributos permanentes de una identidad que registra sus propias improntas con hechos significativos como los encuentros y los momentos de alegría y complicidad en la barra.

Son esos mismos atributos que se perciben en las calles y tiendas una especie de uniforme que debe vestir todo aquel que hace parte de esta subcultura de la celebración, y que hace parte de un lenguaje de algo muy popular que solo parecen entender quienes portan camisetas de colores brillantes; quienes llevan puestas manillas, banderas, tatuajes; aquellos que religiosamente guardan viejas boletas, escriben grafos o se complacen con las cicatrices que les dejan los tropeles. Todos estos dispositivos de la emoción permiten la definición de una cultura material como emblemática de un conocimiento del juego, y de gran parte del tiempo libre que se dedica en las ciudades colombianas a hablar y a celebrar el fútbol. Sin embargo, el sentido de estas prácticas debe actualizarse en un intercambio continuo entre lo cotidiano y el juego, que lleva a la catarsis. Y es así como los peligros vividos y compartidos en los parches deben volverse parte de los objetos y recuerdos que se comparten en familia y en el barrio.

Estas son propiamente las estructuras sociales previas al carnaval que permiten su duración en el recuerdo. De ahí la importancia del acto reivindicador de una propiedad sobre los símbolos de la emoción deportiva, que a nuestra mirada luce patético, machista y bizarro, y que convierte a la barra en unidad defensiva que se moviliza entre territorios constituidos y que permiten una relación estrecha entre el espectáculo y los espacios públicos y cotidianos.

Las jerarquías y organización interna de una barra que diferencian a miembros de frentes o pequeños segmentos de hinchas provienen de la

capacidad simbólica y mnemotécnica de los objetos de cultura material mencionada. Primero, estos objetos permiten reivindicar a los equipos mientras los barristas construyen su propia imagen; ellos son el equipo y son sus dueños simbólicos; eso dicen los emblemas. Y segundo, ellos, su fiesta y sus objetos son capaces de reivindicar a una ciudad. Vemos cómo la organización de una pequeña colectividad, cuyo hilo conductor son la familia y sus vecinos, busca una expresión liberadora en la identidad que pretende mostrarse como reivindicadora de ciudades y regiones. Pues las identidades regionales también justifican la fiesta y los campos de diferencia que hemos descrito.

Para el caso de los principales equipos de Bogotá, Millonarios y Santa Fe, ellos mismos se denominan y se describen en los muros de la ciudad como el “aguante capitalino”, lo que para ellos tiene que ver con la reivindicación emocional de una ciudad que carece de una identidad festiva y cuyo carácter parece improbable debido a su temperamento cosmopolita. Este aguante capitalino pretende demostrar su valor regional como bogotanos que se diferencian de quienes vienen de la provincia o de las distintas ciudades del país. Así mismo, barristas de los equipos América y Nacional pretenden reivindicar la alegría y fortaleza de ciudades como Cali o Medellín. Y de hecho son los barristas de provincia quienes declaran que sus equipos muestran un espectáculo y una afición por el buen fútbol que no está presente hoy en los equipos capitalinos.

Estas distintas interpretaciones sobre el buen o el mal fútbol chocan permanentemente y justifican la violencia entre barristas, exacerbada por dispositivos aún más autoritarios, como los de la policía o los grupos de auto-defensas, que pretendiendo instaurar orden en tropes entre barras se atribuyen poderes de castigo que terminan en el asesinato de jóvenes, como fue el caso de Juan Manuel Bermúdez, hincha del equipo América, muerto a manos de paramilitares en Cocorná, Antioquia.

Creemos que los actos agresivos y la violencia entre barristas, así como los disturbios que se presentan en los barrios aledaños al estadio, no suceden estrictamente como dicen los proyectos de ley que se proponen en el Congreso o como afirman los medios masivos de comunicación, los cuales pretenden contribuir a una tipificación del fenómeno desde carencias y violencias familiares que tienen un lenitivo en el estadio. Nuestra sugerencia es que el fenómeno de los barristas debe abordarse: 1. desde una perspectiva social y

cultural que lo ve como parte de una identidad juvenil que requiere mostrar aspectos diversos de la emoción en la ciudad, que no deben ser penalizados; 2. en consideración a una identidad juvenil que pone en escena representaciones y recuerdos de la niñez, que no solo tienen que ver con el trato de padres, familiares e inquilinos, sino que incluyen formas autoritarias de aprender y de obedecer que también vienen de los currículos escolares y de los medios masivos; y 3. desde la valoración de formas alternativas de lectura y escritura como el *graffiti* –arte del que todavía deben aprender mucho los hinchas de las barras, de aquellos más creativos artistas callejeros– y la colección de reliquias deportivas, que incluyen desfiguraciones de símbolos nacionales y publicitarios, como forma de conocimiento de la ciudad que intenta yuxtaponer unas jerarquías intergrupales y paródicas que contesten a las jerarquías oficiales impuestas en los núcleos de socialización familiar, escolar y ciudadana. Sobre este aspecto ciudadano, la política de Vida Sagrada llamada Goles en Paz es vista como una forma de socialización ciudadana que necesariamente reprime identidades alternativas y estimula los puntos de vista que asocian el ser joven con ser problemático.

Por tanto, es a partir de estas expresiones trasgresoras como se crea una identidad y una logística del grupo, entendida como organización de roles y funciones que conducen a la celebración y al descubrimiento de una ciudad distinta a través de la euforia. La agresividad debe afrontarse como un componente de la celebración de un ritual que canaliza emociones tendientes a validar acciones estratégicas en la reivindicación y el ataque a otros campos simbólicos constituidos por hinchas de equipos contrarios. Estas reivindicaciones locales pretenden mostrar que las estructuras sociales oficiales no solo censuran microestructuras y microespacios no oficiales, sino que demuestran que con su prohibición están reprimiendo la necesidad que tienen otros de mostrar su beligerancia.

Como muchos jóvenes, los hinchas de fútbol se preguntan si son ofensivas las respuestas que se reciben en espacios institucionales, y si la falta de oportunidades es agresiva. Por qué, entonces, no crear espacios en los que una mirada a los resultados futbolísticos sea capaz de sustituir la rabia de todos. Rabia que otros llevan a sus habitaciones y a sus salas y que convierten en justificación contra el maltrato oficial de todos los días.

Los actos agresivos de los barristas deben ser diferenciados de los actos no premeditados de violencia y de los crímenes de que son acusados los

hinchas, como colectividad, erróneamente calificada de delincuente, así: primero, tratándolos como actos ofensivos que tienen lugar dentro del estadio, tales como entonar cánticos que hablan de la sexualidad de los hinchas contrarios, portar banderas, en algunos casos intervenidas con grafos fascistas o que desfiguran logotipos publicitarios, y realizar movimientos corporales trasgresores de la moral pública; segundo, tratándolos como maneras de agredirse que hacen parte de la fiesta, pues en las graderías los hinchas contrarios responden los insultos y las amenazas de la misma manera agresiva, prolongando la intensidad de las agresiones que se llevan a cabo en las calles de barrios. Estas agresiones en el estadio son anónimas y permitidas por los contrarios como parte de un ritual en el que el rol del rival es alimentar la euforia y pretender que ganar o perder pasa a ser una experiencia que sucede entre la gloria de la victoria y la humillación de la derrota. Esta pretensión, como el aguante, corresponde a la etapa liminal del ritual. Por eso, no se puede concluir que estas ofensas estén calculadas para producir heridas de muerte en los estadios o que todos los miembros de las barras han participado en los recientes decesos de barristas, en El Campín y en otros escenarios deportivos del país.

El resultado del partido y las ofensas producidas generan una reacción que da lugar a expresiones agresivas que trascienden el espectáculo del estadio para llegar al espacio barrial. La cotidianidad se tensiona en un juego por reivindicar la humillación de la derrota, pues la barra pierde cuando su equipo pierde, un cargo de culpa que solo puede ser reclamado ante la barra contraria. Y es así como esta agresión se contesta desde el poder logístico de ese microespacio que es la barra, concebida para agredir al rival conocido y definido como enemigo real. La validez emocional de la fiesta y sus trasgresiones tienen su soporte en el campo simbólico local, representado por los hinchas de la barra, y este conocimiento social implícito a estos grupos de jóvenes produce roces permanentes con las instituciones que regulan el uso de la violencia, sin importar las normas intrínsecas a cualquier clase de expresión que valide y dé sentido a la euforia.

Es así como la fuerza policial se ha convertido en un actor protagónico de esa lucha entre normas oficiales y no oficiales que pretenden imponerse para regular expresiones de alegría en encuentros de fútbol en la ciudad, y cuya balanza se ha inclinado incorrectamente a catalogar a todos estos desórdenes como “violencia en los estadios”, mientras convierte los comportamientos de gente joven en una especie de patología, que no requiere para nada de fuerzas especiales.

Pues son enfrentamientos que se dan en todo caso entre campos identitarios diferentes, uno más fuerte que el otro, en términos de mecanismos de represión, y por esto planteamos la necesidad de investigar en una próxima fase la percepción, más que la intuición, que detentan quienes elaboran políticas públicas, así como las fuerzas del orden, sobre el fenómeno de las barras, para poder así entender hacia dónde va la interpretación de algunas estadísticas policiales sobre trasgresiones al espacio público y sobre delitos que se atribuyen a algunos barristas.

Por otro lado, vemos que los esquemas de seguridad están planteados únicamente para el espectáculo, entendido únicamente como el encuentro entre equipos de fútbol que se realiza en el estadio y que resulta en el triunfo o empate de alguno de los dos después de los respectivos goles. Y es notorio que no se conciben alternativas a largo plazo que prevengan la violencia en calles y barrios y que superen la vieja estrategia del garrote, representada por la Fuerza Disponible de la Policía Metropolitana, y de la zanahoria, representada por los protocolos agenciados por la política de Vida Sagrada Goles en Paz, quienes darían un paso importante si se bajaran del pedestal de política pública y abordaran acciones pedagógicas importantes en las calles y en las escuelas de distintos estratos de la ciudad.

Otros objetivos importantes de una futura prospectiva de investigación podrían dirigirse a mostrar aspectos más detallados del espacio social de los barristas; por ejemplo, a tener un mejor conocimiento de los lugares y las agresiones entre los hinchas de barras, de la perspectiva de género de esta agresión interna, además de negocios no legales, como el intercambio de camisetas y banderas robadas, estupefacientes, armas blancas y de fuego, los cuales permitirían revelar prácticas trasgresoras que hacen más compleja la simbología y la parafernalia de los espacios recorridos por los barristas, permitiendo así que nos preguntemos cómo, con estas prácticas, se puede considerar una intromisión el tipo de control y represión que realiza la policía, cuando ellos mismos son vistos como quienes provocan la agresión, y, así mismo, saber cuáles son los dispositivos normativos que hacen ver como agravantes las acciones de los barristas y qué implicaciones tiene el encuentro de estas distintas percepciones normativas para el conocimiento del espacio urbano.

Por ejemplo, ¿por qué estas miradas sobre el espacio público pretenden convertir al estadio en una cárcel y priorizar los dispositivos de seguridad que

convierten a la celebración en un evento temeroso? Desde el punto de vista de las leyes, nos encontramos con que algunos proponentes de leyes y planificadores de políticas están interesados en crear estigmas y en castigar, antes que en prevenir desde las normas a estos grupos de jóvenes que rebasan los límites de la celebración. Sin embargo, vemos que el discurso de estas leyes y decretos –que norman y hacen ver como “normales” o “anormales” a quienes se comportan de acuerdo con una categorización de los comportamientos en los espectáculos– agrava la situación imprimiendo un enfoque de miedo que tiene como propósito el control de la alegría colectiva. Y es hacia este tipo de control de la libertad contra el que reaccionan los barristas.

Aunque no se trata de pensar que los desórdenes de los barristas son la expresión más respetuosa y consensual de la celebración, lo que trabajan minuciosamente las propuestas de ley del Congreso y las políticas públicas de la Secretaría de Gobierno es una ideología que se une a las muchas doctrinas de seguridad que consideran sospechoso a cualquier ciudadano que no registren perceptivamente como cumplidor de las normas. Y sorprende abiertamente ver cómo esta sospecha generalizada sobre el ser joven frente a lo institucional excluye propuestas que enfrentan a los establecimientos sociales que son fuente de diversas interpretaciones de lo lúdico, tales como la escuela, espacio de socialización central en la construcción de diversas identidades juveniles alrededor de los juegos, los deportes y el tiempo libre, en especial de la del barrista, con sus estilos particulares de juego, de comunicación y de uso del espacio en la ciudad. Es así como, frente a la imposición de estilos de vida que vienen de las políticas públicas, las formas de comunicación recreadas en los colegios se vuelven refugios temporales y alternativos a la soledad actual de muchos adolescentes.

Proponemos, entonces, a partir de este estudio, una nueva fase de reflexión que permita contestar algunas preguntas que tienen como objetivo el espacio educativo: ¿cómo se manifiestan en la escuela las identidades y territorios que constituyen los hinchas alrededor de la afición por sus equipos y por el juego?, ¿qué manejo les dan los docentes y miembros de la comunidad escolar a los barristas en la escuela?, ¿se pueden plantear desde el sistema escolar estrategias de prevención de los desórdenes ocasionados por la fiesta del fútbol que involucren a la gente joven?, ¿cuál es la importancia de la negociación y el manejo de territorios en las diferentes culturas juveniles, y cómo su conocimiento puede arrojar luces acerca de las políticas de juventud y códigos del menor que se sancionan actualmente?

Debe considerarse que la intención de pertenecer a un colectivo y distinguirse de los demás en el contexto escolar potencia sentidos rituales de la violencia, y ese es el significado que adquieren las redes de amigos hinchas del mismo equipo cuando se activan las distancias y proximidades que articulan esas microestructuras del reclamo que se yuxtaponen a la pedagogía oficial, y que hacen oídos sordos del hecho de que existen microespacios de la socialización que jerarquizan afinidades que posibilitan espacios alternativos y que equilibran las desventajas de algunas generaciones y sectores sociales con respecto a un mundo adulto de respetabilidades y buenos comportamientos.

Creemos que todos los lugares y prácticas tienen derecho a alternar en contextos de aprendizaje como el colegio, cuyos espacios de juego deben ser escenarios de construcción de convivencia y tolerancia entre los jóvenes y futuros adultos, pero más con diálogo que con leyes que desconocen los entornos de múltiples clases sociales de donde vienen los hinchas. Los establecimientos educativos deben comprometerse con la tolerancia a las diferencias, que actúa para no reprimir la emoción de los barristas y entiende que hay influencias e intereses ideológicos alrededor del hecho de que el espectáculo deportivo se convierta en escenario de aleccionamiento.

Además del campo educativo, quedan por indagar aspectos cualitativos y cuantitativos relacionados con la trasgresión de las normas, centrales en la disputa territorial por la reivindicación del espacio entre los barristas.

El trabajo presentado pretende ser insumo para la elaboración de políticas coherentes con el problema descrito. Además, quiere ser un aporte a la comprensión de un colectivo que tarde o temprano debe darse a conocer en su importancia como tejido social adonde llegan otros jóvenes caracterizados con la categoría de conflictivos y que producen confusión alrededor del verdadero objetivo de la fiesta del fútbol.





## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Nueva York: Verso, 1991.
- Austin J. L. *How to do things with words*. Cambridge, Massachussets: Harvard UP, 1975.
- Barbero, Jesús Martín y Fabio López de la Roche (eds.). *Cultura, medios y sociedad*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- Bataille, Georges. *Visions of Excess. Selected Writings, 1927-1939*. Allan Stoekl (ed.). Minneapolis: U of Minnesota P, 1985.
- Benjamin, Walter. "A Small History of Photography". En *One-Way Street*. Nueva York: Verso, 1979.
- \_\_\_\_\_. "On the Mimetic Faculty". En Peter Demetz (ed.), *Reflections*. Nueva York: Schocken Books, 1986.
- Bohannon, David. "El fútbol y los disturbios públicos: Experiencia y medidas preventivas en el Reino Unido". Conferencia en Seminario Barras de Convivencia, SENA, Bogotá, agosto de 2005.
- Bourdieu, Pierre. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus, 1998.
- \_\_\_\_\_. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama, 1997.
- Bruinsma, Elizabeth. "Consumerific: Disembodiment and Defacement of the Public Secret in Graffiti". En: *Text, Practice and Performance*, vol. III, 2001.

- Canetti, Elías. *Masa y poder*. Buenos Aires: Muchnik, 1981.
- Castells, Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. 2. El poder de la identidad. Madrid: Alianza, 1998.
- Certeau, Michel de. *The Practice of Everyday Life*. Berkeley: U of California P, 1984.
- Costa, Pere-Oriol, José Manuel Pérez, Fabio Tropea y Charo Lacalle. *Tribus urbanas: el ansia de identidad juvenil, entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*. Barcelona: Paidós, 1997.
- Dávila Ladrón de Guevara, Andrés; Ingrid Bolívar y Germán Ferro (coords.). *Belleza, fútbol y religiosidad popular*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Cuadernos de Nación, 2001.
- Dunning, Eric, Patrick Murphy y John Williams. *The Roots of Football Hooliganism. An Historical and Sociological Study*. Londres: U of Leicester, 1988.
- Elias, Norbert y Eric Dunning. *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Feixa, Carles. *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona: Ariel, 1999.
- Frosdick, Steve y Meter Marsh. *Football Hooliganism*. Portland: Willam Publishing, 2005.
- Giménez, Gilberto. "Materiales para una teoría de las identidades sociales". En: *Revista Frontera Norte*, 9(18), julio-diciembre de 1997.
- Huizinga, Johan. *Homo Ludens*. Eugenio Imaz (trad.). Madrid: Alianza, 1988.
- Lynch, Kevin. *La imagen de la ciudad*. Enrique Luis Revol (trad.). Buenos Aires: Infinito, 1976.
- Lever, Janet. *La locura por el fútbol*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Maffesoli, Michel. *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*. Barcelona: Icaria, 1990.
- Mauss, Marcel. "Técnicas y movimientos corporales". En *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos, 1971.

- Melucci, Alberto. *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información*. Madrid: Trotta, 2001.
- Oliven, Rubén G. y Arlet S. Damo. *Fútbol y cultura*. Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación, Bogotá: Norma, 2001.
- Ortiz, Renato. *Los artífices de una cultura mundializada*. Bogotá: Fundación Social, Siglo del Hombre, 1998.
- Schutz, Alfred y Thomas Luckman. *Las estructuras del mundo de la vida*. Néstor Míguez (trad.). Buenos Aires: Amorrortu, 1973.
- Schutz, Alfred. *Fenomenología del mundo social: introducción a la sociología comprensiva*. Eduardo Prieto (trad.). Buenos Aires: Paidós, 1972.
- Sebreli, Juan José. *La era del fútbol*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.
- Taussig, Michael. *The Nervous System*. Nueva York: Routledge, 1992.
- \_\_\_\_\_. *Mimesis and Alterity. A Particular History of the Senses*, Nueva York: Routledge, 1993.
- \_\_\_\_\_. *Defacement. Public Secrecy and the Labor of the Negative*. Stanford: Stanford UP, 1999.
- Torres Carrillo, Alfonso. *Estrategias y técnicas de investigación cualitativa*. Bogotá: Unisur, 1996.
- \_\_\_\_\_. *Enfoques cualitativos y participativos en investigación social*. Bogotá: Unisur, 1996.
- Torres Carrillo, Alfonso y Nydia Mendoza. *Organizaciones populares, identidades colectivas y ciudadanía en Bogotá*. Bogotá: U Pedagógica Nacional, 2003.



## GLOSARIO

### ARGOT DE LOS BARRISTAS

**Aguante:** Potencia y resistencia que tiene la barra para seguir la fiesta, sin importar que se pierda o se gane; es el eje central de la emoción. Se habla de “aguante capitalino” cuando los que más aguantan una celebración son los hinchas de equipos de Bogotá.

**Albirojo:** Denominación de los colores de Santa Fe, el rojo y el blanco.

**Ardido:** Dolido por la derrota.

**Azurras (Los):** Frente de los Comandos de Millonarios. Viene de *azzurro*, que en italiano significa azul, y es imitación de la afición por los colores de las insignias del equipo italiano que ha ganado varias veces la copa del mundo. A los hinchas de Millonarios les parece una denominación agradable.

**Bacano:** Divertido, agradable, lúdico.

**Barra:** Agrupación de personas que se organizan para alentar a su equipo. Se clasifica así: barra tradicional, barra de transición y barra brava.

**Barra brava:** Se usa en plural: “barras bravas”. Son consideradas como grupos de hinchas que festejan de forma violenta. Son jóvenes, por lo general, que celebran la fiesta del fútbol haciendo uso de diversas manifestaciones simbólicas. En países donde sí existen barras bravas, como Inglaterra o Argentina, estos hinchas tienen en realidad nexos con organizaciones delictivas.

**Barra de transición:** Agrupación pequeña integrada por personas por lo general muy jóvenes a quienes no les dan permiso de ir con las barras bravas

o por aquellos que las evitan. Saltan y permanecen en la tribuna oriental general de El Campín. Son los mismos “Saltarines” (véase).

**Barra tradicional:** Son los hinchas veteranos que permanecen sentados y portan claxon, trompetas o tambores; se ubican en el estadio en las tribunas occidental y oriental de El Campín. También es llamada como “barra de `cuchos”.

**Boleta:** 1. Persona que no se cuida de su apariencia. 2. “Dar boleta” es exhibirse sin importar el riesgo en que se incurre de caer en situaciones de discriminación, por tanto, dar la apariencia de ser vulnerable.

**Bonche:** Enfrentamiento violento con barras contrarias o con la policía. Sinónimo de “tropel” (véase) y trifulca.

**Capo:** Líder del “parche” (véase), del frente o de la barra. Está a cargo de la organización logística del territorio y de las fiestas. Significa “cabeza”, en italiano. Palabra tomada del argot de las mafias por su simbolismo de autoridad.

**Cardenales:** Apodo del Independiente Santa Fe, por el color rojo de su uniforme.

**Cascar:** Darle una tunda o golpiza a alguien. También se usa como reflexivo: “cascarse con un man”. Véanse los sinónimos “Encender” y “Levantar”.

**Catarsis:** Liberación de pulsiones en los rituales de la fiesta. Punto más alto de expresión de la emoción durante la misma. Muchos hinchas la comparan con un orgasmo.

**Chapa:** Apodo o alias del barrista, que encubre su identidad ante los rivales.

**Chapiar:** 1. De “chapa” o nombre. Acción de dar apodos o de escribir *graffiti* en las paredes de espacios públicos y privados; además, indica las marcas con las que se decoran algunas prendas de vestir. 2. Desfigurar las marcas originales de las camisetas.

**Chimba:** Adjetivo que califica algo que está bien y es alentador, muy bueno, bello, etc..

**Chiviado(a):** Mercancía de la cultura material de los hinchas, que no es original o que no cumple las expectativas que genera.

**Chorro:** Trago, licor. Término usado por distintos grupos de jóvenes que hacen recorridos por la ciudad para referirse a cualquier bebida alcohólica que al dispensarse sale como un chorro. Es término adoptado del argot de las corridas de toros, en las que “el chorro” se dispensa en la bota; más recientemente, el uso coincide con el envasado de licor barato en *tetrapak*.

**Chukis, Los:** Frente de los Comandos Azules de Millonarios. Su nombre nace de la serie cinematográfica de terror, que luego se volvió cómic.

**Chuzo:** 1. Arma cortopunzante. 2. Sitio donde se festeja e ingiere licor, sea bar, discoteca o tienda de barrio o del bajo mundo.

**Clasiquero:** Hinchas de un equipo que se ha vuelto clásico gracias a sus triunfos; así mismo, se aplica a quien asiste exclusivamente a partidos clásicos.

**Clásico:** Cotejo especial entre dos equipos pertenecientes a una misma capital o que escenifican una rivalidad tradicional. También, por extensión, partido que se programa fuera del calendario oficial.

**Comandos Azules Distrito Capital (CADC):** Barras y frentes del equipo Millonarios.

**Comandos Terror Sur:** Frente de los Comandos Azules; se ubica en lateral sur de El Campín, cuando no es un partido de alto riesgo.

**Cucho:** Persona madura. La “cucha” es también la madre.

**Disturbio Rojo:** Barra del América; se ubica en laterales de El Campín.

**Encender:** Se usa más como reflexivo: “encenderse con alguien”, que significa darse golpes o enfrascarse con un rival en una pelea, con o sin arma: “se encendieron a pata”; “lo encendieron a barilla”. Véanse los sinónimos “Casca” y “Levantar”.

**Equipo:** 1. Equipo Cardenal: Sinónimo de Santa Fe, por el color rojo de su uniforme. 2. “Equipo de mis amores”: Expresión frecuente para hablar en público del equipo favorito y de las insignias del equipo en la ropa.

**Espectador:** Persona a la que le gusta ver fútbol, pero no se identifica ni se adscribe a un equipo o barra en particular.

**Fierros:** Armas de fuego, en el argot de las barras, que lo toma del de las pandillas.

**Frente:** Agrupación local a la que se adscriben más de veinte hinchas de diferentes lugares de la ciudad.

**Garzas:** Término, en principio despectivo de la Guardia Rojo Sur del equipo Santa Fe. Es la expresión más usada por sus rivales. Sin embargo, estas palabras han sido apropiadas por la barra, de tal manera que ya no ofende como antes. Los *graffiti* que en espacios públicos dicen “GARS” son tachados por rivales, o desfigurados cuando con otro color se agregan las letras que faltan para “GARZAS”. Pero así mismo es locución usada por la barra como símbolo de valor y afecto por el equipo.

**Gomelo:** Adolescente afanado por mostrar estatus social elevado mediante el uso de ropa de marca y de expresiones típicas de las clases altas.

**Guardia Albiroja Sur (GARS):** Frente del Santa Fe que aparece como contrapeso a los Comandos Azules de Millonarios. Hace uso de un nombre de connotaciones marciales para describir a su organización y los símbolos que lo diferencian de sus enemigos.

**Hincha:** Fanático de un equipo de fútbol. Los hinchas de barra se ubican por lo general en las tribunas laterales localizadas detrás de los arcos, y su festejo es diferente del de los hinchas de otras graderías. La hinchada es el colectivo de hinchas.

**Hueva (güeva):** 1. El que pone la cara y el cuerpo en la pelea. 2. Tonto, que no sabe hacer las cosas.

**Levantar:** Se usa como verbo transitivo: “levantar a alguien”, y como reflexivo: “levantarse con alguien”, para indicar enfrentamiento con barras rivales o con la policía: “Lo levantó la policía” puede también dar a entender que ésta lo agredió o lo retuvo en una estación. Véanse los sinónimos “Casca” y “Encender”.

**Listo:** 1. Alerta, vigilante. 2. También es muletilla al inicio de frases.

**Man:** Adopción del inglés “hombre” para hablar ya sea de un conocido o de un desconocido.



**Montar:** Se usa con el objeto directo: “montarla” o “montársela a alguien”. Indica subyugar a alguien por la fuerza y obligarlo a hacer su voluntad.

**Montonero:** Alude a quien arremete sin justificación contra un barrista de equipo contrario y también a la víctima que está en desventaja numérica en una pelea. Es alguien que no pertenece a una barra específica y que busca identificarse con el espectáculo futbolístico a través de la pelea. Se usa en plural: “montoneros”, para referirse a los que entran a las peleas en las que no hay equilibrio numérico y, por ende, son injustas.

**Nota:** Asunto, cosa.

**Ñero:** Apócope (acortamiento de palabra) de “compañero”, aplicado a niños o jóvenes de la calle. Se usa más en diminutivo: “ñerito”.

**Olla:** Sitio de expendio de drogas prohibidas; lugar peligroso.

**Orgullo capitalino:** Satisfacción de ser hincha de un equipo de Bogotá.

**Paila:** Expresión que indica que algo no salió bien. Se dice “¡pailas!” en la derrota y cuando se está en un estado deplorable o una situación difícil; generalmente, se acompaña la expresión con uno o más golpes de la propia mano extendida en el cuello.

**Parado:** Hincha que mejor enfrenta las peleas y quien sale ganador por su capacidad de agresión.

**Parce:** Habitual del “parche” (véase). También se usa “parcero”.

**Parche:** Grupo de entre cinco y veinte hinchas de la barra. Alude también al sitio de reunión y al territorio.

**Pistear:** Forma de hacer inteligencia a los movimientos de los miembros de la barra contraria para poder atacarlos.

**Puntear:** Chuzar a otro o chuzarse con otro con arma blanca.

**Putear:** Insultarse y agredirse en el espacio local.

**Quebrar:** Matar. Es la manera como los miembros de la barra llaman al homicidio entre hinchas contrarios, y así dicen: “lo quebró”.

**Saltarines:** Agrupación pequeña integrada por personas por lo general muy jóvenes a quienes no les dan permiso de ir con las barras bravas o por

aquellos que las evitan. Saltan y permanecen en la tribuna oriental general de El Campín. Son la misma Barra de transición (véase).

**Sangre Azul:** Identificación con un linaje ficticio que une a quienes son fanáticos del equipo de Millonarios, cuyas insignias y camisetas son blancas y azules. Es parodia de la “sangre azul” aristocrática, en contraste con los que tienen “Sangre Roja” (véase). Igualmente, Los Del Sur de Nacional se conocen como los “Auriverdes”.

**Sangre Roja:** Identificación de los hinchas de Santa Fe por vestir insignias rojas y blancas, como las de su equipo (véase “Sangre Azul”). Pero así como el rojo diferencia al Equipo Cardenal, también distingue al Equipo Escarlata o equipo América.

**Sano:** 1. Que está bien, tranquilo; se usa en la expresión “déjeme sano” para exigir no ser molestado. 2. Quien se libra de ser atrapado en una persecución.

**Sureños:** Voz despectiva para la barra Los del Sur, de Nacional. Funciona con la misma lógica que cuando se habla de Las Garzas, o como cuando a los Comandos se les dice “gallinas”, “gallinarios”, “comanches”. También en el caso de “Disturbio Rojo” se los señala como “Masturbio Rojo”. Pero de términos discriminantes pasan a ser voces usadas por los afectados para afirmar su carácter de rivales.

**Tote:** 1. Arma de fuego. 2. Persona que posee un comportamiento agresivo.

**Torcido:** 1. Apelativo que estigmatiza al bogotano que “traiciona” el “aguante” (véase) y decide animar a equipos que no son de la capital; es sinónimo de “vendido” (véase). 2. Acción ilegal, por lo general, el hurto.

**Trapo:** Denominación de la camiseta y de algunos estandartes que identifican al hincha con la barra.

**Tropel:** Enfrentamiento violento con barras contrarias o con la policía. Sinónimo de “bonche” (véase) y trifulca.

**Vendido:** Apelativo que estigmatiza al bogotano que “traiciona” el “aguante” (véase) y decide animar a equipos que no son de la capital; es sinónimo de 1. “torcido” (véase).

**Video:** Problema, suceso cotidiano o historia de un conflicto personal o colectivo que al ser conversada en grupo adquiere la categoría de imagen o cuento inventado que debe solucionarse o debe comprenderse. Los chismes son considerados como “videos”.



## ÍNDICE ANALÍTICO

### A

agregación, 38

agresión simbólica, 85, 86

agresión, 97, 102, 133

reglas, 99

agresividad, 26, 33, 83, 85, 126, 131-132

agrupaciones juveniles, 66, 85, 114, 118, 114, 118

aguante, 52-55, 58, 60, 77, 79, 106, 128, 130, 132

capitalino, 65-66

Alcaldía de Bogotá, 113

alcohol, 60, 81, 105, 108, 120

Álex, 54, 68, 86, 22

alucinógenos, *v.* drogas

América Latina, 13

América de Cali, 17, 28, 29, 40, 48, 62, 63, 66, 67-69, 74, 130, 101

amuletos, 17

*v. t.* reliquias

Anderson, Benedict, 64

animadores de discotecas, 80

antecedentes penales, 119

Antioquia, 64, 130

apodos, 89

apropiación

    material, 31

    simbólica, 31, 38

árbitros, 60, 116

Argentina, 14, 15n, 59, 78, 127

argot, 25n, 73, 141-147

armas, 70, 72, 81, 92, 99, 100, 105, 133

artes, 122

ataque, 93, 96-96, 98

*v. t.* defensa

Atlético Nacional, 29, , 31, 38, 39, 40, 43, 48, 53, 62n, 63, 67-69, 73, 90, 130

atuendo, 21, 30, 37, 38, 42, 44-45, 52, 105, 129

aura estética, 85

Austin, J. L., 83

autodefensas, *v.* paramilitares

autoritarismo, 17, 19

Azurras, 48

## **B**

bandas, 40

bandera(s), 76, 98, 116, 126, 132

    de Bogotá, 65, 66

    de Colombia, 19

    robo, 70-72

    transporte, 69-70, 76, 81

*v. t. trapo, reliquias*

Barra del Búfalo, 28

“barras bravas”, uso de la expresión, 13-15, 20, 24, 83-84, 88, 103, 115, 124, 127

Barras de Convivencia, seminario, 14

Barras de Duitama, 67

Barras de Sogamoso, 67

barrio, 18, 32, 40, 41, 47, 48, 53, 55, 56, 69, 70, 78, 79, 81, 86, 88, 91-93, 95, 102, 103, 105-107, 109, 110, 115, 117, 119, 122, 127, 130, 132, 133

*v. espacio local*

Bataille, George, 103

batallas, 18, 59, 69, 75, 77, 91, 95, 97, 110

bebidas embriagantes, *v. alcohol*

Benjamín, Walter, 46, 87

Bermúdez, Juan Manuel, 130

Boca Juniors, 68

bogotanía, 65

Bohannon, David, 14

boletas, 42, 126

Bolívar, Ingrid, 63

Bomberos, 116

Bosa, 79

Bourdieu, Pierre, 31, 58, 84

Boyacá, departamento, 67

Boyacá, avenida, 72

Brasil, 59

Brigada Carvajal, 40

Brigada Roma, 40

Brigada Roma, 96

Brigada Timiza, 40

brigadas, 40

Bruinsma, Elizabeth, 87, 89, 90

Bucaramanga, 67

Bulevar Niza, centro comercial, 89

Byron Hernández, 22, 34, 39, 43, 72, 73, 96

## C

CADC, *v.* Comandos Azules Distrito Capital

CAI, *v.* Centro de Atención Inmediata

caleños, 65

Cali, ciudad, 63, 130

Cali, equipo, *v.* Deportivo Cali

calle 82, 120

camisetas, 30, 37, 38, 42, 44-46, 52, 53-54, 62n-63n, 73, 80, 86, 98, 126, 129

“chapiar”, 73

colores, 45-46, 61n, 70, 84

comercio, 71, 73-74, 74, 99, 110

Cristal Oro, 44, 45

desfiguración, 87

Leona, 74

LG, 45

Pilsen, 74

Postobón, 74

rayadas, 74



- robo, 69, 71-72, 76, 84, 99, 110, 133
- Campeonato Mundial de Fútbol, Italia 1990, 29
- campo(s)
  - de batalla, 34, 35, 37, 39-40, 51,
  - de diferenciación social, 84
  - funcional, 39-42
  - simbólicos, 34-37, 39, 123, 125-126
- canciones, 17, 20, 21, 43, 59-60, 65, 78, 86, 88, 97, 104, 132
  - letras, 149-153
- Canetti, Elías, 83, 93, 94
- cánticos, *v.* canciones
- caños, 40, 53, 91
  - v. t. graffiti*
- capos, 25, 76-77, 41, 61, 75, 100, 101
  - v. t. jerarquía*
- Carabelas, 91, 95
- carnada, 75
  - v. t. soldado raso, jerarquía*
- carrera 24, 105
- carrera 30, 48n, 54, 87, 89
- Cartucho, 89
- Carvajal, 40
- Castells, Manuel, 35
- catarsis, 56-60, 71, 83, 97, 116, 127-128, 129
- celebración, 54-55, 56-57, 78, 85
- Centro de Atención Inmediata (CAI), 102, 109

Centro de Bogotá, 80, 87  
centros comerciales, 79-80, 119  
Certeau, Michel de, 69  
chapas, *v. graffiti*, camisetas  
Chía, 41  
"Chitiva", 89  
"Chomelo", 96  
chorro, 54-55  
ciencias sociales, 122  
"ciudad educadora", 118  
Ciudad Montes, 48, 48n, 91  
ciudadanía, 66  
clases sociales, 19, 29, 65, 104, 128  
    alta, 17  
    baja, 17, 99, 119  
    media, 17  
clásico, 54, 105, 108  
Cocorná, 20, 130  
Código de Policía, 84, 108, 110, 116  
código  
    del menor, 135;4  
    espacial, 84  
Código Penal, 110  
Coldeportes, *v. Instituto Colombiano del Deporte*  
colectivos de fuga, *v. masas de fuga*  
colegio, *v. escuela*

Coliseo El Campín, 35

colores, 61n, 80, 84, 92, 98, 129

*v. t.* camisetas, banderas

Comanches, *v.* Comandos Azules de Millonarios

Comandos, *v.* Comandos Azules de Millonarios

Comandos Azules de Millonarios, 28, 35, 36, 41n, 45, 48, 48n, 61, 70, 71, 75, 101, 108, 119, 120

Comandos Azules Distrito Capital, 67, 89, 91

combates, *v.* batallas

comisario de campo, 116

Comité de Seguridad y Convivencia para los Espectáculos de Fútbol Profesionales Goles en Paz, *v.* Goles en Paz

comportamiento, 17-18

comunidad

de sentido, 25, 30, 96

imaginada, 64, 85

simbólica, 127

Concejo de Bogotá, 113

conflicto intergeneracional, 32

Congreso Nacional de la República, 21, 113, 130, 134

Constitución Política, 64

control de los impulsos, 92-93

control policial, *v.* policía

Copa Libertadores de América, 29, 68, 74

Copa Merconorte, 43

Copa Mustang, 43

cosmopolitismo, 66

Costa Atlántica, 64  
costeños, 64  
cristal de masa, 94  
Cristian, 61, 71, 88, 101, 22  
“Crosty”, 89  
Cuadra Picha, 96  
cultura(s), 29  
    juveniles, 19, 84, 134  
    material, 69, 130  
        *v. t.* atuendo, camisetas, objetos  
    popular, 29, 30, 47  
cúpula, 75, 100  
    *v. t.* jerarquía

## D

Dávila Ladrón de Guevara, Andrés, 63  
“Daytona”, 89  
Decreto 164 de 2004, 115  
    *v. t.* Goles en Paz  
defensa, 93-95, 98  
    *v. t.* ataque  
Demencia Kennedy, 96  
Demencia, 96  
Deportivo Cali, 41, 48  
derecha, ideología de, 14, 15, 17, 20, 88, 100  
desplazamiento en la ciudad, 94-95  
Diego, 36, 96

Dimayor, *v.* División Mayor del Fútbol Profesional Colombiano

dinero, *v.* fondos económicos

disciplinamiento, 81, 104

*v. t.* policía

discotecas, 80

discriminación, 19, 83, 124

dispositivos de seguridad, *v.* policía

Disturbio Rojo, 40, 48n, 62n, 71

División A, 67

División Mayor del Fútbol Profesional Colombiano (Dimayor), 116

docentes, 122

drogas, 99, 108, 110, 120, 133

Duitama, 67

Dunning, Eric, 13, 16, 18, 52, 92, 97

## E

economía, 29

Edad Media, 85

educación, 15, 77, 88, 115, 122, 124, 133, 134-135

física, 122

“educación para la paz y la no violencia”, 115, 121

*v. t.* proyecto de Ley 50 de 2003

Efrén, 73

Ejército, 37

El Campín, 17-18, 103, 105, 132

altas, 41

bajas, 41

- control de graderías, 107-108
- filas, 105-106
- norte, 28
- occidental, 28
- oriental, 18, 28, 69
- sur, 28
- vecinos, 103
- v. t.* Galerías, carrera 30, carrera 24, estadio-cárcel
- “El Flaco”, *v.* “Flaco”
- Elías, Norbert, 16, 18, 52, 56, 84, 92, 97
- Elkin, 38
- emoción, 51, 56, 60, 66, 83, 85, 99, 104, 106, 113
  - mimética, 95, 97
- equilibrio de tensiones, 95
- escena local, 25, 31, 37, 39, 86, 126
- escenarios locales, 53 71
- Escuadrón Antidisturbios, 20
  - v. t.* policía
- escudo(s), 19, 88, 90
  - de Bogotá, 65, 66
  - de Colombia, 19
- escuela, 15, 19, 24, 27, 29, 30-31, 36, 78, 86, 91, 104, 121-122, 134, 135
- Esmad, *v.* policía antimotines
- espacios
  - colectivos, 33, 55
  - control de, 93

de frontera, 95-96  
de transición, 55  
individuales, 55  
locales, 57, 63, 66, 78, 83, 85, 102  
    *v. t.* barrio  
privados, 24, 37, 43-45, 52, 60, 118, 126-127  
    habitación, 40n, 42-43, 52, 86  
públicos, 20, 24, 37, 42, 44, 47, 60, 67, 83, 118, 126-127, 133  
    construcción, 42-43  
    infracciones, 114  
simbólicos, 31  
sociales, 55, 84  
transeúntes, 78, 56-57, 85

España, 15

establecimiento, 19

estadio-cárcel, 114, 116, 133

*v. t.* represión, policía

estandartes, *v.* banderas, objetos, reliquias

estupefacientes, *v.* drogas

etnicidad, 33

Europa, 13, 14

extintores, 75, 78

## F

familia, 27-29, 47, 78, 86, 88, 99, 104, 121, 124, 129, 130, 131

*v. t.* espacios privados, educación, padres de familia

fascismo, 25n, 30, 38, 46

- v. t.* Nacional Socialismo, 65
- Feixa, Carles, 18
- Ferro, Germán, 63
- fiesta, 51, 55-56, 58, 60, 80, 85, 92, 99, 106, 120, 121, 127
- filas, *v.* El Campín, policía
- “Fisonomías de lo público y lo privado en Bogotá: Identidad y percepción en espacios urbanos”, 21
- “Flaco”, 61, 62 101
- fondos económicos, 70, 75, 78
- Frente de Chía, 41
- Frente de Kennedy, 41
- Frente del Santa Fe, 41n
- Frente del Tunal, 41
- Frente Kennedy, 41
- Frente Radical Verde y Blanco, 41n
- frentes, 40, 67, 75, 130
- Frosdick, Steve, 14
- fuerza
  - pública, 14, 15, 26, 88, 106, 114
    - v. t.* policía
  - uso de la
    - en el estadio, 107-109
    - en la calle, 109-110
    - v. t.* policía
- Furia Sur, 40
- futbolistas, *v.* jugadores



## G

"Gacela", 21-22, 28, 65, 69, 75, 79

Galán, 91

Galerías, 89, 103

Gallinarios, *v.* Comandos

Gallinas, *v.* Comandaos

"Garbage", 36

GARS, *v.* Guardia Albiroja Sur

"Garza", 37

Garzón, Édison, 17-18, 40n

gases lacrimógenos, 104

gasto, noción del, 103

gestos, 28

gimnasia de autoafirmación, 59

gol, 58, 127

Goles en Paz, 113, 116-118, 120, 131, 133

González Díaz, Andrés, 114

gótico, 38, 87

graderías, *v.* El Campín

*graffiti*, 40, 40n, 47-48, 53, 78, 84, 120, 126, 131

    burla, 90

    caligrafía, 87, 88

    censura, 87

    corregidos, 91

    desfiguración, 87, 90

    elaboración, 89

en las casas, 90  
estilos de letra, 46  
estética, 19, 19n, 37  
influencias, 38  
lugares habituales, 37, 47, 86, 91  
ocultos, 91  
posterman, 89  
tachados, 48, 91  
textos, 88-89

*v. t. grafiteros, punks, mods*

grafiteros, 38, 89

*v. t. graffiti, punks, mods*

Gran Bretaña, 13

groserías, 17

*v. t. canciones*

Guardia Albiroja, 120

Guardia Albiroja Sur, 40n, 41, 74, 91

Ciudad Montes, 91

Guardia Roja, 48, 71

Guardia Rojo Sur, 40n

guerrilla, 121

habitación, *v. espacios privados*

## H

*habitus*, 95

*heavy metal*, 38, 80, 86, 87

*v. t. música*

heridos, 61, 70, 77, 99, 107, 119

*v. t.* batallas, armas, muertos

himno

de Bogotá, 65

de Colombia, 65

hincha, etimología, 15n

*hip-hop*, 38

Hizinga, Johan, 98

*Homo Ludens*, 97

*hooligans*, 13-14, 127

*v. t.* Inglaterra, Reino Unido

hooliganismo, 14

*v. t.* Inglaterra, Reino Unido

Huertas, José Joaquín, 13

huida, 94

Huizinga, Johan, 97

## I

identidad(es), 33, 86, 124, 126-127, 129, 134

colectivas, 32

concepto, 24

construcción de, 25, 27-28

emocionales, 85

juveniles, 83-84, 123-124, 130-131

local, 42

nacional, 64-65

*v. t.* identificación

identificación, 25-28, 33, 38-39, 43, 45, 52, 56, 61, 65, 77, 81, 84, 85, 86, 87, 89, 92, 104, 110, 114, 123-25

*v. t.* identificación

ideología, 19, 85

imaginarios colectivos, 25

imitación, 28, imitación, 125

Independiente Santa Fe, *v.* Santa Fe

indumentaria, *v.* atuendo, camisetas, reliquias

infiltrados, 14, 15, 70, 76, 79, 99

infracciones, 114-115, 119

infractores, *v.* infracciones, Sistema de Información para la Seguridad en Eventos Deportivos (Sised)

Inglaterra, 14

insignias, 28n, 30, 33, 42

*v. t.* camisetas, banderas, escudos

Instituto Colombiano del Deporte (Coldeportes), 121

Inter, *v.* Internacional de Milán

Internacional de Milán, 91

Internet, *v.* medios de comunicación

Irlanda, 13

## J

*jeanday*, 54, 54n

jerarquía, 75-76, 129

*v. t.* capos, cúpula, carnadas, soldado raso

jueces, *v.* árbitros

jugadores, 15, 21, 28, 47, 60, 116, 127

## K

Keneddy, localidad, 36, 38, 40, 48, 54, 96

Kraken, 38

kwakiutl, 97

## L

La 24, 40

La Banda Azurra (LBA), 89

La Guaca, 91

La Guardia Albiroja, 61n, 103

La Guardia, 71

La Vaca, 36

La Zona Once, 89

Las Garzas, 40, 48n, 65, 74

LBA, *v.* La Banda Azurra

LDS, *v.* Los del Sur

LDSK, *v.* Los del Sur Kennedy

Lefebvre, Henri, 84

lenguaje, 19

Ley 50 de 2003, *v.* proyecto de Ley 50 de 2003

ley, *v.* proyecto de ley

liderazgo, 36

literatura, 122

localidades, 40

“Loco Fierro”, 89

locutores, 80-81

*v. t.* medios de comunicación

logística, 78-79

Los Azurras, 61, 61n, 62

Los Búfalos, 103

Los Chukis, 48, 48n, 91

*v. t.* Comandos Azules de Millonarios

Los Comandos, *v.* Comandos Azules de Millonarios

Los del Sur (LDS), 31, 38, 48, 48n, 54, 61n, 74, 90

Los del Sur Colombia, 87

Los del Sur Kennedy, 38

Los Millonarios, *v.* Millonarios

Los Saltarines de la Santa Fe de Bogotá, 103

## M

machismo, 19, 129

*v. t.* masculinidad

Madelena, parque, 79

Maffesoli, Michel, 57, 85

mafia, 25n

manillas, *v.* atuendo

Marcela, 66, 96, 22

marihuana, 81

Marsh, Meter, 14

masas de fuga, 93-94

masculinidad, 15, 53, 81

*v. t.* machismo

Masturbio Rojo, *v.* Disturbio Rojo

Mauss, Marcel, 59, 69, 84, 97

Medellín, ciudad 38, 63, 65, 68, 130, 63

*v. t.* paisas

medios de comunicación, 17, 21, 23, 29, 80-81, 83, 85, 88, 105, 106, 115, 121, 125, 130

*v. t.* "violencia en los estadios"

Melucci, Alberto, 32, 33, 60, 62, 98

memoria, 35, 60, 61, 62, 78, 100, 128

Mendoza, Nydia, 34

menores de edad, 19

Metrosur, 79

microespacios, 127, 135

*v. t.* espacios, territorios

migración, 65-66

migrantes, 68

Millonarios, 28, 31, 41, 48, 61, 61n, 63, 64, 66, 67, 72, 73, 74, 76, 91, 95, 101, 103, 117

Millos, *v.* Millonarios

mimesis, 27, 67, 88, 92, 97

emoción mimética, 95

facultad mimética, 87

Ministerio de Cultura, 121

Ministerio de Educación, 121

*mods*, 19n

"Monedita", 89

Montevideo, 15n

montoneros, 74, 99

moral pública, 132

muertos, 61, 70, 77, 99, 119

*v. t.* armas, batallas, heridos

mujeres, 81, 99, 126

*v. t.* machismo

multas, 116-117

Mundial, *v.* Campeonato Mundial de Fútbol

Murphy, Patrick, 13

música, 38, 58-59, 65

*v. t.* canciones, *heavy metal*, *hip-hop*, *rap*, *rock*, *ska*, *salsa*

mutación individual, 94

## N

nación, 86, 128

moderna, 85

Nacional de Medellín, *v.* Atlético Nacional

Nacional del Montevideo, 15n

Nacional Socialismo, 65

nacionalidad, 33, 38, 66

*v. t.* nacionalismo, nación

nacionalismo, 65

*v. t.* nacionalidad, nación

narcóticos, *v.* drogas

narcotráfico, 17

narración, 62, 81

*v. t.* memoria, narrativas

narrativas, 30

*v. t.* memorias, narración



“Negro”, 36

Nemesio Camacho El Campín, *v.* El Campín

niños, 19

norte de Bogotá, 80

noticieros, 18

*v. t.* medios de comunicación

“Noveno”, 96

Nutabes, centro comercial, 80

## O

objetos, 47, 52-53, 71, 75

*v. t.* trapo, reliquias, atuendo, camisetas

ocio, 20, 23, 30, 31, 56, 57, 77, 134

Once Caldas, 29, 109

“Opio en las redes”, 24

orden público, 94, 108

## P

“Pachito”, 36

padres de familia, 122

*v. t.* familia

paisas, 64, 65, 68

*v. t.* Medellín

papas explosivas, 104

papel picado, 78, 117

paramilitares, 17, 20, 121

parches, 40

partidos de alto riesgo, 105

*v. t.* clásico

“Pecas”, 48, 73, 90, 91, 94, 22

peleas, 35-36, 99, 100, 117-118, 120

pelo largo, 81, 88, 105

Planetario de Bogotá, 35

pobreza, 115

policía, 13, 17, 45, 49, 81, 85-86, 88, 118-119, 122, 130, 132

abusos, 20, 107-109

acciones de prevención, 103-105

antimotines (Esmad), 104, 109

bolillazos, 105, 107, 108, 109

carabineros, 104

control, 106

decomiso, 105

dispositivos de seguridad, 103

en las calles, 110

medidas preventivas, 119

provocación, 102

represión, 21

*v. t.* Código de Policía, disciplinamiento, tanqueta, “violencia en los estadios”

Policía Metropolitana, 116, 133

Policía Militar, 37

políticas

de juventud, 135

públicas, 83

pólvora, 75, 116, 117

*posterman, v. graffiti*

*potlatch*, 97-98

prácticas sociales, 35-37

prensa, *v. medios de comunicación*

Primero de Mayo, avenida, 72, 96

prohibición de ir al estadio, 116-118

*v. t. sanciones*, proyecto de Ley 50 de 2003

provincianos, 53, 63-64, 66, 67, 130

proyecto de Ley 035 de 2004, 113

proyecto de Ley 50 de 2003, 113-119, 122, 154-164

pulsión comunitaria, 85

*punks* 19n, 38

## Q

Quinto Frente, 72, 96

## R

radio, *v. medios de comunicación*

Ramones, 73

*rap*, 38

recorridos, 51

recuerdo negativo, 101-102

redoblantes, 36, 71, 76

regionalismo, 65-66, 130

*v. t. aguante capitalino*, provincianos

- Reino Unido, 14
- reinsertados, 121
- religancia, 57
- religión, 124
- reliquias, 37, 42-44, 46, 52-53, 69, 73, 75, 131
- v. t.* camisetas, objetos
- represión, 84, 113, 115, 118, 124, 133
- v. t.* policía, proyecto de Ley 50 de 2003
- requisas, 105-106
- v. t.* policía
- Restrepo, barrio, 80
- retención domiciliaria, 119
- reuniones de las barras, 78-79
- Rey de copas, 88
- Reyes, Prudencio Miguel, 15n
- Ricardo, 96
- v. t.* "Garbage"
- riñas, *v.* peleas
- v. t.* proyecto de Ley 50 de 2003
- risa, 92-93
- ritual, 16, 23, 44, 51-52, 56, 58, 69, 71, 73, 78, 99, 102, 135
- River Plate, 68
- Rivera, Ómar, 13, 24
- rock, 38, 39, 80
- v. t.* música
- rollos de papel, 75

*v. t.* papel picado

rolos, 64

Roma, barrio, 40

ropa, *v.* atuendo

## S

salsa, 80

*v. t.* música

sanción(es), 21, 116-117

al estadio, 65

a los infractores, 114

*v. t.* proyecto Ley 50 de 2003, policía

Santa Fe, 17, 18, 40n, 41, 43, 45, 61n, 63, 64, 73, 90, 91, 103, 125, 130

Santa Isabel, barrio, 91

Sears, barrio, *v.* Galerías

Sebreli, Juan José, 29

Secretaría de Educación de Bogotá, 118

Secretaría de Gobierno de Bogotá, 14, 118, 134

Secta Engativá, 40

Secta Kennedy, 40

Secta Suba, 40

sectas, 40

seguridad, 115, 116-117, 133

*v. t.* policía, proyecto de Ley 50 de 2003

Selección Colombia, 29, 64, 68

Senado de la República, 113

*v. t.* Congreso Nacional de la República

Sergio, 96

servicio militar, 122

sexualidad, 81, 132

siglo

    XIX, 85

    XVIII, 85

simbología, 19, 38-39, 44, 69, 70, 85, 86, 106

Sised, *v.* Sistema de Información para la Seguridad en Eventos Deportivos (Sised)

Sistema de Información para la Seguridad en Eventos Deportivos (Sised), 115-116, 119

*ska*, 38

*v. t.* música

*skinheads*, 38, 65, 86

Sogamoso, 67

soldados rasos, 77

*v. t.* jerarquías

“Sombras”, 89

Suba, 35, 48, 71, 89, 101

subjetividad juvenil, 37

supermercados, 91

sur de Bogotá, 39, 48n, 51, 80, 86

Suramérica, 59

Sureños, 65, 70, 71

*v. t.* Los del Sur

sustancias psicoactivas, *v.* drogas

## T

“Tacomillo”, 89

tácticas, 69

tanqueta, 102, 103, 104, 105, 107, 108, 109, 118

*v. t. policía*

Tatú, 89

tatuajes, 129

Taussig, Michael, 87, 90, 104

técnicas corporales, 59, 69, 84

televisión, *v. medios de comunicación*

territorialidad, 19, 25

*v. t. territorios*

territorios, 31-32, 40, 122, 134

apropiación, 36, 37

apropiados, 85

definición, 32, 34

delimitación, 32

disputa, 42

funcionales, 85

imaginado, 35

marca, 90

*v. t. graffiti*

microterritorio urbano, 33

*v. t. microespacios*

protección, 35

simbólicos, 34, 37, 85, 126

- v. t.* espacios, campo de batalla, territorialidad, escuela, barrio, etnicidad
- terrorismo, 94
- tiempo
- v. t.* interior, 98
  - v. t.* libre, *v.* ocio
  - v. t.* social, 98
- Timiza, barrio, 40, 47
- “torcidos”, 65
- Torres Carrillo, Alfonso, 13, 34
- tortura, 108
- v. t.* tanquetas
- transgresión del orden, 25
- transmisión de partidos, 24
- v. t.* medios de comunicación
- trapos, 18, 41, 69-71, 76, 78, 81
- v. t.* banderas, camisetas, reliquias
- tribunas, *v.* El Campín
- tribus urbanas, 86
- tropel, 40, 48, 65, 75, 76, 77, 96, 100, 108
- v. t.* peleas
- Tunal, barrio, 40, 41
- Tunja, 67
- U**
- Universidad Nacional de Colombia, 71
- Uruguay, 15n



## V

Valle del Cauca, 64

vallunos, 64

vandalismo futbolístico, *v.* hooliganismo

vandalismo, 13

“vendidos”, 65

venganza, 96, 98, 101

*v. t.* ataque, defensa

Vida Sagrada, 113, 131, 133

“violencia en los estadios”, 81, 99, 113, 115, 132

*v. t.* medios de comunicación, policía

violencia, 71, 94, 99, 100, 102, 106, 115, 135

espectáculo, 105

*v. t.* medios de comunicación

familiar, 130

## W

Williams, John, 13

## Z

Zona Rosa, 120



## ANEXOS

### ANEXO I. CÁNTICOS DE LAS BARRAS

Los cánticos de las barras evocan las temáticas relacionadas con el trabajo conceptual desarrollado en esta investigación. En consecuencia, reunimos las letras de las canciones<sup>1</sup> que tienen que ver con los siguientes aspectos: identidad del hincha con respecto a su barra y su pasado; identidad, cotidianidad y espectáculo; agresividad con los hinchas de otras barras; la fiesta y el aguante; inconformidad con la autoridad y las normas. En su mayoría, las letras y la música son copiadas de cánticos de barras argentinas o uruguayas y adaptadas a los sentimientos locales por los distintos equipos.

#### Identidad, barra y pasado

Las canciones se refieren a la memoria y a los acontecimientos significativos para el equipo de fútbol y la barra. Las letras también remiten a los días de infancia cuando empieza el proceso de ser hincha, que se explicó en el primer capítulo.

- ¡Señores, soy Albirojo desde la cuna!  
¡Porque es un sentimiento, no cabe duda!  
¡Porque con esta hinchada que no para de alentar,  
este año todos la vuelta vamos a dar!  
¡Dale dale, rojo, dale dale, rojo!

---

<sup>1</sup> Extraídas de la página Web: [www.lgars.com](http://www.lgars.com)

- Cómo me voy a olvidar, cuando era chico y me traían a ver al rojo campeón, y sus jugadas de fantasía, hizo el destino, el azar, que fuera hoy su mejor hinch, y en una noche de alcohol, nos moriremos de alegría, es mi ilusión, verte campeón, sigo esperando esa suerte, de estar con vos una vez más, para la vuelta volver a dar.

## Identidad, cotidianidad, y espectáculo

Los estribillos de la canción hacen referencia al recorrido entre el espacio privado y el espectáculo deportivo, además de los hábitos cotidianos antes del espectáculo.

- Los domingos después de almorzar nos vamos todos para la cancha llegamos a popular y nos matamos en la avalancha. Cuando te veo, Santa Fe, toda esta hinchada se vuelve loca vamos a saltar, vamos a cantar y vamos a ganar la Copa.

## Fiesta y aguante

Estos son los cánticos festivos de la barra, que celebra un espectáculo ritual para sus aficionados. Es en este momento cuando la identidad se construye a partir de la proxemia y la catarsis colectiva.

- Te quiero tanto tanto, mi Millos, que si no te veo es una eternidad te quiero tanto tanto, mi Millos sos mi vida, lo sos todo y mucho más, ya no me aguanto más, Millos querido bajo la lluvia te venimos a alentar,

si no crees en mi amor, Millos querido  
ya el tiempo te dirá como vos te equivocás.

- Todas las campañas que viví, todas las canchas donde te seguí  
tantos campeonatos que ganamos  
cuánta copa levantamos desde que te conocí.  
Siempre te voy a alentar, voy a seguirte por donde vayas.  
Vamos, pongan huevos, que ganamos, así todos festejamos.  
Yo la vuelta quiero dar.  
Vos me das alegría, yo te doy amor, pongan huevos, mi Millos,  
quiero verte otra vez campeón; yo daría mi vida por esta pasión.  
Pongan huevos, mi Millos, quiero verte otra vez campeón.  
(Ritmo musical de "Mariposa technicolor", por Fito Páez)
- Hoy vengo a alentar al Nacional,  
es el equipo que levanta mi pasión.  
Hoy ganarás, hoy ganarás.  
Y todas las campañas a tu lado voy a estar,  
sin importar en qué lugar.  
(Ritmo musical "Por qué te vas" de J. L. Perales)

## Agresividad con hinchas de otras barras

Los términos de los cánticos agresivos construyen el contexto ritual de las confrontaciones entre hinchas de barras, pues aunque ellas parecen contribuir al anonimato de un colectivo específico de hinchas, en realidad afectan los posibles ataques de una barra en el espacio local.

- No somos putas como son las gallinas  
no somos pueblo como es el Nacional  
yo soy así, al rojo yo lo quiero,  
vení vení a matar al gallinero.
- Que feo ser sureño provinciano  
y en una loma tener que vivir  
su hermana revolea la cartera

y su mamá me lo mama por ahí.  
Sureño, sureño, sureño, sureño,  
no lo pienses más, lárgate a tu puta provincia  
toda tu familia es de allá.

- Esta es la Guardia, sí señores, la que siempre va al frente,  
la que corre al puto verde y a ese diablo maricón,  
y no me importa dónde juegues, ni la tomba nacional,  
prepárate, Gallinarios, que la vuelta vamos a dar.
- Sabes, todo lo que siento  
yo te llevo adentro, de mi corazón  
vamos, vamos Albirojos  
dame una alegría, quiero se campeón.
- Yo soy de Millos ¡qué putería!  
Por eso canto de corazón,  
vos serás siempre campeón.  
No soy del verde ni de los rojos.  
¡uno es marica!, ¡Muy marica!  
¡Otro güevón!, ¡Muy güevón!  
Soy más veces campeón.
- Verde, tú eres así,  
vas a la cancha cuando ganas de local...  
hoy Millonarios... te va a enseñar  
las sensaciones que el fútbol te puede dar...  
Alegrías y tristezas de vivir una pasión,  
esas que el hincha del verde no lleva en el corazón...  
Por eso quiero decirte  
que lo importante del fútbol es la pasión...  
Si solo sirve salir campeón...  
Sería lo mismo verlo por televisión.  
Esta hinchada hizo al equipo  
y jamás se va a olvidar que el tuyo  
te lo hizo la mano de Pablo Escobar...

## Inconformidad con la autoridad y las normas

Las transgresiones a normas en los espacios públicos están representadas en los estribillos que mencionan a las drogas, al alcohol y a la policía. Estas narrativas desafían a la autoridad, pues van contra las normas oficiales de celebración de una fiesta; en cambio, para las barras, esta es la vivencia del aguante, que les da sentido como barra.

- Al Campín la hinchada y llegan los Comandos,  
llegan con su descontrol fumando marihuana  
desde por la mañana, Millos,  
esta hinchada te quiere ver campeón.  
Al salir la guardia se cagó  
con los tombo y los paisas unidos llorarán  
sus caídos los Rojos malparidos,  
esta es la hinchada que tiene todo el control.
- Y vámonos, Millos  
ya nos dimos en la cabeza,  
ya nos fumamos la bareta,  
nos comimos la rubinol,  
déjate de joder,  
hay que sudar la camiseta,  
que los comandos están de fiesta  
y te quieren ver campeón.
- Soy santafereño vago y atorrante,  
me gustan las putas y los estimulantes,  
porque tengo huevos voy a todos lados,  
me voy a la cancha todo descontrolado  
– me siento bien y también a pesar de todo  
me siento bien.

## ANEXO II. PROYECTO DE LEY 50 DE 2003

Pliego de modificaciones para segundo debate

Proyecto de Ley 50 de 2003 Senado

“Por la cual se expide la Ley de seguridad en eventos deportivos”<sup>2</sup>

El Congreso de Colombia

Decreta

### Capítulo I

#### **Objeto, ámbito de aplicación y contravenciones de policía**

**Artículo 1º. Objeto.** La presente ley tiene por objeto la creación y unificación a nivel nacional, de un sistema de educación y prevención de los hechos de violencia en eventos deportivos.

**Artículo 2º. Contravenciones especiales de policía.** Adiciónase un capítulo al Título II de Las contravenciones, del Código Nacional de Policía así:

### Capítulo xv

#### **De las Contravenciones especiales que afectan la tranquilidad pública y la seguridad con ocasión de los eventos deportivos**

**Artículo 218 A.** El que con motivo o con ocasión de un evento deportivo, antes, durante o después de él, impida o entorpezca el normal funcionamiento de los transportes incurrirá en prohibición de concurrir a eventos deportivos hasta por un (1) año.

Si la perturbación ocurriere antes del evento, el miembro de la Policía Nacional que se halle en el lugar, previa comprobación del hecho podrá impedir que el responsable ingrese al escenario si por la naturaleza y gravedad

---

<sup>2</sup> Los subrayados son del Senador proponente.



de su conducta puede inferirse la comisión inminente de infracciones a la ley penal o de policía.

**Artículo 218 B.** El que con motivo o con ocasión de un evento deportivo, antes, durante o después de él, ejerciere actos de violencia contra un medio de transporte u ocasionare daños en vías o lugares públicos se le impedirá el ingreso al escenario en los términos previstos en el artículo anterior e incurrirá en prohibición de concurrir a eventos deportivos hasta por cinco (5) años y multa de uno (1) a cinco (5) salarios mínimos legales mensuales vigentes, sin perjuicio de las acciones penales y civiles que se deriven de tal comportamiento.

**Artículo 218 C.** El que con motivo o con ocasión de un evento deportivo, antes, durante o después de él, porte armas blancas o elementos inequívocamente destinados a ejercer violencia se le impedirá el ingreso al escenario en los términos previstos en el artículo 218 A e incurrirá en prohibición de concurrir a eventos deportivos hasta por cinco (5) años.

El que hubiere ingresado al evento deportivo los elementos a que se refiere el presente artículo será expulsado del escenario e incurrirá además en prohibición de concurrir a eventos públicos y en multa de uno (1) a cinco (5) salarios mínimos legales mensuales vigentes, sin perjuicio de las acciones penales que se deriven de tal comportamiento.

**Artículo 218 D.** El que impidiera, temporal o definitivamente la realización de un evento deportivo incurrirá en prohibición de concurrir a escenarios deportivos hasta por cinco (5) años y multa de uno (1) a cinco (5) salarios mínimos legales mensuales vigentes.

**Artículo 218 E.** El que sin estar autorizado ingresare al campo de juego vestuarios, baños o camerinos de los equipos, u otros lugares restringidos de similar naturaleza, será expulsado del escenario e incurrirá en prohibición de concurrir a eventos deportivos hasta por cinco (5) años y multa de uno (1) a cinco (5) salarios mínimos legales mensuales vigentes.

**Artículo 218 F.** El que arroje al área de juego, a las tribunas, a los lugares ocupados o transitados por los espectadores, objetos contundentes, envases con líquido o vacíos, papeles encendidos, antorchas, objetos o sustancias que pudieren causar daños o molestias a los jugadores, a los jueces de campo o a terceros incurrirá en prohibición de concurrir a eventos deportivos hasta por cinco (5) años y multa de uno (1) a cinco (5) salarios mínimos legales

mensuales vigentes, sin perjuicio de las acciones penales y civiles que se deriven de tal comportamiento.

**Artículo 218 G.** El que con motivo o con ocasión de un evento deportivo, antes, durante o después de él, participe en una riña, sin perjuicio de la responsabilidad penal que le pudiera acarrear, incurrirá en prohibición de concurrir a escenarios deportivos hasta por cinco (5) años y multa de uno (1) a cinco (5) salarios mínimos legales mensuales vigentes.

**Artículo 218 H.** El deportista, dirigente, protagonista u organizador de un evento deportivo que con sus expresiones, ademanes o proceder, ocasione alteraciones de orden público o incitare a ello, en el marco de la realización de un encuentro deportivo incurrirá en prohibición de concurrir a escenarios deportivos hasta por cinco (5) años y multa de uno (1) a cinco (5) salarios mínimos legales mensuales vigentes, sin perjuicio de las acciones penales y civiles que se deriven de tal comportamiento.

**Artículo 218 I.-** El que sea sorprendido consumiendo, en posesión o tratando de ingresar al evento deportivo, bebidas alcohólicas o sustancias que produzcan dependencia psíquica será expulsado del escenario e incurrirá además en prohibición de concurrir a eventos públicos hasta por cinco (5) años.

**Artículo 218 J.** Los comandantes de estación y de subestación podrán aplicar la medida de retención transitoria hasta de doce (12) horas cuando con motivo o con ocasión de un evento deportivo, antes, durante o después del mismo, sea necesario prevenir la inminente infracción de la ley penal o de policía en razón de la grave exaltación o excitación de una persona en los términos previstos en el artículo 207 del Código Nacional de Policía.

**Parágrafo.** La prohibición de concurrir a escenarios públicos y las multas serán de competencia de los alcaldes o de quienes hagan sus veces, conforme al procedimiento previsto en el presente Código, en especial el contenido en las disposiciones generales contenidas en los artículos 60 a 66”.

**Artículo 3°. Inhabilidades de deportistas y dirigentes deportivos.** El deportista, jugador profesional, técnico, entrenador, preparador físico, colaborador, dirigente, concesionario o miembro de clubes, asociaciones o comisiones deportivas, que participe en la comisión de hechos de violencia, con motivo o con ocasión de un evento deportivo, antes, durante o después de él, será sancionado con multa de veinte (20) a cuarenta (40) salarios mínimos

legales mensuales, la multa impuesta deberá ser cancelada o consignada para poder continuar con su actividad.

**Artículo 4°.** El director del Instituto Colombiano del Deporte – Coldeportes – mediante acto motivado podrá ordenar la clausura de escenarios deportivos mientras no se cumplan las condiciones de seguridad exigidas en la ley y reglamento.

Dicha medida procederá en todos los casos en que considere que no están dadas las condiciones de seguridad para la realización del evento deportivo y deberá decretarse por providencia motivada.

**Artículo 5°.** Las entidades o asociaciones participantes y barras con personería jurídica, serán solidariamente responsables por los daños y perjuicios que ocasionen sus miembros y aficionados en los escenarios deportivos y en las inmediaciones de estos, salvo que resultaren de fuerza mayor o hechos totalmente ajenos al riesgo derivado del espectáculo deportivo”.

## Capítulo II

### **Sistema de Información para la Seguridad en Eventos Deportivos (SISED)**

#### **Artículo 6°. Créase el Sistema de Información para la Seguridad en Eventos Deportivos (SISED).**

El SISED contendrá la información básica necesaria para proveer la seguridad con ocasión de los eventos deportivos y funcionará bajo la dependencia y organización de la Policía Nacional.

**Artículo 7°.** Las sanciones, medidas preventivas y anotaciones proferidas en virtud de la presente Ley deberán remitirse al SISED en los términos que señale el reglamento.

**Artículo 8°.** Con las comunicaciones y los pedidos de informes remitidos al SISED, se acompañará y se indicarán las siguientes circunstancias:

- a) Estación de Policía y número de causa.
- b) Estaciones de policía que hubieren intervenido con anterioridad y números de causas correspondientes.

- c) Nombres y apellidos, apodos, seudónimos o sobrenombres.
- d) Lugar y fecha de nacimiento.
- e) Nacionalidad.
- f) Estado civil y, en su caso, nombres y apellidos del cónyuge.
- g) Domicilio y residencia.
- h) Profesión, empleo, oficio u otro medio de vida.
- i) Números del documento de identidad;
- j) Nombres y apellidos de los padres.
- k) Sanciones anteriores y estaciones de policía intervinientes.
- l) Fecha y lugar en que se cometió la contravención, y de la iniciación del proceso.
- m) Calificación del hecho.

**Artículo 9º.** Sobre la base de las comunicaciones que se remitan al **SI-SED**, se confeccionará anualmente la estadística general de las contravenciones en eventos deportivos.

Para la realización de dicho informe, el **SISED** actuará en coordinación con la Comisión Nacional de Seguridad en Eventos Deportivos.

### **Capítulo III**

#### **Control al ingreso de los Escenarios Deportivos.**

**Artículo 10º.** El ingreso a todo escenario deportivo de concurrencia pública será irrestricto y libre, salvo:

- a) Para aquellas personas sancionadas con prohibición de concurrencia a escenarios deportivos.
- b) Para aquellas personas que fueren sometidas a controles de alcoholemia o psicoactivos durante el ingreso al escenario y el resultado del mismo sea positivo.

- c) Para los menores de doce (12) años no acompañados de sus padres o de un adulto responsable de ellos.

**Parágrafo:** El control del cumplimiento de la prohibición de concurrencia se realizará a través de la consulta al **Sistema de Información para la Seguridad en Eventos Deportivos -SISED-**.

El Gobierno Nacional expedirá, dentro del término de seis (6) meses contados a partir de la vigencia de la presente Ley, la reglamentación que establezca los procedimientos que aseguren el control a que se refiere el presente artículo.

#### **Capítulo IV**

#### **Educación para la paz y la no violencia**

**Artículo 11°.** El Ministerio de Educación, el Ministerio de Cultura, el Instituto Colombiano del Deporte –Coldeportes–, los Institutos Departamentales y Municipales de Recreación y Deporte y las secretarías departamentales y municipales de Educación, así como los demás organismos vinculados al deporte, diseñarán cursos-talleres sobre educación para la paz y la no violencia, programarán la capacitación de docentes, habilitarán el desarrollo de estas actividades y supervisarán su ejecución en ámbitos adecuados y horarios accesibles a los destinatarios a que se refieren los artículos siguientes de la presente ley.

Igualmente programarán campañas educativas y preventivas, tendientes a evitar la violencia en escenarios deportivos a través de la prensa, radio, televisión, así como en escuelas, colegios, universidades y demás centros de enseñanza.

**Artículo 12°.** La sanción de prohibición de concurrencia podrá ser reducida, hasta en la mitad, cuando se acceda voluntariamente a realizar cursos-talleres de educación para la paz y la no violencia en escenarios deportivos y se obtenga su aprobación.

**Artículo 13°.** Los cursos-talleres referidos en los artículos anteriores se organizarán y ejecutarán anualmente, mediante convenios del Instituto Colombiano del Deporte –Coldeportes– con los organismos equivalentes en las jurisdicciones departamentales y municipales.

Así mismo, se procurará la participación en los cursos de:

- 1) Organizaciones no gubernamentales.
- 2) Asociaciones y ligas deportivas.
- 3) Medios de comunicación.
- 4) Periodistas deportivos.
- 5) Deportistas, árbitros, dirigentes, técnicos y clubes deportivos.
- 6) Integrantes de las fuerzas de seguridad.
- 7) Personas que han sido víctimas de violencia en el deporte.
- 8) Público concurrente a eventos deportivos en general.
- 9) Barras de los equipos.

**Parágrafo:** El Gobierno Nacional a través del Instituto Colombiano del Deporte –Coldeportes–, dictará dentro del término de seis (6) meses contados a partir de la vigencia de la presente Ley, las medidas necesarias para la organización de las campañas de educación y prevención así como para asegurar que un área razonable de los escenarios deportivos sea destinada a la publicidad de mensajes alusivos al respeto de la paz y a la prevención de la violencia.

## Capítulo v

### Requisitos técnicos de los escenarios de concurrencia pública

**Artículo 14°.** Los escenarios deportivos del país deberán reunir todos los requisitos técnicos que las normas correspondientes establezcan y que garanticen las condiciones de seguridad, estabilidad y salubridad para los deportistas, espectadores y el público en general.

De acuerdo con la capacidad de los escenarios deportivos, el Gobierno Nacional establecerá las condiciones operativas para los mismos y que podrán incluir entre otros, circuito cerrado de televisión, sistema de audio

propio, comunicaciones con la policía local, los organismos de emergencia médica y protección civil, adecuada señalización e iluminación, rutas de evacuación, dotación de ambulancias con equipo paramédico y equipos de bomberos suficientes para atender emergencias y las demás que se estimen necesarias.

**Parágrafo:** El Gobierno Nacional a través del Instituto Colombiano del Deporte –Coldeportes–, dentro del término de seis (6) meses contados a partir de la vigencia de la presente Ley expedirá la reglamentación a que se refiere este artículo.

**Artículo 15°.** Lo dispuesto en los incisos del artículo anterior será aplicable a todos los escenarios de concurrencia pública que queden comprendidos en esta Ley, concediéndose un plazo de un (1) año para hacer las adecuaciones técnicas correspondientes, contado a partir de la vigencia de la presente Ley.

**Artículo 16°.** Las entidades deportivas comprendidas en la presente ley deberán designar personas responsables para colaborar con la seguridad durante los eventos deportivos bajo la coordinación de las autoridades de policía. Dichas personas tendrán las siguientes funciones:

- a) Supervisar el cumplimiento de las medidas de seguridad interna dispuestas por las entidades deportivas.
- b) Supervisar durante el ingreso del público al escenario, que no sean introducidos, al mismo, elementos que atenten contra la seguridad.
- c) Supervisar que no ingresen personas con signos de encontrarse bajo los efectos del consumo de alcohol o sustancias psicoactivas peligrosas.

**Artículo 17°.** Las entidades deportivas comprendidas en la presente Ley, deberán adoptar las medidas necesarias para separar adecuadamente en los recintos a los grupos de aficionados de equipos rivales que pudieran enfrentarse violentamente.

**Artículo 18°.** Los estadios o escenarios donde se realicen competencias deportivas oficiales, no podrán permitir el ingreso a sus instalaciones de un número superior al aforo de personas sentadas. La boletería entregada al público no podrá superar dicho aforo.

El incumplimiento de esta disposición hará responsable con sanción de destitución al administrador del recinto deportivo, sin perjuicio de las demás sanciones a que hubiere lugar.

Los responsables de los equipos deportivos que colocaren entre el público un número mayor de boletas a las legalmente autorizadas, según la disposición anterior, serán multados hasta por el 20% del valor de la boletería total vendida para el evento.

## Capítulo VI

### De la Comisión Nacional de Seguridad en eventos deportivos

**Artículo 19°.** Créase la Comisión Nacional de Seguridad en eventos deportivos, el cual actuará bajo la dependencia del Ministerio de Cultura.

**Artículo 20°.** Serán funciones de la Comisión:

- 1) Asesorar a las autoridades nacionales que así lo requieran en todo lo relativo a la seguridad y la prevención de la violencia en el deporte.
- 2) Recopilar y publicar anualmente los datos sobre la violencia en los escenarios deportivos, así como realizar encuestas y estadísticas sobre la materia, conforme lo establecido en la presente Ley.
- 3) Elaborar orientaciones y recomendaciones para la organización de aquellos eventos deportivos y particularmente de fútbol en los que razonablemente se prevea la posibilidad de actos violentos.
- 4) Promover e impulsar acciones de prevención y previsión.
- 5) Asesorar a las alcaldías municipales en todo lo relativo a la seguridad en eventos deportivos.
- 6) Recomendar a las entidades deportivas la incorporación a sus estatutos de normas sobre seguridad en el deporte.
- 7) Coordinar sus actividades con organismos públicos y entidades privadas del país y del exterior.
- 8) Proponer la adopción de medidas mínimas de seguridad en los lugares donde se desarrollen los eventos deportivos.



- 9) Realizar periódicamente informes y estudios sobre las causas y los efectos de la violencia en el fútbol y otros deportes.
- 10) Presentarse, si fuere necesario, como denunciante en los procesos sustanciados por comisión de alguna de las contravenciones contempladas en la presente Ley.
- 11) Establecer básicamente las especificaciones técnicas de la infraestructura con que debe contar obligatoriamente un escenario de concurrencia pública, conforme a los lineamientos de la presente Ley.
- 12) Someter a estudio las obras proyectadas por las entidades deportivas con la finalidad de adecuar sus instalaciones a la presente Ley y a las resoluciones que en consecuencia se dicten y, eventualmente, aprobarlas o, en su defecto, desecharlas.
- 13) Recibir la acreditación de la realización satisfactoria de los cursos-talleres a que se refiere la presente ley, a objeto de elaborar los informes correspondientes que deberán ser remitidos al comandante de estación de policía competente.
- 14) Invitar a un representante de la Comisión Directiva y a tres socios del Club o Clubes cuya situación específica en materia de seguridad sea puesta a consideración por el Comité.

**Artículo 21º.** La Comisión estará integrada por:

- 1) Un representante del Ministerio del Interior y de Justicia.
- 2) Un representante del Ministerio de Cultura.
- 3) Un representante del Ministerio de Protección Social.
- 4) Dos representantes de las ciudades con escenarios deportivos de más de 15.000 espectadores designados por los alcaldes locales.
- 5) Un representante de la Policía Nacional.
- 6) Un representante de las ciudades con escenarios deportivos de menos de 15.000 espectadores designado por los alcaldes locales.

- 7) Un representante de la Asociación de Fútbol Profesional.
- 8) Un representante de la Asociación de Fútbol aficionado.
- 9) Un representante del Instituto Colombiano del Deporte – Coldeportes –.
- 10) Un representante de los Institutos Departamentales de Recreación y Deportes.
- 11) Un representante de los Institutos Municipales de Recreación y Deportes.

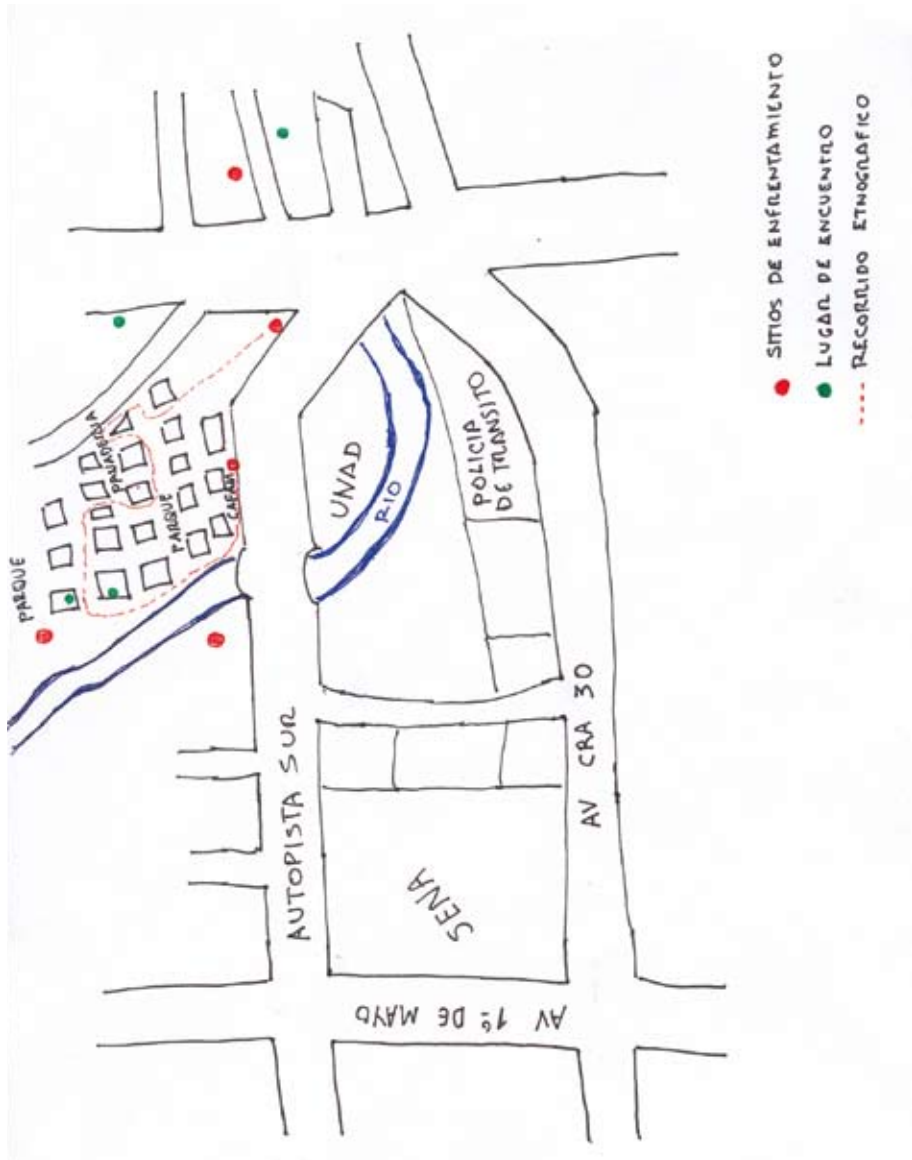
**Artículo 22°.** El Comité será presidido por el representante del Ministerio de Cultura y dictará su propio reglamento.

**Artículo 23°.** La presente Ley rige a partir de la fecha de su promulgación.

De los H. Senadores,

**ANDRÉS GONZÁLEZ DÍAZ**  
Senador Ponente

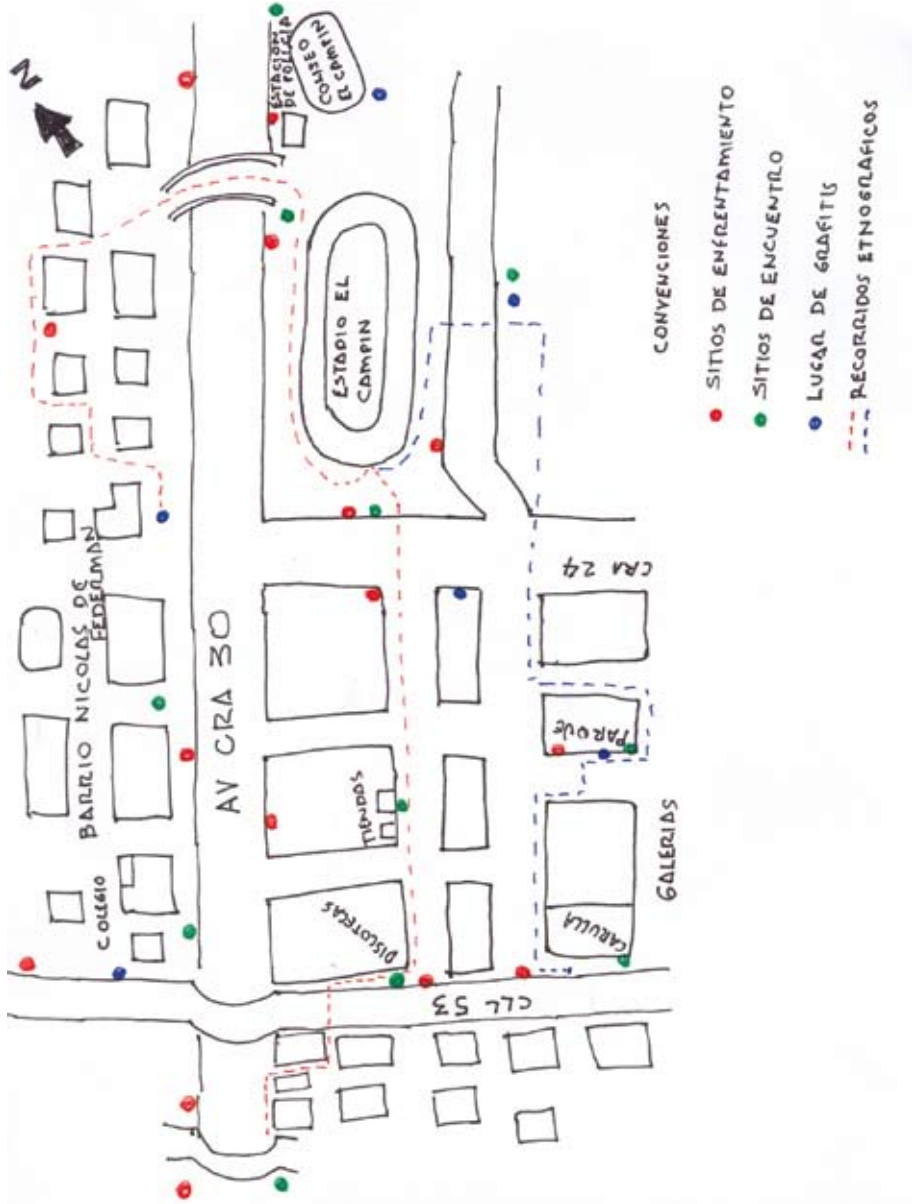
### ANEXO III. FOTOGRAFÍAS DE CAMPO



Mapa 1.



Mapa 2.



Mapa 3.



**Foto 1.** El muro de Santa Fe. En el espacio público hay lugares que parecen tener dueño, en este caso algunos hinchas de Santa Fe lograron apropiarse de este espacio para marcar su territorio



**Foto 2.** Con tiza. Las marcas en el espacio público pueden aparecer en moles de cemento y de forma conspicua, también en lugares inesperados, bajo las rejas de algún antejardín y escritas con materiales perecederos como la tiza, con ellas se indica un sendero y una señal que pocos pueden encontrar en el mobiliario urbano.



**Foto 3.** La pared abandonada. El paso del tiempo se observa en una pared en la que se encuentran varios graffiti escritos en distintas circunstancias, los que no se borran y permanecen como decorados del descuido.



**Foto 4.** Graffiti condominio. Hacer graffiti en las paredes de una casa ubicada en un conjunto cerrado es una manera de romper con las reglas y marcar sitios que son apropiados durante los recorridos de los diferentes hinchas.



**Foto 5.** Debajo del puente. Algunos hinchas marcan con grafitos la ciudad y el espacio local. Las marcas en los puentes y avenidas estratégicas son nomenclaturas alternativas que se van borrando con el tiempo pero que se quedan como la memoria que indica el sendero y el territorio simbólico de los hinchas.



**Foto 6.** El inodoro. Una forma de interpretar un graffiti del equipo contrario es parodiarlo, en este caso el escudo del equipo Independiente Santa Fe es transformado en un inodoro. Ésta es una forma de agresión simbólica por parte de hinchas rivales.





**Foto 7.** Callejón. Así como los puentes, los callejones de los barrios de las localidades también son propicios para dejar huellas acerca de las confrontaciones entre las barras.



**Foto 8.** La tribuna. Es el espacio de la emoción y la fiesta, donde los hinchas celebran, cantan, ríen, disfrutan, sufren y se insultan con los contrarios. La tribuna es el eje del carnaval donde se potencia la pasión por ser hinchas.





**Foto 9.** Las máscaras. El maquillaje es una de las representaciones del carnaval que se celebra con los triunfos del fútbol. Esta máscara le permite al hincha poner en escena la emoción que su familia socializa en espacios privados y mostrarlo como algo diferente a lo cotidiano.



**Foto 10.** Policía montada. La autoridad es uno de los actores centrales de la fiesta porque con sus caballos regulan y controlan las filas y las emociones de los hinchas y se convierten en una tercera fuerza en disputa.



**Foto 11.** Habitación del hincha. El cuarto sintetiza todos los deseos, sueños y prohibiciones del hincha con respecto a su equipo de fútbol favorito, y en relación a sus aficiones deportivas, además de ser el espacio donde el joven comparte sus gustos con su familia y amigos.



**Foto 12.** El muro del tachón. Se observan las diferentes transcripciones y correcciones que se hacen a los graffiti que se encuentran en el muro, como si cada una de las barras quisiera imponerse a partir de la negación del otro con los tachones sobre lo que está escrito.



**Foto 13.** Alrededor del puente. En este espacio, las marcas y graffiti parecen transformar los colores grises oscuros del puente por las texturas y colores del paso de los jóvenes como expresión de apropiación.



**Foto 14.** Reliquias. Las paredes de las habitaciones de los hinchas realizan una continuidad de la emoción entre los espacios privados y los espacios públicos de la ciudad y los afiches, almohadillas, camisetas y boletas de entrada a eventos mantienen viva esta continuidad.



**Foto 15.** Control. Como todas las imágenes de control que se representan en el estadio, la de los “robocops” en el campo de juego tiene el efecto de regular las emociones de quienes con alguna interferencia quisieran afirmar sentimientos que amenazan el desempeño de los deportistas.

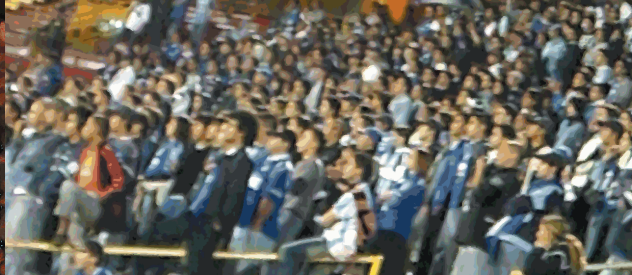
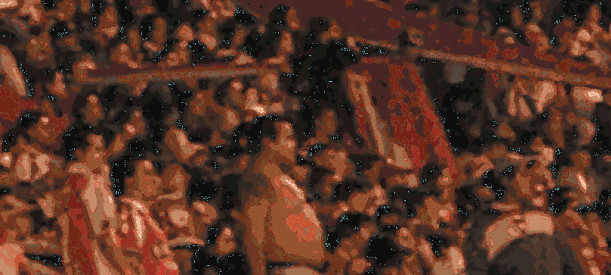


**Foto 16.** Los frentes. Los segmentos de las barras engalanan las tribunas de cemento con trapos pintados por ellos mismos y distribuyen sus distintos emblemas a lo largo de las graderías.



**Foto 17.** Salida y control. La evacuación de los hinchas afines a cada equipo se realiza con un orden tal que los colores ayudan a la policía en el control de quienes están afuera, y quienes quedan adentro.





*Emoción, control e identidad: las barras de fútbol en Bogotá* es una etnografía de los hinchas de fútbol que se basa en estudios de caso. El lector tiene en sus manos un texto accesible tanto al joven fanático de fútbol como a quienes quieren entender la configuración de las aficiones en distintas localidades urbanas. Se trata de una novedosa y rigurosa investigación para los académicos que interpelan el problema de la construcción de las identidades desde la perspectiva de la resistencia a la educación por medio de las artes, los juegos y los deportes.

La obra aborda esta subcultura urbana desde el infortunado epíteto de "barras bravas". Precisamente la labor de esta investigación fue acercarse a lo que se ha considerado la obvia agresividad de los barristas. Los autores parten de la socialización en la familia y en la escuela, para comprender así los modos a través de los cuales toda esta provocación se proyecta en la relación de un grupo generacional con la ciudad y con los distintos espacios, sociales y cotidianos, donde se construyen las identidades de los hinchas respecto a la emoción y a las distintas estigmatizaciones de que son objeto.

ISBN 978-958-8181-47-9



9 789588 181479